CONDE DE LA TORRE DE CELA

LAS ALAS DEL CISNE

NOVELA

Biblioteca Pública de Pontevedra

Biblioteca Pública de Pontevedra

CONDE DE LA TORRE DE CELA

LAS ALAS DEL CISNE

(NOVELA)

MADRID
IMPRENTA DE JUAN PUEYO
Calle de la Luna, 29.
1922

Biblioteca Pública de Pontevedra

DU 20
BPPontevedra

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, by Jaime Quiroga 1922.

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO I

EL HÉROE

I

En lo alto de la cuesta del Castillete la carretera hace un brusco recodo. Al salvarlo, el viandante descubre un panorama espléndido, de singular belleza; es el valle amenísimo, ancho, suave, manchado por magníficos bosques, surcado por doquier de caminos y veredas, esmaltado de caseríos. En su centro, al lado de la cinta de plata del río, se agrupa la ciudad, blanca y sonriente. El viandante experimenta una sensación de paz, de reposo espiritual; la dulce sensación campesina, amable, evocadora.

Cae la tarde mansamente y, por bajo los copudos plátanos que umbrean la carretera, avanzan lentos y platicando dos personajes. Uno de ellos es un clérigo de procerosa estatura, forni-

Biblioteca Pública de Pontevedra

dos miembros, color sanguíneo y enérgica cabeza de camafeo romano. El peso de la edad apenas empieza a doblar su fuerte espalda, y a no ser por la nieve plateada de sus cabellos, nadie daría al padre Carrasco los setenta y pico de inviernos con que cuenta. El otro es un guapo chico de hasta veinte años, moreno, esbelto y de regular talla. Como viene descubierto, los negros mechones de su pelo se alborotan con natural elegancia sobre la frente ancha, alta, nobilísima. Tiene los ojos obscuros, rasgados, de expresión soñadora y apasionada. El bigotillo, no torturado por las tenazas, modifica felizmente lo que tal vez tiene aún de infantil la boca. Sus movimientos son sueltos, airosos y desembarazados. De todo su ser se desprende una distinción natural, esa distinción de la que en otros tiempos se decía que era «producto de la raza».

El clérigo y el muchacho sostienen íntima e interesante conversación. Escuchémosla indiscretos.

—Sí, Pepe, sí—decía el anciano—. Tú no debes vegetar más tiempo entre estas cuatro casuchas. El mundo ofrece a tus raras aptitudes escenarios mucho más amplios. Hora es ya de que vueles con las alas que Dios te ha dado, esas alas magníficas...

—¡Por favor, don Manuel!—interrumpió modestamente el joven.

Biblioteca Pública de Pontevedra

—¡Sin favor, qué dianches! ¡Si sabré yo, tu maestro, tu segundo padre, los puntos que calzas! Tú eres de la madera de la cual se hacen los grandes hombres, y, o no hay justicia en la tierra, o has de llegar adonde muy contados llegan. Pero para ello Villavieja es un estorbo. Aquí no hay más que ramplonería. En cambio, en la Corte... ¡Ah, en la Corte! Porque has de saber, hijo mio, que la Corte es cosa muy distinta. Allí, el verdadero mérito brilla sin nubes que lo empañen. Yo no he estado nunca allí, pero no es preciso... Me la sé de memoria. Tú ya sabes que desde hace mucho tiempo vengo pensando en la necesidad de que cambies de ambiente; pero ahora estoy seguro de que ha llegado el momento. Aunque muy joven, eres formalito; te sobra rectitud; no te sobra fe, porque esa nunca sobra, pero tienes tanta como el que más. De modo, que no temo a los peligros del mundo. Nada, nada, a Madrid se ha dicho.

—Usted, don Manuel, bien manda y ordena—repuso el muchacho sonriendo—, pero no cuenta con la huéspeda.

—¿Tu madre?

—¡Claro! ¿Cree usted que ha de ser tan fácil convencerla?

—¡Hombre!... Te diré. Tu madre... tu madre es una mujer de mucho talento, ciertamente, pero un poquitín terca. Sin embargo, ante la consideración del porvenir de su unigénito, yo

Biblioteca Pública de Pontevedra

creo que... Además, emplearemos los medios más oportunos para ello; yo le haré una argumentación por silogismos ante la cual no tendrá más remedio que rendirse. En fin, hijo, que el que no se arriesga no pasa la mar, y las batallas no se deben dar por perdidas hasta después de haberlas reñido. Aprovecharemos la primera ocasión que salte para darle una embestida de padre y muy señor mío, y yo te garantizo que... Ya verás, ya verás. Ya verás como muy pronto haces las maletas... y a Madrid, que es donde te espera el triunfo.

—¡Madrid!—repitió el mancebo con voz apasionada.

—Sí, hombre, Madrid; es decir, la Corte. ¡Ah, es mucha Corte aquélla! Allí, todo lo que es mérito, valer, calidad sobresaliente, tiene campo feracísimo para desarrollarse. Mira, yo creo que allí...

—¿Qué cree usted, don Manuel?—interrogó ansioso el chico.

—Yo creo que debes comenzar por hacer que fructifique el portentoso estro que debes al favor de la Divina Providencia. Debes imprimir un libro que sea la selección, cuidadosamente hecha, eso sí, de tus mejores versos. Este libro será el primer heraldo de tu fama y te abrirá todas las puertas. Sí, hijo mío, en la Corte se estima mucho la poesía. A los ocho días de aparecer tu tomazo en los escaparates, verás cómo

Biblioteca Pública de Pontevedra

todo el mundo en la calle dirá a tu paso: «Ese joven que va ahí es el autor de esos maravillosos sonetos. —¿Pepe Molina? —Sí, Pepe Molina», y la admiración general te servirá de escolta. Después...

—¿Después... qué?

—Después darás una sorpresa a la admiración pública. Cuando todo el mundo te conozca como altísimo poeta, un bonito día te asomarás a cualquiera de las más empingorotadas tribunas de la Corte, a la que quieras, pues dicho se está que ha de sobrarte con expresar tu deseo para que todas se te ofrezcan rendidas; y desde allí y dando suelta a tu prodigiosa facundia, ¡zas!, un discursazo monumental acerca de lo que quieras, pues en todos los terrenos puedes lucir igualmente. Entonces la multitud dirá atónita: «Pero este Pepe Molina, orador, ¿es por ventura el mismo Pepe Molina poeta?», y al recibir respuesia afirmativa, figúrate cuál te elevarás en el concepto público. En la Corte, la elocuencia de buena ley se cotiza muy alta. Y entonces ya tendrás abierto el camino de la fortuna, puesto que no necesitarás otra cosa para que tu bufete...

—Pero... ¿también he de abrir bufete, don Manuel?

—¡Claro, hombre, claro! ¿Para qué si no ha de servirte ese refulgente título de Licenciado que *nemine discrepante* y a mérito has conquis-

Biblioteca Pública de Pontevedra

tado en nuestra sapientísima universidad villaviejana? En un dos por tres veras afluir a tu casa los pleitos más ruidosos, las causas criminales más intrincadas. Pero no vendas tu justificación, Pepe; sé el amparo de la viuda y del huérfano, el desfacedor de entuertos jurídicos, el portavoz del derecho y de la honradez. En la Corte un abogado honesto llega en seguida al pináculo, porque allí, no me cansaré de repetirlo, sólo el verdadero mérito tiene cabida. Y una vez consagrado poeta, ungido orador y dueño de uno de los mejores bufetes, habrá llegado el momento de lo mejorcito. ¡Ah, eso sí que será cosa buena! Todos los días pido a Dios Nuestro Señor que no me lleve de este mundo hasta haberlo visto. Y me da el corazón que mis plegarias han de ser escuchadas.

—¿Qué, don Manuel?—interrogó excitadísimo el joven.

—Escucha, hijo, escucha—repuso el clérigo, tan lleno de alborozo como si la ilusión fuese ya realidad—. En la Corte, a un muchacho como tú se lo rifan. Frecuentarás la sociedad aristocrática, y en ella tropezarás, no ya con una, sino con treinta señoritas de elevada alcurnia, educación cristiana, modestas, hacendosas y bellas que estarán suspirando porque les digas alguna delicada y honesta flor de tu ingenio para rendirte su albedrío. Pero no abuses, Pepe, no abuses; no hagas brotar en tan tiernos corazoncitos locas

Biblioteca Pública de Pontevedra

esperanzas si no has de realizarlas. Cultiva el trato cortés de todas, pero no te fijes más que en la que ha de ser la madre de tus hijos. Yo no soy muy ducho en estas materias, pero me parece que tu declaración amorosa a la elegida debe ir en endicasílabos que encierren, en forma alambicada y altisonante, tu atrevido pensamiento. En la Corte, las señoritas más principales gustan mucho de este género de insinuaciones. Y luego, y esto es lo que yo, con el favor de Dios, espero ver, te casarás, y en tus temporadas de descanso, vendrás por Villavieja. Yo entonces seré mucho más viejo aún que la ciudad; pero tú, en tus alturas, no te habrás olvidado del todo de tu pobre maestro y... ¿pero no me estoy emocionando? Bueno, bueno, basta de divagaciones. Ahora lo principal es ver cómo le damos la batalla a mi señora doña Juana, tu respetable mamá. Mira, yo creo que lo mejor será que tú llegues: «Buenos días»—«Buenos días; qué buen tiempo, ¿verdad?» Entonces llego yo y digo: «Buenos días»... Oye, oye, ahora caigo en que tal vez sea mejor hacerlo por la tarde, porque por la mañana, como tu mamá anda siempre tan ocupada... quizás la importunemos en sus labores. Bien, pues será por la tarde; tú llegas y dices: «Buenas tardes... hoy ha hecho un tiempo que...» Entonces llego yo y digo: «Un tiempo magnífico para viajar. Con esta temperatura debe dar gusto ir en el tren. Y, a propósi-

Biblioteca Pública de Pontevedra

to...» Ya ves con qué facilidad tenemos el camino abierto para que yo pueda desarrollar los silogismos que llevaré preparados. ¿Qué podrá contestar tu madre? Nada.

—¿Y si contesta que no le da la gana?

—¡Hombre! ¡Eso no es un silogismo! Yo, la verdad, contra esa clase de argumentos no sé defenderme... Pero no, ya verás como no. Me da el corazón que tenemos Corte para pronto. ¡Ay, hijo, es mucha Corte aquélla! Yo, aunque no la conozco de vista...

Y de esta suerte maestro y discípulo siguieron hasta que el primero hubo vertido en el pecho del segundo los raudales de cándido optimismo que brotaban inagotables del suyo propio. El chico recibía cual riego dulcísimo las palabras del viejo, y cada una de ellas abría en su alma nuevos, desconocidos y embriagadores horizontes. El poeta y orador en ciernes acompañó al clérgo, ya de regreso en el pueblo, hasta las mismas puertas de su humilde hogar. Cuál fuera el más iluso de los dos ha de verlo el pío lector, si sigue siéndolo.

Biblioteca Pública de Pontevedra

II

Don César Molina y Pérez de los Huetos murió en Villavieja allá por los años de noventa y ocho. Conocí mucho a tan singular personaje y puedo dar de él referencias exactísimas, capaces sin duda de destruir la leyenda que otros cronistas menos concienzudos tejieron a su alrededor. Quién lo diputa loco rematado, quién lo declara tonto incurable. Todos yerran, a fe mía, pues don César no fué ni lo uno ni lo otro. Sobrábanle luces naturales e ilustración sólida, y su discurso era, en cuanto caía a su alcance, harto profundo y sustancioso. Don César era sencillamente lo que se llama un entusiasta.

Ultimo vástago de hidalga familia, don César heredó un reducido patrimonio, consistente en cierta destartalada casona del barrio más viejo de la vieja ciudad y algunas fincas rústicas sobre las cuales pesaban, ya de antaño, determinadas cargas hipotecarias, en verdad no muy gravosas. Tenía, en suma, lo suficiente para vivir con modestia, pero también con decoro, sin tratar de que su boato eclipsase al del conde de las Majadas, que era el más rico terrateniente de la provincia, ni a los de los cinco o seis indianos que aca-

Biblioteca Pública de Pontevedra

baban de regresar de América y construían sendos palacios sobre los solares de su humilde origen. Pero don César nunca supo administrar, ni bien ni mal. Midas al revés, el oro en sus manos se convertía en polvo impalpable y desaparecía en el abismo de la nada. No era que lo consumiesen ni la ostentación ni los vicios, que el señor de Molina fué siempre hombre de óptimas costumbres y nada dado al lujo, sobrio y sencillo. Pero sí que el dichoso metal, al entrar en su gaveta, parecía como que criaba alas. Sin embargo, don César corría feliz y descuidado a la ruina que el denso velo de sus ilusiones ocultaba cuidadosamente a su vista.

Porque el hidalgo tenía el don de apasionarse por todo y, consiguientemente, el de ver las cosas revestidas de colores falaces. Carecía en cambio del de la medida, y en su imaginación todo era de dimensiones contrarias a las de la realidad, bien infinitamente más grandes, bien harto más pequeñas. Militar en sus mocedades, don César se enamoró de la libertad, no en cuanto tiene de concepto filosófico o de método político, sí de la vaciedad de la palabra. A caballo de su ilusión, corrió a los campos del Norte, de donde volvió perniquebrado y, lo que aún es peor, lleno del desengaño de sus amores. Rompió la espada y se entregó de hoz y coz a un nuevo culto, el del arte pictórico. Los adefesios que brotaban de sus pinceles le cubrieron

Biblioteca Pública de Pontevedra

de un ridículo, si merecido por la deficientísima hechura, injusto por la suma de noble entusiasmo puesto en ellos. Pero, de repente, don César hizo sufrir a los instrumentos del arte la misma suerte que la espada había corrido, y cayó en un abismo de otro orden mucho peor: el de los inventos. Las máquinas agrícolas o industriales, los aparatos eléctricos o neumáticos, los explosivos, los aprovechamientos de fuerza hidráulica, que a borbotón hervían en su cerebro, fueron incontables. Ninguno, en verdad, servía para nada, pero en todos, la idea madre tenía algo de genial. Fijóse el inventor al fin en el entonces aún insoluble problema de la dirección de los globos, y una mañana, tripulando complicadísimo artilugio, se dejó caer de la azotea de su casa. Con lo cual, la pierna que salió sana de Somorrostro, se destrozó en Villavieja, si bien con mucha peor suerte que su compañera, la que una bala carlista había atravesado epicamente y que, al cabo de algunos meses, pudo recobrar la salud, si no de manera definitiva. Don César se quedó cojo para el resto de sus días.

Tan repetidos contratiempos no bastaron a menguar la dichosa fuerza imaginativa del buen caballero, ni siquiera cuando a ellos se unieron dificultades de orden económico. El modesto patrimonio iba desmoronándose con velocidad uniformemente acelerada, si bien don César no

Biblioteca Pública de Pontevedra

se dignaba poner en ello la menor atención. Crecían las hipotecas, trocándose de mansas en amenazadoras, desglosábase del acervo hoy un pedazo, mañana otro, mientras el inventor se afanaba en buscar una panclastita mucho más panclastita que la otra, o en dar a la evoluta del timón de su nave aérea un desarrollo más audaz. Súbitamente, aparatos, inventos, artilugios y preparados químicos, hasta el propio globo dirigible, se sumieron en el olvido. Don César, para que nada faltase en el catálogo de sus ilusiones, se enamoró.

Se enamoró según la receta de su ascendiente directo don Quijote de la Mancha, o sea otorgando sin mayor examen al objeto de sus ansias cuantas perfecciones puede sumar la humana naturaleza en el sexo que llamamos bello. Generoso, más que generoso, pródigo, don César acordó que Juanita era cifra y compendio de todas las virtudes, de todas las excelencias, de todos los dones del alma y del cuerpo y que en todo el esferoide terrestre no había de hallarse, ni buscada con candil, quien la aventajase o siquiera igualase. No de otra suerte el hidalgo manchego encarnó en Dulcinea el raudal de maravillas que su propia mente había forjado.

Porque Juanita, en realidad de verdad, no tenía nada de particular. Ni era bella ni inteligente, ni sus virtudes pasaban de la categoría negativa, es decir, que su sola efectividad con-

Biblioteca Pública de Pontevedra

sistía en no hacer nada malo. Ni tenía dinero ni prosapia, ni algo, en suma, que la elevase un milímetro sobre el nivel de la más perfecta vulgaridad. Don César, no obstante, creyó haber hallado el ave fénix, el mirlo blanco, el arquetipo soñado, y poseído enteramente, y con la mejor buena fe de su nueva ilusión, condujo al altar al nunca visto tesoro que la suerte le deparaba.

Al punto figuróse que el legítimo propietario de tal asombro de los siglos tenía que ser forzosamente envidiado por todos y que era preciso que contra su tranquilidad conyugal se desatasen furiosas las pasiones más extremadas. Dió, pues, en la flor de celar cuidadosamente un bien que nadie ambicionaba y en la de creer rivales a todos los varones que osaban ponerse a menos de cien metros de distancia de la hermosa. Produjole esta manía bastantes cuestiones fácilmente solventables, hasta que por fin llegó la seria. Un infeliz que en todo pensaba menos en enamorar a Juanita fué, cuando menos lo esperaba, objeto de cruel agresión por parte del celoso. Tal vez el suceso, como los anteriores, no hubiera tenido transcendencia, pues el galán, que no lo era, estaba dispuesto a quedarse con las bofetadas que tan inocentemente le habían caído en suerte, sin meterse en mayores honduras. Pero cuatro amigos, dos del uno y dos del otro de los protagonistas del

Biblioteca Pública de Pontevedra

pseudo-drama, se encargaron de suprimir a éste la coletilla griega. Don César, lleno de furor insano, y el infeliz, mucho más lleno de miedo, fueron al terreno.

Villavieja se estremeció de espanto al saber, en la mañana del aciago día, que la madrugada había visto un duelo, cosa que no ocurría en sus ámbitos desde el siglo XVII, cuando un conde de las Majadas había andado a cintarazos con un marqués de Pomareda. La cojera de don César le vedaba las armas blancas, así es que el lance fué a pistola. Disparó don César apuntando al corazón del traidor, disparó el traidor a ojos cerrados, encomendándose a todos los santos y ya dispuesto a, incontinenti, darse por muerto. Pero el arcano de la suerte quiso que la bala vengadora fuese a perderse en un matorral, mientras que la otra, la que parecía destinada a las nubes, hiciese astillas el húmero derecho de don César. El señor de Molina, que ya era cojo, se quedó manco.

A poco que las cosas continuasen por este camino, hoy una pierna, mañana un brazo, don César estaba expuesto a que, el día de su muerte, lo que constituyese su cadáver cupiese holgadamente dentro de un cajón de pasas. Además, este nuevo contratiempo hizo cierta mella en el dichoso carácter del iluso. Don César, hasta entonces el hombre más comunicativo, sociable, afectuoso y charlatán de la tierra, tornó-

Biblioteca Pública de Pontevedra

se súbitamente hosco, retraído, misántropo. Al mismo tiempo pareció como si el encantamiento causado por Juanita se disipase en él, permitiéndole apreciar los méritos de la dama en su verdadero valor. Consecuencia lógica de todo ello fué que cesasen los atroces celos y que la esposa recobrase la natural libertad. Por fin, algunos meses después del duelo y cuando don César, disminuído, eso sí, en unos cuantos kilos de carne y hueso y aumentado en muchos más el mal humor, había recobrado la salud, un suceso de la mayor importancia vino a reverdecer con mayores bríos que nunca el mustio árbol de sus ilusiones: la venida al mundo de Pepito.

Jamás niño alguno, en este incómodo planeta al menos, fué desde el primer instante objeto de amor más apasionado, de entusiasmo más ardiente, de cuidados más prolijos, ni tampoco de esperanzas más desaforadas. Don César, por primera vez en su vida, se aterró al considerar la ya completa ruina de sus estados, puesto que aquel angelote estaba irremisiblemente llamado a ser cuanto ser se puede y mucho más. En efecto, ¿dónde había otro más listo, más hermoso, más rozagante, de mejor calidad en todo el orbe? El señor de Molina, con sus admirables ojos del alma, veía a su unigénito, ora conqnistador glorioso si a la milicia se inclinaba, ora gobernante insigne si era la política su preferida, ora asombro de la ciencia si Minerva merecía sus favores.

Biblioteca Pública de Pontevedra

¿Y si las bellas artes gozasen del privilegio de que Pepito se dignase cultivarlas? ¿Dónde quedarían Fidias, Velázquez, Cervantes o Wagner? Además, los tesoros de Creso afluirían a sus arcas, mientras qne la princesa más altiva, más bella, más ilustre de la cristiandad vendría, rendido el albedrio y encendido el corazón, a postrarse a sus pies en demanda de una limosna de amor. ¡Ah, quizás una corona real se posase algún día sobre aquellas blancas sienes! ¡Quizás, quizás—¿quién sabe?—la tiara! Pero para los primeros pasos (los segundos, don César no dudó ni un instante de que se darían por sí mismos) de senda tan florida, tal vez fuesen precisos algunos dineros, aquellos dineros que, raudos, escapaban siempre de sus manos. Y el buen caballero y padre felicísimo pensó en volver a sus inventos, seguro de que ahora había, por fin, de dar con aquel llamado a producir a un tiempo honra y provecho.

Felizmente, la faceta mejor tallada del carácter de don César era la que impedía la resurrección de un entusiasmo. Una vez muerto alguno de ellos, nada era capaz de devolverle la existencia. La veleidad inventora duró, pues, poco en esta ocasión. Pero aunque el hidalgo tuviese motivos harto sobrados para creer otra cosa, Pepito había nacido portador—¡milagro nunca visto!—de una razonable hogaza bajo el brazo.

El espejismo de don César habíale obligado,

Biblioteca Pública de Pontevedra

antaño, a dotar a Juanita de perfecciones que no existían, ocultándole tan sólo el único mérito real con que contaba. Juanita era una hacendista consumada. Las ideas de orden, economía, ahorro, buena administración tenían en su cerebro campo fertilísimo en el cual desarrollarse. Como don César no se ocupaba jamás en el cuidado de sus rentas más que para disiparlas, a la dama no costó esfuerzo alguno recoger desde el primer instante el cetro abandonado, que empuñó con mano fuerte. Los principios de su mando crematístico fueron, sin embargo, harto penosos. El desorden, el barullo, la anarquía campaban por sus respetos en el menguado peculio, y Juanita—que ya no se llamaba Juanita, sino doña Juana—pasó por trabajos herculinos hasta que pudo poner un poco de disciplina en aquel caos. Cierto que la ayudaron eficazmente el autorizado consejo y la consumada ciencia de su hermano el procurador, personaje que llevaba trazas de serlo pronto, y de cuenta y suposición, en Villavieja. Pero, una vez salvados los primeros y pavorosos escollos, las cosas tomaron rumbos más favorables. Habilísimas combinaciones de crédito modificaron la virulencia de ciertas hipotecas; otras, menos gravosas, fueron poco a poco cancelándose. Tal cual pedazo de tierra hereditaria, que don César reputaba perdido para siempre, volvió al redil dócilmente. En una palabra, doña Juana, a fuerza de energía, de inteli-

Biblioteca Pública de Pontevedra

gencia y de constancia, estaba en camino de salvar el patrimonio conyugal. Era una de esas mujeres de las cuales suele decirse que saben hacer de un duro dos.

Este prodigio de proliferación, este milagroso desdoblamiento de las especies acuñadas hicieron crecer su decidido propósito, sobre todo cuando la ilustre hacendista se vió madre. Doña Juana, sesudamente, pensó que si las hadas benéficas la habían dotado del don de hacer brotar de una moneda otra igual, nada permitía creer que tal taumaturgia se detuviese ahí. ¿Por qué sacar dos duros de uno y no tres, cuatro, cinco, quizás seis, tal vez siete, quién sabe si ocho? La señora de Molina, al pensar en ello, se deslumbraba y sentía el vértigo; era como si se le comunicase el más brillante pero también el más peligroso modo de ser del carácter de su marido. Pero el buen sentido recobraba pronto sus fueros, y doña Juana obligaba a tascar el freno a la loca de la casa. Pasado el momento de ofuscación, la insigne señora volvía a sus rudos trabajos, quizás con mayores bríos, pero también con no menores lucidez y constancia.

La fórmula del milagro era sencillísima. La humanidad—pensaba doña Juana—está compuesta de dos clases de individuos, los que necesitan dinero y los que se lo proporcionan a éstos. En este vaivén, el precioso metal, o lo que lo representa, corre de los segundos a los pri-

Biblioteca Pública de Pontevedra

meros para volver, magníficamente acrecentado, de los primeros a los segundos. Aquí no se detiene; no hace más que tomar vuelo, adquirir nuevos bríos que le permitan otra vez volar en busca del necesitado, que es quien se encarga de su acrecentamiento. En incesante correr, pues, el dinero engorda, engorda, engorda... y doña Juana, que también iba echando carnes, sentía íntimos deliquios al notar confusamente cierta relación, cierta especie de parentesco entre el dueño del mundo y su propia personalidad. Porque huelga añadir que la dama, en su clasificación de la especie zoológica a que pertenecía, habíase decididamente alistado entre los que tienen por objeto en la vida proveer de dinero a los de la acera de enfrente.

Y los duros, obedeciendo al conjuro mágico, comenzaron a proliferar. Doña Juana, modestamente, inicióse en los misterios de la religión del becerro de oro entre los catecúmenos menos visibles. Sus préstamos primeros fueron misérrimos; cincuenta reales a la placera a quien una pelea de perros había estropeado, el día de la feria, el negocio; ochenta y cinco al barrendero, al cual se le había muerto la hija y era preciso enterrarla. Cierto que los cincuenta de la vendedora se convirtieron en una semana en noventa y dos y los ochenta y cinco del otro desgraciado, en menos de un mes retornaron al hogar acompañados de sesenta y siete más.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Poco a poco, sin embargo, doña Juana fué lanzándose a mejores empresas, cuyos beneficios, naturalmente, eran mayores. Por fin, un día feliz, la noble dama pudo permitirse la inefable satisfacción de encerrar en su gaveta una letra de cambio.

Pasado este rubicón, nada podía ya cortar el vuelo majestuoso de las combinaciones financieras de doña Juana. Menos que nada, su marido, pues no sólo la hacendista puso exquisito cuidado en no alterar en lo más mínimo su modestísimo modo de vivir, sino que habíase, desde muy atrás, abroquelado tras de un excelente e infalible testaferro, su hermano el procurador don Eugenio. Don Eugenio, que no tenía que salvaguardar los prestigios que a la esposa de un Molina sujetaban, y que, además, desde el primer momento había hecho tabla rasa de cierto género de consideraciones. Don Eugenio hallaba un placer sádico al saber que le llamaban usurero; cada vez que llegaba a sus oídos el injurioso adjetivo, apretaba un poco más los tornillos del potro a que tenía sujeto al culpable. «Tú me insultas, yo te despojo», era el lema de su sangrienta lógica. De modo, que las sutiles maqninaciones de doña Juana no aparecían al exterior, y cuando más se presentaban revestidas de un falaz manto caritativo. ¿Qué hubiera sido de la infeliz placera sin su generosa limosna? ¿Qué del barrendero infausto, si la mano

Biblioteca Pública de Pontevedra

providente de la ilustre señora no hubiese venido a ayudarle a enterrar a su hija? Pero sobre todo ello pesaba, para ocultar la verdad al hidalgo, la propia idiosincrasia de éste. Las nociones que de sus haciendas poseía no llegaban más allá de ciertos recuerdos de la infancia, es a saber: que por San Juan venían muy buenos peros de la huerta que llevaba arrendada Celipe el tuerto, y que en septiembre la tía Martina, la casera de la finca del Murallón, enviaba un albillo riquísimo. Lo demás era todo en su mente confuso y vago. De modo que don César se daba por definitivamente arruinado en el momento en el cual, en realidad, nadaba en la opulencia. Baste saber que a aquellas fechas y cuando Pepito contaba dos años, todas las hipotecas del caudal de los Molinas eran ya propiedad, oculta, pero no por eso menos legal, de doña Juana.

No, no podía descubrirse el secreto al hidalgo, hombre capaz de (inventando una aeronave o descubriendo el modo de aprovechar el fuego interior del planeta) destrozar en un día la labor de diez años. Era preciso mantenerle en su error, y la crueldad de la esposa fué tanta, que en él dejó morir al infeliz, arrepentido a última hora de sus ilusiones y profetizando que, por culpa de sus pecados, iba a agostarse en flor el magnífico fruto, ópimo y sabroso, que se llamaba Pepito.

Biblioteca Pública de Pontevedra

III

Arrepentimiento, profecía y muerte fueron precedidos de una conmovedora invocación que el desgraciado caballero dirigió a su íntimo amigo el presbítero don Manuel Carrasco. «Tú—le dijo—eres el único que puede ocuparse de este pobre niño. Mi mujer... mi mujer es muy buena, pero no sirve para el caso. Por Dios, ante quien voy a comparecer, te pido, Manolo, que veles por su educación, que lo dirijas por el buen camino, que me sustituyas, en una palabra». Don Manuel aceptó el encargo y lo cumplió como bueno.

A pesar de su temerosa presencia y de su perfil de camafeo romano, don Manuel era un infeliz, muy poco menos iluso que su amigo, y por completo desconocedor de las maldades de la vida. Para el capellán no había en el mundo nadie que no fuese honesto, honrado, leal. Veía, palpaba la malicia y no acertaba a creerla; y cuando ya no tenía más remedio que el de convencerse ante la evidencia, al punto reputaba aquel caso como excepción tan dolorosa como rara. Ni que decir tiene que de las habilidades financieras de la insigne hacendista no tenía la

Biblioteca Pública de Pontevedra

menor sospecha. Antes bien, creíala en extremo caritativa y deseosa de servir de paño de lágrimas al necesitado.

El buen Carrasco se encariñó pronta y totalmente con su discípulo y pupilo. Bien es verdad que Pepito crecía siendo un primor de chiquillo, dócil, estudioso, listo, aprovechado. A poco, el presbítero no podía vivir sin el adorado hijo espiritual, recreándose inefablemente en sus progresos de todo género. Su entusiasmo por el chico era escasamente un punto inferior al que había sido el de don César. El cándido optimismo de su carácter le impulsaba a dar alas a la imaginación del adolescente, en vez de moverle a moderarla. Y como Pepe tenía una naturaleza viva y lozana, el volar de aquellas dos almas alcanzaba pronto las más altas cumbres. Si los plátanos de la carretera contasen los diálogos con los cuales ambos niños, el de los cabellos blancos y el de los rizos de ébano, se recreaban en sus paseos, tendrían que oir.

Mientras tanto, doña Juana, libre ya de la preocupación de que su marido desbaratase el fruto de sus trabajos y cada día un poco más adinerada, iba mejorando su modo de vivir, aunque siempre dentro de la sordidez que era el fondo de su carácter. Pero el puchero del medio día era cada vez más sustancioso; algunos muebles, sencillos y bonitos, venían a sustituir a los desvencijados cuatro trastos de la

Biblioteca Pública de Pontevedra

vieja casona; y a Pepito lo vestían y calzaban hasta con cierta elegancia. Tampoco regateaba en lo tocante a la educación y estudios, y el doncel tuvo pasantías particulares y crédito abierto en las librerías. Ciertamente, todo lo merecía el chico, cada día más deseoso de saber, a cada paso más despierto de inteligencia e imaginación. Y don Manuel gozaba santamente al ver cómo el tierno arbusto confiado a sus desvelos, iba camino de magnífico árbol, de umbroso follaje, pomposas flores y dulces y sazonados frutos.

Pepito despachó el bachillerato con éxito muy lisonjero, y en seguida hincó el diente a la carrera de Leyes. Bien sabe Dios que aquí tuvo precisión de desarrollar algún esfuerzo de voluntad, pues sus aficiones iban por caminos menos áridos, y que las Pandectas, el Fuero Juzgo y las leyes civiles y penales del Reino parecíanle manjares harto indigestos y desabridos. Prefería con mucho darse grandes atracones de poesía, rama del saber humano que llegó a dominar por completo, que tenía para él atractivos incomparables y en la que alcanzó pronto un refinamiento del gusto de lo más exquisito. Y no se limitaba el simpático jovenzuelo a saborear los frutos del ajeno ingenio, sino que también los producía de su propia cosecha, en verdad muy jugosos. Por todo ello, la jurisprudencia le era odiosa; pero el pundonor por un lado y la rara

Biblioteca Pública de Pontevedra

facilidad que para el estudio disfrutaba por otro, le permitieron triunfar de tan aborrecible fárrago, y Pepito, una hermosa mañana de un mes de junio, se halló hecho todo un señor abogado, calzándose el grado a mérito. Tenia diez y nueve años.

Entonces, libre ya de la férula universitaria, dió rienda suelta a su afición carmínea. Brindóle para ello ocasión la circunstancia de que su compinche de inocentes aventuras estudiantiles, Paquito Porredón, era hijo del redactor-jefe de *El Eco de Villavieja*, diario defensor de la política del insigne hombre público don Gumersindo de la Esparraguera, gloria legítima de la ciudad. Indefectiblemente, el artículo de fondo del periódico estaba dedicado a demostrar con claridad meridiana, que desde los tiempos más remotos no había habido en el orbe estadista de más talla que el tal don Gumersindo, y a apedrearle con los adjetivos más ditirámbicos del idioma más fértil en ellos del mundo. Ciertamente, el cotidiano artículo no tenía más lectores que el cajista al componerlo y el propio repúblico al saborearlo, allá en Madrid, con el chocolate matinal. El resto de la publicación se repartía equitativamente entre los escasos sucesos locales, los «Ecos de sociedad», una flácida conferencia telegráfica convenientemente hinchada en casa y la sección de noticias: («Ha sido denunciada por la Guardia municipal la criada

Biblioteca Pública de Pontevedra

del segundo piso del número 44 de la calle de San Dimas, por colgar ropa blanca en los balcones. —Ayer hubo regular animación en el mercado. Abundó el pimiento para conservas; pero escasearon las habichuelas, que, además, se cotizaron en baja.») Pero Porredón padre, que era un periodista a la moderna, ardía por elevar el nivel intelectual de su diario. Cuando Paquito le trajo un soneto de Pepe Molina, el hábil redactor-jefe se apresuró a aceptarlo y a brindar al poeta con cuanto espacio gustase en lo sucesivo ocupar en las hasta entonces sosísimas columnas de *El Eco*.

Cultivaba por aquellos dias Pepito la musa pastoril y todo su afán era meterse en la vida privada de innúmeros Filis, Melibeos, Tarsilos y Galateas. No podían estos personajes armar ninguna de sus acostumbradas trapisondas sin que, al punto, el guapo chico no sintiese la necesidad de contársela a los lectores de *El Eco* en versos primorosos, llenos de armonía y dulzura. Pero esta afición hubo de costar cara al poeta. Cierto día se arrancó con unas bellísimas décimas a Amarilis. Es de saber que, bajo este nombre, apenas hubo un villaviejano que no descubriese a la hija del alcalde, señorita de la mejor sociedad y de la cual andaba Pepito levemente enamoriscado. Quizás el único que no acertó a descubrir el enigma fuese el propio padre de la interesada, tal vez porque no leyó las

Biblioteca Pública de Pontevedra

décimas culpables. Pero aquella tarde, cuando llegó al casino, no faltó quien le pusiera sobre la pista.

—¿No ha visto usted, don Severo, los versitos de hoy de Pepe Molina?

—No; yo no leo esas cosas.

—Pues éstos merecen leerse, y más que por nadie, por usted.

—¿Por qué?

—¡Hombre, eso lo sabe todo el mundo! Porque esta Amarilis—dijo el chismoso, esgrimiendo un número del periódico—es Esperancita.

—¿Mi chica?

—¡Claro, hombre, claro!

Don Severo no quiso saber más. Caló el chambergo, requirió la estaca y salió de estampía en busca del osado poeta. No tardó en encontrarlo; verle, irse a él y comenzar el vapuleo, fué todo obra de un instante.

—¡Toma *Amarillis*, morrall—vociferaba aquella lumbrera del histórico partido liberal-conservador—. ¡Toma, para que aprendas a meterte con las señoritas decentes!

Conviene advertir, en descargo de la furia del digno alcalde, que, poco versado en humanidades, creyó que el mote que el poeta ponía a la muchacha podía ser una transparente alusión a ciertos desarreglos ictéricos que, en fecha no lejana, habían trocado el suave rosicler de sus mejillas en color de canario. Pero a Pepito no le

Biblioteca Pública de Pontevedra

dolieron menos, moral y materialmente, los palos por eso. Juró no volver a escribir églogas mientras a los alcaldes no les examinasen previamente de Retórica y Poética.

La humillación por la páliza y el abandono de la poesía, hicieron brotar en el mancebo con irresistible empuje sus hasta entonces vagas e imprecisas veleidades de salir de Villavieja. Cual de costumbre, don Manuel avivó el incipiente incendio que, a poco, devoraba la imaginación del muchacho. Pero doña Juana, a pesar de los locos despilfarros bucólicos y suntuarios de los últimos tiempos, no quería ni oir hablar de ello. Las dos o tres veces en las que el presbítero intentó reñir la batalla, no consiguió otra cosa que salir con las manos en la cabeza, tanteando los chichones. Apenas pronunciadas las primeras palabras, antes de que el silogismo inicial pudiera desarrollarse, la voluntad enérgica de la hacendista caía cual losa sobre el infeliz, aplastándolo totalmente. Sin embargo, el clérigo no perdía las esperanzas. Estaba seguro de que, como le dejasen hablar... Pero lo malo era que no le dejaban.

Entonces, ocurrió un suceso que decidió del porvenir de Pepito.

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO II

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON GUMERSINDO DE LA ESPARRAGUERA

I

Y fué que, a son de bombo y platillos, *El Eco de Villavieja* anunció *urbi et orbi* la sensacional noticia de que el eminente repúblico, el estadista insigne, el esforzado campeón, el atleta del Parlamento, el bienhechor de la ciudad, excelentísimo señor don Gumersindo de la Esparraguera, ex ministro de Instrucción pública y de Marina, ministro actual de Hacienda, Caballero Gran Cruz del Mérito Militar y del Mérito Agrícola y de todos los méritos habidos y por haber, etc., etc., aprovechando sus cortos ocios veraniegos y dando momentánea tregua al afán con el cual se consagraba a labrar desinteresadamente la felicidad de los poco agradecidos

Biblioteca Pública de Pontevedra

españoles (¡Oh! ¡Don Gumersindo no tenía una estatua!) se dignaba fijar para plazo muy breve su visita a la ciudad que mereció de la Providencia el singular honor de escuchar su primer vagido. «Nuestro querido director—concluía el suelto—sale hoy para Madrid con objeto de ofrecer sus respetos al glorioso magnate y de recibir sus órdenes para ultimar los detalles de la memorable jornada que hará época en los fastos de Villavieja. Va en *sleeping*.»

Al punto movilizáronse las huestes esparraguistas y don Severo, Porredón y otros muchos de menor cuantía, comenzaron febrilmente a disponer todo lo preciso para el mayor lucimiento de la estancia del prócer en Villavieja. El Ayuntamiento se constituyó en sesión permanente, cosa que no había ocurrido desde la invasión de la langosta el año 75.

—Usted, Porredón, que es hombre listo y activo—dijo el alcalde—, tendrá seguramente su programa.

—Naturalmente—respondió el periodista, reventando de orgullo—. Lo tengo, y desafío a cualquiera a que haga otro mejor.

—A ver, a ver.

Porredón desembuchó su proyecto. Recibimiento triunfal, con arcos de ramaje, colgaduras en las ventanas, lluvia de versos en papeles multicolores y palomas con cintas de seda. Iluminación a la veneciana de la calle en que ha-

Biblioteca Pública de Pontevedra

bitase el prohombre, fuese la que fuese. Función de gala en «nuestro primer coliseo». Banquete monstruo, con discursos del alcalde, del propio Porredón, de Fulano y de Mengano—¡Perengano no, por Dios, señores!—y, naturalmente, del mismo agasajado. Colocación de la primera piedra de lo que se quisiese: cuartel, escuela, cárcel... así como así, no se ha de poner la segunda... Caravana automovilista a las ruinas del monasterio de Valcierga (religión, recuerdos históricos, bellezas arquitectónicas, magnificencias del paisaje). Baile de alta sociedad en el Casino Villaviejano. Despedida no menos triunfal que el recibimiento, con otros arcos, las mismas colgaduras, más lluvia de versos y más palomas. Votación por el Concejo de los créditos necesarios al efecto y vara alta al repetido Porredón para administrarlos.

—Bueno—dijo don Severo—, por eso no ha de quedar. Precisamente tenemos intactos los presupuestos de calamidades y de destrucción de animales dañinos. También podemos sacar algo del de enterramiento de pobres. Aquí, mientras yo sea alcalde, no se muere nadie.

—Pues manos a la obra. Lo primero es ver dónde alojamos al insigne huésped.

—Hombre, yo ofrecería mi casa—repuso el alcalde—, pero como mi cuñada acaba de pasar el tifus...

—Diga usted que no quiere que se vea el

Biblioteca Pública de Pontevedra

forro de la sillería de la sala, que está muy desteñido—insinuó un concejal, de cuya ortodoxia esparraguista había dudas vehementes.

—¡No tanto como el pelo de usted, deslenguado!—gritó don Severo, que ya sabemos era hombre poco sufrido.

—Paz, caballeros, paz—dijo el conciliador Porredón—. No manchemos este día señalado con rencillas de poco más o menos.

—Propongo—ideó otro concejal—la casa del conde de las Majadas.

Hubo un religioso silencio. ¡El conde de las Majadas, el prestigio histórico, el sexto nieto de aquel que había andado a estocadas con el marqués de Pomareda! Los buenos burgueses villaviejanos no podían eximirse jamás, al oir aquel nombre egregio, de una vaga sensación respetuosa.

—Sí, no cabe duda de que es la mejor—opinó por fin el alcalde—. Pero como el conde es tan raro...

—¡Un retrógrado!—rugió el único concejal de la conjunción republicano-socialista.

—Sí, sí, algo retrógrado es... pero, señores, ¡qué triunfo si lo conseguimos!

Quedó acordado que Porredón visitase al conde, representando a la comisión organizadora del homenaje. Y al día siguiente, el redactor-jefe de *El Eco*, se personó, de levita, chistera, y guantes amarillos, en su palacio. Cuando re-

Biblioteca Pública de Pontevedra

gresó al seno del Ayuntamiento, Sófocles y Eurípides pudieran haberse servido de su rostro para representar la máscara trágica.

—¿Qué ha ocurrido, Porredón? —preguntó, alarmado, don Severo.

El periodista se desplomó en una butaca, mientras sus colegas le rodeaban solícitos.

—Un vaso de agua—imploró con voz desfallecida.

Por fin, entre la expectación general, logró hablar.

—Ha ocurrido una cosa espantosa, señores... ¡espantosa!

—Pero ¿qué?—dijeron todos, asustadísimos.

—Veré si puedo coordinar mis ideas. Llego, penetro en aquel zaguán tan enorme, donde están la carroza de gala y la litera... me aboco con aquel portero tan alto, que tiene aquellas patillas... un poco intimidado, ¿por qué no confesarlo? Yo no tengo costumbre de verme en tales sitios... Le entrego mi tarjeta... El portero, al cabo de diez minutos, me dice que suba... Subo por aquella escalera tan ancha, entre aquellas armaduras y aquellos tapices... Allá arriba, otros dos criados, más altos que el portero, señores, más altos todavía y también de librea... me pasan a un salón, luego a otro, después a otro... Yo, la verdad, seguía intimidado. Nada, que no tengo la costumbre... Llegamos al despacho del conde... el conde me recibe muy campechano,

Biblioteca Pública de Pontevedra

me sonríe y me ofrece un cigarro; pero aquella sonrisa era falaz y el cigarro... no, el cigarro era muy bueno. Comenzamos a hablar. Yo, tal vez trabucándome un poco, le expongo nuestros proyectos de recibimiento, cómo nos hemos constituído en comisión permanente, lo brillante que ha de resultar el homenaje... el conde me escucha y sigue sonriendo... ¡qué sonrisa, señores, qué sonrisa de hiena!... Para tomar ánimos me quedo un instante callado. «Bueno, ¿y qué?», me pregunta el conde. «Pues que nosotros, señor conde, hemos pensado...» «¿Qué han pensado ustedes?» «Hemos pensado que... que para mayor gloria... para rodear de mayor prestigio... que para hacer mayor honor, eso es, honor al recibimiento, debíamos suplicar a usted... que se dignase...» «Que me dignase, ¿qué?» «Que se dignase recibir en este histórico palacio al insigne hombre público.» «¿A ustedes se les ha ocurrido eso?» «Sí, señor, eso, eso... contando, naturalmente, con la benevolencia nunca desmentida de...» «Bueno, pues verá usted— contesta aquel troglodita—. A mí me gustan las cosas concretas. Al pan pan y al vino vino. Cuanto más claro más amigo. Diga usted, pues, a sus compañeros de comisión, que mi casa no se ha hecho para recibir esperpentos.» Señores, créanlo ustedes, al oir esto se me erizaron los cabellos, y no me caí redondo al suelo porque estaba sentado. No sé lo que dije, lo que

Biblioteca Pública de Pontevedra

balbuceé, cómo salí de aquel despacho... Bajé a trompicones la escalera, tropecé con una armadura y con el portero... y aquí estoy.

Don Severo y comparsa estaban consternados. La repulsa del prócer restaba a sus proyectos el prestigio más llamativo y sonoro en Villavieja. Era, además, seguro que cuando la cosa se transparentase—¿qué es lo que no se sabe en un pueblo de lo que en él ocurre y a los diez minutos de ocurrir?—los demás señores de *lo antiguo*, el barón de Piedrabuena, el vizconde de Castrolozano, la orgullosa marquesa del Maderal, seguirían el ejemplo de su ídolo Majadas y se llamarían andana... Y si don Gumersindo siguiese militando, como antaño, en las filas avanzadas, la cosa no tendría importancia alguna; pero como daba la pícara casualidad de que aquellos días el consecuente hombre público se sentía conservador... ¡Qué catástrofe, señores, qué catástrofe!

Más casualidades, no menos pícaras. La comitiva había de pasar, precisamente, a la llegada y a la despedida, por la plaza en la cual se alzaba el palacio del conde; esto era un pie forzado, una condición *sine qua non* impuesta por la topografía local; y era seguro que Majadas no había de sacar del alcanfor sus recamados reposteros para colgarlos de los balcones. He aquí, pues, una excepción lastimosísima en lo tocante al ramo de colgaduras, que haría escue-

Biblioteca Pública de Pontevedra

la, que sería contagiosa y que arrastraría a otras muchas. Porque el conde—¡por vida de las casualidades!—no sólo mandaba en los de su clase, sino que era popularísimo, muy simpático, generoso, campechano y decidor. Entre el pueblo, sumaba más amistades que todos los esparraguistas juntos. Si le da la ventolera por chafar el recibimiento, estamos frescos. Y al pensar en ello, a don Severo y a Porredón les entraba un sudor frío.

Lo del alojamiento pudo al fin arreglarse, pues al estado mayor general esparraguista no costó trabajo alguno conquistar a don Inocencio Cachopo, requísimo indiano que acababa de construir un sensacional palacio, en cuya fachada se combinaban felizmente los estilos neoclásico, gótico florido y churrigueresco, con ligeros toques—había que dar su parte al progreso—modernistas. Bastó para ello al maquiavélico Porredón con insinuar que el conde de las Majadas ardía en deseos de ver ante sus lares las maletas de don Gumersindo, y que todo lo que hiciese o pudiese decir no era más que despecho por no haber merecido la preferencia. Unióse a ello una discreta promesa de la encomienda de número de Carlos III o de los honores de jefe superior de Administración Civil. Y don Inocencio, lleno de júbilo ante la idea de achicar al conde y, por añadidura, de lucir un uniforme con muchos más bordados que paño,

Biblioteca Pública de Pontevedra

abrió las puertas de su casa y las de su caja a las concupiscentes miras del redactor-jefe del *Times* local.

También otros escollos no menos temibles fueron salvándose, sobre todo desde que al agudo olfato de Porredón llegó el olor de que el conde de las Majadas no veía en la visita de don Gumersindo otra cosa que motivo para reirse un poco y que no abrigaba proyectos tenebrosos contra el éxito del viaje. Si el ilustrado periodista supiese quién había sido Mazarino, de fijo que se compara con él. Pero por desgracia no lo sabía, cosa en la cual se hallaba al mismo nivel de su jefe el insigne ex ministro de Instrucción pública, ministro actual de Hacienda. Total, que el director de *El Eco de Villavieja* pudo recibir en Madrid un telegrama tranquilizador, bastante a autorizarle para asumir la responsabilidad del viaje.

Y amaneció el día feliz y los arcos de ramaje se alzaron sin graves contratiempos y con sendos cartelones—«Villavieja a su hijo predilecto; loor al talento y a la integridad; los pueblos se honran al honrar a sus grandes hombres: *Wellcome*, etc., etc.» Un cálculo bastante exacto que, por orden de don Severo, hizo el jefe de la Ronda Municipal, arrojó un tanto por ciento satisfactorio de balcones con colgaduras. Palomas, cohetes, versitos estaban en sus puestos de honor, apercibidos al combate, y don Severo,

Biblioteca Pública de Pontevedra

que acompañado de Porredón y de otros conspícuos había recorrido toda la línea, pudo, a la hora prudencial, encaramarse en el *landeau* del Municipio para dirigirse a la estación del ferrocarril.

II

Gracias a los buenos oficios de su amigo Paquito Porredón, Pepe Molina logró hallar un sitio estratégico, al lado de la puerta principal del Ayuntamiento, para presenciar la llegada del repúblico. Recomendado por el compinche a un guardia urbano, consiguió mantenerse en su observatorio, a pesar del bullicio, de los empujones, hasta de algunas protestas «contra el caciquismo» que brotaban de la multitud que invadía la amplia plaza. El espectáculo, raro en Villavieja, le entretenía agradablemente. De pronto restallaron más cercanos los cohetes, sonó casi inmediata la charanga, la multitud se estremeció, oscilando sus mil cabezas en todos sentidos, y dominando el conjunto, apareció, marchando trabajosamente, el coche municipal, tirado por dos pacíficos caballos negros y con cochero y lacayo cuyas libreas, no sólo acusaban lasgos años de honrosos servicios, sino que

Biblioteca Pública de Pontevedra

no ocultaban su procedencia de otros dueños; la del automedonte era muy corta y la de su adlátere muy larga.

Confusión enorme, la multitud que se arremolina, chicos que se meten debajo de los caballos y entre las ruedas, los urbanos que luchan desesperadamente para establecer un poco de orden. El coche llega por fin a las mismas puertas del palacio municipal. Y Pepe Molina vió descender de aquel armatoste a don Severo, correctamente enlevitado y enchisterado y empuñando en la enguantada mano el bastón símbolo de su autoridad; y luego, primeramente un pie muy pequeño, calzado con bota de alto tacón, seguido de una pierna muy corta y muy gordezuela, vestida con pantalón oscuro; pie y pierna precedían a una barriga prominente, más llamativa aún a causa de su chaleco blanco; luego, un torso del cual pendían brazos proporcionados a la pequeñez de las piernas y arqueados en forma de asas de botijo. Y sobre todo ello, arrancando directamente de los hombros, suprimido de manera radical el pescuezo, una cabeza grande, gorda, fofa, de mejillas flácidas y colgantes, mal color, belfo péndulo, bigote de sospechosa negrura, ojos saltones y perpetuamente asombrados, y calva definitiva. Todo lo cual, junto, era el excelentísimo señor don Gumersindo de la Esparraguera.

Pepe le vió bajar trabajosamente, resoplar,

Biblioteca Pública de Pontevedra

enjugarse el sudor, apretar muchas manos, mascullar palabras de gratitud y penetrar en el Ayuntamiento, precedido, rodeado y seguido de la multitud que en vano trataban de contener los conspícuos del esparraguismo y las súplicas de Porredón: «Por favor, señores... permitan ustedes, señores... señores, no empujar». Fuera quedaron los menos atrevidos, los curiosos de ocasión, Pepe Molina y los dos humildes caballos del *landeau*, contemplando filosóficamente el adoquinado.

Había comenzado la carrera de baquetas a que el entusiasmo de sus secuaces condenaba al señor ministro de Hacienda y que no debía cesar hasta que, tres días después, el prohombre lograse meterse de nuevo en el tren, camino de su poltrona. Bien es verdad que entre los mil programas de los mil recibimientos que España tributa anualmente a sus mil hijos eminentes, ninguno se vió coronado por éxito tan rotundo, tan concluyente, tan perfecto como el brotado del claro intelecto de Porredon. ¡Oh! ¡Qué prousa, qué brillante la iluminación de la calle del Mercado (ya, desde aquel día y por acuerdo unánime del Concejo, calle de Gumersindo de la Esparraguera), do se alzaba el sensacional palacio de don Inocencio Cachopo! ¡Ah! ¡Qué suntuosa, qué brillante la función de gala! ¡Oh y ah al mismo tiempo! ¡Qué suculento, qué brillante el banquete monstruo en el cual los villavieja-

Biblioteca Pública de Pontevedra

nos pudieron gustar del singular regalo de oir la autorizada, la elocuente, la brillante palabra del insigne, del respetable, del conspicuo repúblico, del brillante ministro de Hacienda! Todo ello, pero gastando cada vez una azumbre de tinta, lo contaba Porredon cotidianamente en seis o siete columnas del *Eco de Villavieja*, a la mañana siguiente al festejo de turno. Porque, ¡oh, ah y oh!, para qne en el monumental ágape nada faltase, el diligente redactor-jefe había conseguido que asistiese ¡hasta la nobleza!

¡Triunfo brillantísimo! Cierto que el representante de la sangre azul que Porredón pudo cazar no era el conde de las Majadas, ni siquiera el barón de Piedrabuena y sí un hidalguete famélico y rural que andaba a la pesca de un destinillo y al que, naturalmente, no se cobró el cubierto. Pero don Gumersindo le recibió con grandes aspavientos de regocijo, llamándole «mi querido amigo» y aprovechando la ocasión para colocar media docena de lugares comunes acerca de la «justa influencia que debe ejercer la aristocracia en la gobernación del Estado».

Y la caravana automovilista y la primera piedra del nuevo grupo escolar y el baile de sociedad fueron otros tantos éxitos que, seguramente, harían hablar *in petto* al troglodita de Majadas, como Porredón se lo deseaba cordialmente. Y llegó por fin el momento en el cual el prohombre, «llevando en el corazón a Villavieja», pudo

Biblioteca Pública de Pontevedra

tomar nuevamente posesión del *break* de Obras públicas, dejando tras de sí la promesa solemne de volver pronto, de conseguir para su ciudad natal un batallón (es una vergüenza que la vecina Villanueva cuente nada menos que con una guarnición de dos regimientos y que aquí tengamos que contentarnos con la Zona), un acueducto y una necrópolis, y también—y esto para Porredón valía más que todo lo demás junto—un encargo de confianza, personal y reservado, al redactor-jefe de *El Eco*.

Porque ha de saberse que el insigne repúblico capitaneaba un grupo. En tiempo de las vacas gordas, el grupo esparraguista contaba hasta ocho o nueve diputados, y en tiempo de las vacas flacas, tres o cuatro, si bien entonces metían más bulla en el Congreso que si fuesen treinta o cuarenta. De la lugartenencia de esta hueste se encargaba el secretario particular del grande hombre, muchacho despierto, buscavidas y de muy poca aprensión; pero, últimamente, don Gumersindo había tenido un disgusto muy grande; aquel muchacho, que todo se lo debía, levantaba banderín propio, se rebelaba contra su jefe indiscutible y aspiraba a campar por sus respetos y a sentar plaza de capitán general. El ministro, ante tamaña ingratitud, creyó enfermar de dolor. Pero luego y escarmentado, juró no otorgar la vacante secretaría a quien no se hallase en condiciones tales que, materialmente, le

Biblioteca Pública de Pontevedra

imposibilitasen para alzar el vuelo. Por eso quería un jovencito, muy jovencito, listo, culto, modesto, sin ambiciones. Porredón, tal vez, tan conocedor de Villavieja, supiese de alguno que...

El redactor-jefe pensó un instante en Paquito. Era aquello más de lo que, poco tiempo antes, el amantísimo padre hubiera podido soñar en las más audaces concepciones de su acalorada fantasía. Pero al punto tuvo que renunciar a su ambicioso proyecto. Paquito, gracias a don Gumersindo, acababa de ingresar por la puerta falsa en una carrera del Estado, inamovible, de rápidos y fáciles ascensos y *brillante* porvenir. A la vuelta de pocos años, el niño habría alcanzado una elevada categoría administrativa. Era, pues, dejar lo cierto por lo dudoso, lo necesario por lo contingente. Fuera la candidatura de Paquito. Pero el propio Paquito resolvió el problema; de no ser él el elegido, allí estaba Pepe Molina, que reunía muchas más condiciones de las que don Gumersindo pudiera exigir.

Porredón reflexionó, calculó y aprobó. No estaba de más que el secretario particular del prohombre fuese el íntimo amigo de su hijo. Escribió al señor de la Esparraguera, diciendo: «Creo haber hallado lo que usted desea», e *incontinenti*, propuso al joven tan *brillante* proporción.

Don Manuel se alborozó mucho más que su discípulo. En su candidez columbina, en su igno-

Biblioteca Pública de Pontevedra

rancia del mundo, creía el buen clérigo que todos los que ocupan altos puestos son pozos de ciencia, tesoros de prudencia, arcas de virtudes, barras de fortaleza y cataratas de integridad y patriotismo. Don Gumersindo, especialmente, aparecía a sus ojos no mucho más abajo que e cardenal Cisneros. Además, el anciano veía en aquel destino que a su pupilo venía a las manos, en primer término el modo de salir de Villavieja sin que doña Juana pudiese, so pena de ser un monstruo de egoísmo, oponerse a ello; y en segundo, el peldaño inicial de la áurea escalinata que, infaliblemente, había de llevarle al empíreo soñado: «Canónigo te vean mis ojos—decíase, restregándose las manos—, que obispo es como tenerlo en el bolsillo.» Apercibióse, pues, para la batalla que habría con toda seguridad que reñir con la insigne hacendista, pero, ahora, con la evidencia del triunfo.

Pepito, empujado a ello cual de costumbre por el cura, lanzó a rienda suelta la fantasía. ¡Vivir en Madrid, entrar desde el primer momento en las más elevadas esferas, codearse con todos los hombres-cumbres; tener, en una palabra, a su servicio la llave del éxito! Sus sueños de antaño, mucho más imprecisos por considerar su realidad como muy lejana, quedaban tamañitos. Ahora si que veía su libro en los escaparates; ahora si que le parecía ya llegar con firme planta a las más augustas tribunas. La emo-

Biblioteca Pública de Pontevedra

ción era en el simpático muchacho tan intensa, que le producía desvanecimientos. A veces, se pellizcaba para convencerse a sí propio de que no era juguete de un sueño. ¡Ah! ¡Cuando la fama coronase sus altos hechos! Pepito, para entonces, se prometía ser modesto, hasta ocultarse a la admiración pública, reservando celosamente para su fuero interno el inefable goce del triunfo. No, y también le había de ser muy grato el ayudar a los principiantes no tan favorecidos como él por la suerte, abrirles camino, proporcionarles ocasiones de lucimiento. Luego, sí, tenía razón don Manuel; luego habría en algún suntuoso palacio una joven bella y buena, en cuya alma blanca repercutiese el eco de sus victorias; que se estremeciese de dicha a cada nuevo lauro conquistado por él; a quien, por fin, él correría a ofrendarlos todos juntos, depositándolos a sus pies para que ella los hollase. Y después... y después... Y si Pepe cabalgaba intrépido en el alado corcel de sus ilusiones, el clérigo era el incansable espolique encargado de descargar sobre sus lomos furibundos zurriagazos para hacer más loca aún su desenfrenada carrera.

Sin embargo, fuerza fué que dieran un instante tregua al desvarío. Muy seriamente, don Manuel y Pepe convinieron en que, no más tarde que aquella misma noche, hablarían a doña Juana.

Biblioteca Pública de Pontevedra

III

Pintar la cólera de la señora de Molina fuera empresa temeraria. Pero el muchacho y el clérigo habían almacenado suficiente dosis de energía para aquel trance y estaban decididos a aguantar impávidos el chaparrón.

—¡Don Manuel, usted es un loco!—gritaba la dama—. ¡Mire usted que volver con la monserga de que el chico se ha de ir a Madrid!

—Pero, señora, escuche usted...

—¡No tengo nada que escuchar! ¡A Madrid, a Madrid! ¡Donde no van más que los perdularios, los sinvergüenzas, los *méndigos!*

—Pero, doña Juana, si usted me permite...

—¡No tengo nada que permitir! ¿Qué quiere usted que haga el niño lejos de su madre, que por él sufre mil privaciones, que le cuida, que le mima, que se mira en sus ojos?

—Pero, señora, permítame usted. El porvenir...

—¡El porvenir, el porvenir! El porvenir de Pepito está aquí, entre los cuatro terrones que le dejó su padre, y que yo, sabe Dios a costa de cuántos sacrificios, le he conservado y mejorado... pero mejorado muy poco, señor don Ma-

Biblioteca Pública de Pontevedra

nuel, porque aunque oiga usted decir por ahí que yo soy rica, sepa usted que es mentira.

—Señora, si yo no creo más que lo que usted me diga. Pero permítame usted que insista. Pepito en Villavieja...

—Pepito en Villavieja y mientras le viva su madre, tendrá siquiera un pedazo de pan que llevar a la boca, y no como en Madrid, donde viven de milagro.

—Mire usted, señora, que de esto sé yo algo. En la Corte...

—¡En la Corte, en la Corte! ¡No se le cae a usted esa muletilla de la lengua! ¡En la Corte no hay más que miseria y hambrones!

—Permítame usted...

Doña Juana no le permitía nada. Don Manuel, que empezaba a sentir vacilar su decisión, miró a Pepito que, mustio y cariacontecido, tampoco tenía a mano los tesoros de valor acuñados la víspera. En aquellos momentos el corcel de sus ilusiones se trocaba en manso borriquillo.

—¡Y qué ingratitud!—siguió la señora, cambiando de tono—. ¡Querer abandonar a su anciana madre, a una pobre vieja que no tiene más que a él en el mundo, que ya poco puede durar, que sólo espera una buena muerte! ¿Y es usted, don Manuel, usted, un sacerdote, quien aconseja tal herejía? ¡Señor, Señor, qué cosas se ven en el mundo!

Biblioteca Pública de Pontevedra

—No, mamá, si yo no quiero abandonarla a usted—se atrevió a insinuar tímidamente el chico.

—Eso, eso, él no quiere abandonarla a usted—corroboró el clérigo—. El lo que quiere es...

—¡Es largarse con viento fresco y que yo me quede aquí! ¡Si a esto llama usted no querer abandonarme!

—¡Pero doña Juana, por los clavos de Cristo! Escuche usted un instante siquiera. Verá usted, Pepito...

—¡Pepito es un badulaque y usted un chiflado! Y la culpa la tengo yo, que he permitido que usted le meta en la cabeza todas las majaderías de la suya. ¡Ea, no se hable más del asunto! Pepito se quedará en Villavieja, y en cuanto a usted, señor don Manuel...

—Señora, yo... yo tengo sagrados deberes que cumplir. Las últimas palabras de mi pobre amigo don César...

—¡Usted lo que tiene es serrín en la sesera y es quien levanta de cascos a este tonto! Y en cuanto a las últimas palabras de mi marido, haga usted la cuenta de que no las oyó. Desde hoy en adelante se acabaron los paseos, se acabaron las guilladuras, se acabó todo. Pepito en su casa, usted en la suya y Dios en la de todos.

El gigante salió, humillada la cerviz y coloradas las orejas, del hogar de la enana. ¡Ah, pero

Biblioteca Pública de Pontevedra

para volver, eso sí! Don Manuel aún no había logrado desarrollar sus silogismos; además, estaba resuelto a ganar la partida; lucharía hasta el último instante.

Por su parte, Pepito recurrió al propio Porredón, sujeto mucho más ducho que don Manuel. El redactor-jefe aceptó gustoso el encargo.

Hábil y sutil, comenzó por presentarse ante la terrible financiera portador de un pingüe negocio. Se podían colocar, con todas las garantías hipotecarias posibles, hasta treinta mil reales al nueve por ciento. Y como el deudor no pagaría ni principal ni intereses, era segura la retroventa de una casa nueva, bien situada, que valía lo menos diez mil duros. Él, Porredon, al saberlo, se había acordado de su amiga... de su amigo don Eugenio y, por lo tanto, rogaba a doña Juana que lo pusiese en conocimiento de su señor hermano. Naturalmente, este exordio causó en la insigne viuda el efecto más lisonjero. Aquel era un buen amigo.

Luego hizo que, como quien no quiere la cosa, la conversación declinase hacia la reciente visita del ministro a Villavieja. ¡Oh! ¡Era mucho hombre aquel don Gumersindo! Seguramente, en todo el vasto campo de la política española no se hallaría otro que le igualase en talento, en habilidad, en previsión. ¡Con cuán maravilloso instinto adivinaba el viento que iba a soplar! Sí, ciertamente, don Gumersindo, allá en

Biblioteca Pública de Pontevedra

sus mocedades—«cosas de la edad, doña Juana, chiquilladas»—, había sido republicano, más que republicano, demagogo; pero, ¿cuándo fué esto? Pues cuando la República estaba en el poder, es decir, cuando a su sombra podía don Gumersindo servir a la patria, único y constante objeto de su vida. Y la prueba es que no bien restaurada la Monarquía, el futuro insigne estadista fué de los primeros en sacrificarse, alistándose en el posibilismo, y el que más prisa daba para que el partido aceptase la legalidad existente. ¡Ah! Porredón recordaba aquel magnífico trozo de la elocuencia gumersindiana: «Sí, señores, o somos o no somos posibilistas. Si lo somos, es que podemos serlo, cual la misma palabra lo indica. En este caso, ¿a qué esperamos? Y si no lo somos, ¿qué esperamos también? Venga, venga entonces la revolución, pero que venga pronto. ¿Y si no viene? ¡Fatal dilema, señores, pero ante el cual no puede vacilar nuestro espíritu esforzado! ¡O al vado, o a la puente! *¡O témpora, o mores!*» Pero don Gumersindo hizo más; antes, mucho antes de que los consagrados del posibilismo vistiesen la casaca gubernamental, ya era nuestro hombre subsecretario; ¿para qué? Para sacrificarse una vez más, para servir de puente, para que existiese una demostración palmaria, rotunda, concluyente, de la posibilidad del posibilismo. Eso sí, don Gumersindo no claudicaba en lo tocante a la

Biblioteca Pública de Pontevedra

integridad de los principios. ¡Ah, en este punto era intransigente! ¿Liberal? ¡Más que ninguno! Por eso no quiso aceptar subsecretaría de ningún género sino de manos purísimas, de las de quien encarnase en aquellos momentos las más delicadas esencias democráticas. ¿Y quién era la vestal guardadora de este sagrado fuego? ¿Quién había de serlo? ¡El presidente del Consejo de Ministros! Pero ¡qué pena! Aquel hombre—el presidente—, aquel luchador de los años épicos, aquel pendón viviente de la libertad en sus épocas heroicas, estaba agotado. ¡Oh, la lucha había sido tremenda! La hidra—la reacción—resurgía siempre, y cuando creíamos haber aplastado su repugnante cabeza, mil más brotaban amenazadoras; y en este continuo aplastar, el héroe había gastado, no su valor, que era infinito, pero sí sus débiles fuerzas físicas. Don Gumersindo, manando lágrimas de sangre, vióse obligado a abandonarle, puesto que la libertad exigía continuos combates, a los cuales no podía acudir el caído. Y este nuevo y penoso sacrificio forzó al denodado villaviejano a pasar por otro no menos terrible: aceptar una cartera. ¡Ah, don Gumersindo, en su locura por salvar al país, había apuntado a Gobernación! Desde allí, haciendo unas eleccioncitas con su poquito de sal y pimienta, podría conseguirse que España entrase resueltamente en el corro que decide de los destinos del mundo. Mas la

Biblioteca Pública de Pontevedra

sabiduría del nuevo presidente lo dispuso de otro modo: don Gumersindo fué a Instrucción Pública... y se compró un prontuario de ortografía; pero este rasgo de modestia raras veces lo mencionaba Porredon, aunque la cosa no tuviese nada de particular: el luchador, en la palestra; el erudito, en el austero reposo del claustro o de la Academia... ¡Ah! Don Gumersindo era tan maravilloso, que sin haber leído en su vida un libro de pedagogía, padeciendo inclusive ciertas torturantes dudas acerca de lo que tal palabrota significase, en un santiamén, con media docena de Reales decretos y obra de quince o diez y seis Reales órdenes, elevó la cultura nacional al nivel magnífico que hoy Europa nos envidia. Cierto que la hidra no desperdició la ocasión de verter una vez más su baba ponzoñosa, deslizando subrepticiamente la especie de que en tal cuerpo jurídico no había otra cosa que cierto negocio sucio de adquisición de material docente inservible; pero, por esta vez, se fastidió. Don Gumersindo, que empezaba a tener hueste, movilizóla al punto y la granizada de «libertad, justicia, civilización, progreso» y otros conceptos no menos sustanciosos que de las nubes esparraguistas cayó sobre el monstruo, estuvo a punto de aplastarle definitivamente. *El Adalid Matritense* demostró, hasta por rigurosas matemáticas, que eso de que cada escuela nacional tuviese escudo,

Biblioteca Pública de Pontevedra

asta-bandera y bandera para el asta era genial idea, capaz de despertar en la infancia las más puras ideas de patriotismo. Y el propio don Gumersindo, para dar el mentís definitivo a la calumnia, descendió voluntariamente, nuevo Cincinato, de posición social: de un piso segundo se mudó a un piso primero. Eran veinticinco peldaños menos en la escala social.

Y, sin embargo, bien pudiera haberse eximido de este sacrificio número enésimo, ya que sus asuntos particulares — todo tiene su premio, doña Juana—marchaban viento en popa. El lacayuelo a quien un día el capricho de un prócer había dotado de carrera, llevaba ya camino de plutócrata.

Porque, naturalmente, don Gumersindo había hecho de la toga del legislador y de la del abogado una sola y tenía un importantísimo bufete, llevado a pulso por dos o tres pasantes que, con aspiraciones muy concretamente definidas, se resignaban a sudar, unos cuantos años, la gota gorda, a reserva de, el día de mañana, hacérsela sudar a otros. Y los asuntos de doscientas, de trescientas, de quinientas mil pesetas caían, cual maná bendito, sobre el despacho, de elegancia ramplona y marca de fábrica, del ya eximio hombre público y lumbrera del foro, de donde salían escapados para las peladas mesas de los pelados pasantes, que los despachaban reservando al maestro la difícil

Biblioteca Pública de Pontevedra

tarea de echar una firma, mejor dicho, dos: la del informe y la de la minuta.

Pero—sí, doña Juana, el mundo varía de continuo—, un día el señor de la Esparraguera realizó un descubrimiento prodigioso. Como todos los grandes saltos del saber humano, brotó de improviso, surgiendo de un incidente minúsculo, de la nada apenas visible. En la mente de don Gumersindo refulgió súbitamente una chispa genial: «la libertad se había hecho conservadora». Y, en el mismo momento, el prohombre se aterró.

Sí, se aterró al considerar que, en la majestuosa marcha de las ideas hacia el Progreso (con P mayúscula), él, el adalid, se había quedado atrás. Pero su viril espíritu reaccionó pronto. Precisamente, por aquellos días, los conservadores estaban en potencia propincua para entrar en el poder, y para largo rato. Don Gumersindo, seguido de su mesnada, marchó al galope a reunirse con la libertad. Y pidió la cartera de Gobernación. Pero le dieron la de Marina.

El señor de la Esparraguera se resignó una vez más. Aprovechando las forzosas vacaciones del estío, fué al Ferrol, a Cádiz y a Cartagena, donde se mareó cuanto quiso y se retrató cuanto quisieron los *reporters* gráficos, sobre el puente de los acorazados y agarrado al periscopio de los submarinos. Salvado en esta forma nuestro poder naval, don Gumersindo aprove-

Biblioteca Pública de Pontevedra

chó la primera ocasión propicia para presentar la dimisión, antes de que se abrieran las Cortes. No, porque en el Congreso hay gente de muy mala entraña, y él, francamente, no quería que saliese una interpelación con todos esos truculentos camelos de estribores y esloras y carenotes de balance. Entonces, sus servicios náuticos fueron recompensados con la Gran Cruz del Mérito Agrícola.

Ahora bien, don Gumersindo, como buen enamorado, no podía por menos de sentir cierta escama ante las veleidades de su dueña, la liviana señorita Libertad. ¿Qué nueva fantasía podría ahora ocurrírsele? ¿Qué brinco iba a pegar, desde el conservadorismo? Pronto se tranquilizó, sin embargo; más a la derecha, no había de ir; de que no se escapase otra vez hacia la izquierda, ya se encargaría él, sujetándola con cadena de flores. Podía, pues, dormir tranquilo.

Y durmió un temporadita, para despertar en el ministerio de Hacienda, cuando menos podíamos esperarlo los españoles de nuestra propicia suerte.—«Y vea usted, doña Juana—seguía el sagaz Porredón—, lo que cabe aún esperar de un hombre de este temple. Lo que es la presidencia del Congreso, es cosa segura. Y de ahí, a la del Gobierno, no media más que un paso».

Dona Juana, ante quien se había desarrollado cuadro tan sugestivo, sin mezclar en él para nada la figura de Pepito, estaba en efecto mara-

Biblioteca Pública de Pontevedra

villada. Pero aún faltaban los dos toques maestros, los dos argumentos decisivos que Porredón, con certero instinto, guardaba para el final. Era el primero el pingüe, el copioso, el *brillante* sueldo que el prohombre otorgaba a su secretario particular; el segundo, de mayor fuerza aún, consistió en una revelación confidencial: don Gumersindo prestaba dinero a réditos. Y desde que la ilustre señora supo esto último, ya no le faltó nada para elevar en su corazón un templo a la gloria del político.

De modo que la batalla decisiva halló al enemigo harto quebrantado. Doña Juana se defendió aún, quemó los últimos cartuchos, no quiso rendirse sin obtener los honores de la guerra. Pero ya el menos avizor podía advertir en su táctica claros síntomas de desfallecimiento. Pepito sería el secretario particular del señor ministro de Hacienda.

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO III

MADRID, CASTILLO FAMOSO...

I

BIEN provisto de sanos consejos por don Manuel; mucho menos bien de doblones por doña Juana y después de una despedida emocionante, como si en vez de trasladarse a unos cuantos cientos de kilómetros por ferrocarril se fuese al Polo Norte, Pepito tomó el tren una noche para los Madriles, acomodándose en un modesto coche de segunda. Su equipaje consistía en un menguado baúl, un lío de mantas y ochocientos kilos de ilusiones.

Cuando se vió sólo en el vagón, el chico tuvo miedo. Hasta aquel instante, la emoción del triunfo, la certidumbre de la realidad de sus sueños, los preparativos del viaje, la despedida y sus mil incidentes habían por completo ocupado

Biblioteca Pública de Pontevedra

su espíritu, sin dejar sitio para otras impresiones. Pero entonces, cuando ya todo estaba consumado y podían contarse las horas que le separaban del primer paso de la suspirada senda de flores, el porvenir, desnudo, escueto, se presentaba ante los poco aguerridos ojos del mancebo. Muchas veces anhelamos un objeto determinado y, en su consecución, ponemos alma y vida y llegamos a pensar que, sin él, nuestra existencia no es posible; y cuando por fin se presenta ante nosotros, su prestigio se desvanece súbitamente y sentimos un impreciso deseo de retardar su llegada. Tal ocurría en Pepito, mientras el tren volaba camino de aquella Corte que el excelente don Manuel le describía con tan vivos colores. Pepe se apelotonó en un rincón del coche que, sucio y mal alumbrado, sólo ideas tristes evocaba. Cerró los ojos y a sus labios acudió un sollozo familiar a su aún cercana infancia:

—¡Mamá!

El sonido de su voz, al modular tal niñería, bastó a hacerle reaccionar. «¡Qué bobada!», pensó y, al punto, con brusca transición, las ilusiones reverdecieron. Era seguro; en un dos por tres, conquistaría la confianza, el aprecio, hasta el cariño de aquel eminente señor a cuyas órdenes iba a hallarse; poco a poco, iría dominándolo, infiltrando en él el tesoro de ideas grandes y generosas de que era dispensador y, bajo su

Biblioteca Pública de Pontevedra

influjo, la política española seguiría rumbos magníficos, capaces de modificar el fondo de su historia. Pero estos laureles, él, Pepe, los desdeñaría, dejándolos por entero para don Gumersindo y corriendo tras de otros más espirituales, los del arte, los de la abnegación, los del amor... Para soñar con más reposo, Pepito se tendió en los fementidos almohadones; la postura en decúbito avivaba sus ideas, prestándoles precisión y ordenándolas con cierto método. Y allí comenzó el suntuoso desfile de cuadros vívidos, todos ellos iluminados por los más risueños colores... Era el éxito literario, con todos sus embriagadores prestigios... era la mujer amada, de belleza material y moral ultraterrena... era... era...

Amaneció muy cerca de Madrid, algo molidos los huesos y con cierto entumecimiento intelectual. ¿Por qué estaba allí, qué era aquel sórdido coche? ¡Ah, sí, ya recordaba! Aquel sol que, rojo, sangriento, comenzaba a surgir del horizonte, era el del primer día de su gloria. La Corte, la sempiterna Corte de las ilusiones de don Manuel, despertaba en aquellos momentos, sin saber que iba a echarse un amo. Pepito sintió ciertos impulsos de escribir en las paredes del vagón estos renglones: «Día tantos de tantos de tal año; llegada a Madrid de Pepe Molina».

El tráfago del andén le desorientó y, por un instante, le hizo sufrir la impresión angustiosa de la soledad en medio de la multitud. Un

Biblioteca Pública de Pontevedra

poquitín oprimido el ánimo, salió Pepe de la monumental estación. Y entonces, de repente, pareció como si su alma toda saltase con violencia, ansiosa, bravía, deslumbrada.

—¡Madrid!

Debía Pepito presentarse aquella misma tarde en la casa del prohombre, pero antes, como era natural, se hizo conducir a la de huéspedes que, por indicaciones de Porredón, había de ser su vivienda. De nuevo, al llegar a ella, resurgió la sensación de angustia, ante la incuria que revelaba el alojamiento. Pero el muchacho se propuso cambiarlo muy pronto por otro más conveniente, en cuanto se hallase poseedor de los grandes dinerales que, de consuno, habían de reportarle el copioso sueldo que don Gumersindo le señalaba y la publicación del tomo de versos.

Tenía Pepe grandes impaciencias por visitar los mil lugares de la Corte que a su imaginación, por las postales, por las fotografías de los periódicos, eran familiares: la Puerta del Sol, la plaza de Oriente, la Cibeles. Así es que en cuanto hubo puesto un poco de orden en su tocado, se lanzó a la calle. No quería preguntar por su camino a las gentes, temiendo que conociesen su procedencia provinciana, y por ello vagó a la ventura. Pero un certero instinto le llevó prontamente a los sitios que ver quería. La impresión que le causaron fué lisonjera, pero

Biblioteca Pública de Pontevedra

exenta de novedad; los conocía de sobra todos ellos. Como se le hiciese tarde y empezase a sentir hambre, se permitió el lujo de almorzar en un restaurant próximo a la Puerta del Sol. Luego fué a tomar café a un establecimiento que conocía mucho de oídas, y por la lectura de algunas novelas: el Colonial. Y allí estuvo largo rato, procurando adivinar en las caras de los concurrentes las de ciertas personalidades notorias. No consiguió, sin embargo, poner nombre a ninguna. Por fin salió, pues era tiempo de prepararse para la visita que estaba llamada a encarrilar por nuevos derroteros el rumbo de su vida. Tampoco ahora quería preguntar la dirección de su casa, lo cual le obligó a vagar de nuevo no escaso tiempo. Harto de dar vueltas, se decidió a tomar un simón. El auriga, sonriendo, hizo torcer a su vehículo la primera esquina y lo detuvo ante la puerta más inmediata. Pepito pagó la carrera, un poco avergonzado.

Escarmentado, cuando de tiros largos se dispuso a visitar a don Gumersindo, quiso que le acompañase un chiquillo que en la casa de huéspedes desempeñaba ciertos menesteres semejantes a los de los *botones* de los grandes hoteles. Por fortuna el domicilio del político estaba cerca.

¡Qué fastidio! De nuevo, al llegar, le asaltaba la sensación angustiosa. Si no fuese por la pre-

Biblioteca Pública de Pontevedra

sencia del chico, de fijo que no se hubiese atrevido a franquear la puerta ni a interpelar al ostentoso portero de su Excelencia. Pero aquel inoportuno testigo le obligó a sacar fuerzas de flaqueza. Tartamudeando algo indicó al cancerbero el objeto de su visita: «Soy... soy el nuevo... el nuevo secretario particular del señor ministro.» El importante funcionario le miró de alto abajo y, sin decir palabra, le franqueó la entrada del ascensor.

II

El señor ministro estaba en el Congreso o en el Senado, sin acordarse para nada de la fecha que había señalado a Pepito para recibirle. Así es que el muchacho tuvo que permanecer largas horas sentado en la antesala del despacho, sin más compañía que la de los muebles. Primero, soñó mucho; luego, se aburrió; por fin, estuvo a punto de dormirse. La tarde declinaba y la estancia íbase lentamente quedando en una penumbra que, a poco que continuase, no tendría nada que envidiar a las tinieblas más espesas. Pepe daba frecuentes cabezadas, cuando, de repente, brotó la luz eléctrica y se abrió una puerta; apresurado, resoplando y despojándose

Biblioteca Pública de Pontevedra

del sombrero y del gabán de pieles, penetró el ministro, seguido de otro señor.

—¡Qué tarde es!—dijo don Gumersindo, y al mismo tiempo y sorprendido quedóse mirando de hito en hito al mancebo, que se había puesto en pie y en actitud respetuosa.

—¿Qué se le ofrece a usted?—preguntó el personaje,

Pepito, que venía bien aleccionado en cuanto a tratamientos por don Manuel, respondió trabajosamente:

—Exce... Excelentísimo señor... yo soy... yo soy el de Villavieja... quiero decir que... que vengo de allí... porque vuecencia...

—Bueno, ¿pero qué quiere usted?

—Soy... soy Molina... soy el recomendado del señor Porreón.

—¡Ah, sí!—contestó don Gumersindo—. ¡Qué cabeza la mía! Había olvidado por completo... ¡Claro, con tanto trabajo! Bueno, ahora estoy muy de prisa. Pero no deje usted de venir mañana temprano, que hay labor larga... o mejor será que... oiga usted, Muiños—añadió, volviéndose al otro señor—, ocúpese usted de indicar a este chico su obligación; es el nuevo secretario. Yo estoy muy de prisa, muy de prisa... tenemos que ir al Real, y si no estoy a la hora, Fanny...

Y, con cuanta rapidez se lo permitían sus menguadas piernas, el prohombre desapareció

Biblioteca Pública de Pontevedra

por otra puerta. Pepe Molina quedóse solo con Muiños.

Muiños era un hombre como de cincuenta y pico de años, de facha humilde, flaco, muy encorvado y macilento. Tenía los ojos cavernosos, hundidos y abrigados por cejas profusas e hirsutas; el color del rostro, amarillento, indicaba trastornos hepáticos. Gastaba muy poca prosa y, cuando por casualidad hablaba, era con voz sepulcral y monótona, sin modulaciones ni inflexiones. Sin despegar los labios, hizo seña a Pepe de que le siguiera, guiándolo hasta una estancia en la cual había una estantería con más legajos que libros y tres o cuatro mesas mal tratadas y pobres, cada cual con su corespondiente silla de Vitoria y sórdido recado de escribir. Parecía una oficina del Estado, de las más misérrimas y descuidadas.

—Esta es su mesa—dijo el hombre macilento, señalando una—. Venir a las nueve en punto, recoger de mi despacho el índice de correspondencia, redactar las cartas, marcharse a la una, volver a las cuatro, traerme la labor a las seis. Ojo con la ortografía y con la puntualidad. Más adelante... veremos.

Pepito salió de la casa del prohombre harto alicaído. Aquel programa, más era para un escribiente que para un secretario particular, cuya misión parecíale a él que debiera ser infinitamente más augusta, cuasi directora, como mini-

Biblioteca Pública de Pontevedra

mum de consejo. ¿Era este el puesto que, días antes, ocupaba aún aquel otro hombre ya notorio, diputado visible, aspirante a la poltrona en la primera crisis? El muchacho no podía creerlo. Seguramente el tal Muiños estaba equivocado, le confundía con cualquiera, no había entendido la orden del ministro. Al día siguiente, sin duda alguna, se desharía el error y él, Pepito, sería instalado en sus verdaderas funciones. Y arrullado por estas lisonjeras ideas, se durmió, en aquella primera y señalada fecha de lo que él consideraba su verdadera vida. Hasta entonces no había hecho más que vegetar.

Puntualísimo, a las nueve de la mañana siguiente, hacía el joven su entrada en la oficina. El criado que hasta ella le condujo había desaparecido sin más explicaciones y Pepe se encontró solo, entre las estanterías hostiles y las mesas sórdidas. Aquello le produjo una nueva desorientación. Recordó que debía presentarse a Muiños y, afanosamente, buscó un indicio cualquiera que le llevase hasta el sombrío funcionario sin hacerle caer en alguna torpeza. ¿Sería por esta puerta, por aquella? Y, en caso de tropezar con la verdadera, ¿convendría llamar con los nudillos, o sencillamente franquearla sin más preámbulos? Porque, ¡qué dianches!, él era, al fin y al cabo, el secretario particular, es decir, el grado inmediatamente inferior, en la escala jerárquica, al del prohombre; se le debían, pues,

Biblioteca Pública de Pontevedra

honores, consideraciones, respetos, sin duda superiores a los del dichoso Muiños, cuyas trazas no eran las más indicadoras de posiciones preeminentes. Nada, nada, ánimo, ¡adelante! Todo aquello sólo podía ser producto de una equivocación, causada por la prisa que don Gumersindo traía la víspera y que no le había permitido vagar bastante para poner las cosas en su verdadero punto. Y Pepito iba ya a lanzarse contra una de las puertas—cualquiera, ya veríamos dónde iba a parar,—cuando por otra entró un nuevo personaje.

Era también un muchacho, apenas un poco mayor que el chico de Molina. Tenía cara simpática y avispada y ojos alegres, y venía canturreando una cancioncilla. Vestía con afectada elegancia de similor, paños baratos, tijera dirigida por el propio parroquiano a manos poco hábiles, ropa blanca y calzado de hechura económica. Al ver a Pepito, dióle campechanamente un palmetazo en el hombro, diciendo:

—¡Hola, chico, bien venido! ¿Tú eres el de Villavieja, verdad? Sí. ya sabíamos que llegabas hoy.

Y, canturreando de nuevo, se dirigió la mesa frontera de la que a Pepe estaba destinada. El villaviejano estaba absorto.

—Ya habrás visto al caimán, naturalmente—siguió el recién llegado, sentándose—. Sí, porque ya son las nueve y cuarto.

Biblioteca Pública de Pontevedra

—¿Al caimán?—se atrevió a preguntar Pepito.

—¡Claro, hombre, a Muiños! Tú no sabes que le llamamos así—. ¿Hay mucho índice de firma?

—No, no sé... no le he visto todavía.

El otro pollo le miró con asombro. ¿Cómo? ¿Aún no, y pasaban quince minutos de la hora reglamentaria?

—Pero, ¿qué esperas, desgraciado?—dijo con terror—. ¡Acude, corre, vuela! Me parece que te la vas a ganar.

—Pero... ¿por dónde se va?—preguntó Molina, con angustia.

—Por ahí, hombre, por ahí.

Pepe, desmoralizado por completo, se dirigió a la puerta que el otro le indicaba. No, ahora sí que no cabía duda; era preciso tocar con los nudillos. La voz sepulcral sonó allá dentro:

—Adelante.

Pepitó entró y permaneció obra de diez minutos en la cueva del saurio. A su regreso venía hecho un guiñapo.

—Lo que yo te decía—afirmó sentenciosamente el otro muchacho—. Te la has ganado. Ese caribe te habrá puesto verde. Eso no es un hombre, es un cronómetro. Di tú que contra treta, retreta, y que yo, que le conozco, me traigo mis martingalas para llegar algo tarde... A ver, enséñame el índice.

Pepe, a punto de echarse a llorar, le entregó unos grandes pliegos de papel de barba, escri-

Biblioteca Pública de Pontevedra

tos a máquina. El otro los recorrió rápidamente con la mirada.

—¡Bah!—dijo, con aire de suficiencia—. Nada, recomendaciones, felicitaciones, congratulaciones. Tenemos tiempo, sobre todo yo, de echar un cigarrito.

Pepe se apresuró a ofrecer su petaca. El otro miró, remiró, se llevó dos pitillos.

—¡Chico, chico, egipcios! ¡Qué bien te tratas! ¡Cómo se conoce que eres de casa grande! ¿Tú eres hijo del conde de las Majadas, verdad?

—No, yo no.

—¿No? Pues aquí habían dicho... como el megaterio es tan amigo suyo.

—¿El megaterio?

—Sí, chiquillo, don Gumersindo. Ya, ya irás sabiendo los nombres de todos... y ahora caigo en que ni siquiera te he dicho el mío. Pues mira, aquí donde me ves, yo soy el gato.

—¡El gato!

—Sí, el gato, el mirris, el minino, el minurris, Micifuz, Marramaquiz, lo que quieras. Yo mismo me lo he puesto. Y, ¿sabes por qué? Por qué yo he observado que ese interesante felino es el ser viviente que menos trabaja en la creación. El perro, también es un buen vago, pero, en fin, allá en Holanda, parece ser que hay unos cuantos que arrastran carritos con quesos; y ahora dicen que dedican a otros a recoger heridos en la guerra; y los hay lazarillos de ciego, y, algu-

Biblioteca Pública de Pontevedra

nos, hacen habilidades en los circos. Pero tú, ¿has visto en tu vida a un gato con un queso, como no sea para devorarlo? ¿Y llevándose en las fauces a un herido, o guiando a un inválido, o saltando por un aro? ¿Jamás, verdad? Bueno, pues ese soy yo. Pero, además, soy Luisito Gosálvez, para servirte. Y como vamos a ser compañeros de fatigas megaterianas, creo que desde este feliz instante debe mediar entre nosotros la más franca camaradería. Mira, dame otro pitillo: ya te lo devolveré cuando sea subsecretario. Oye, a propósito: el burro, ¿estaría con el caimán, verdad?

—¿El burro?

—Sí, el burro. No me extraña que no hayas puesto atención en él, porque la chillería que por clasificación te haya correspondido no pudo permitirte advertir la presencia del ser más incoercible, etéreo y vagaroso de la tierra. ¡Pobre burro! Para él es todo el trabajo y son también todos los palos. Pero como es el único que tiene paga...

—¿Cómo? ¿Dice usted... dices que es el único que...?

—El único que cada primero de mes se lleva de aquí unas migajas. Los del otro negociado, los del bufete, el tigre y el chacal, ésos sí, ésos van viviendo muy ricamente. Ya pueden imponerse y exigir; pero nosotros, los de la sección política, o somos, como tú y como yo, honora-

Biblioteca Pública de Pontevedra

rios, para al cabo de diez o quince años pescar un acta, o como el burro, bestias de carga a cambio de un menguado pienso.

—Pero yo... yo soy el secretario particular...— repuso Pepito, próximo al desvarío.

—¡Anda, y el burro y yo y otros dos o tres más que suelen venir alguna vez! Aquí todos somos secretarios particulares. ¡Pues no faltaría otra cosa! Pero en cuanto a retribución, dinero fuera del bolsillo, chico. El día del santo del ministro, el de la ministra, los de las tres ministrillas, Fanny, Lulú y Niní, hay que rascarse para el regalito.

Pepe estaba aterrado. ¡Honorario, gratuitol ¿Qué iba a decir doña Juana, que contaba con que el sueldo había de bastar y de sobrar al chico para vivir como un potentado? ¿Qué sería de él cuando tuviese que pagar el hospedaje y que editar el libro de sonetos? El castillo de sus sueños se desplomaba con estrépito, sepultándole entre sus ruinas.

Como filtrándose por la pared, sin el menor ruido, pareciendo que la puerta no había girado sobre sus goznes, el burro penetró en la estancia. Era, en efecto, la sublimación de la materia organizada, la menor envoltura carnal posible de un ser humano.

—Amigo Cerezo—dijo Micifuz—, sabrá usted que este conspicuo personaje que aquí vemos hoy por primera vez es nuestro nuevo colega el

Biblioteca Pública de Pontevedra

señor... ¿cómo te llamas, chiquillo?, el señor don José Molina, noble villaviejano, hombre adinerado y, según mis noticias, inspirado poeta, al cual, como es consiguiente, llamaremos desde este instante el Cisne. La fauna gumersindiana cuenta con una nueva especie zoológica. Fausto suceso es éste, que obligará al incauto palmípedo a pagarnos el aperitivo cuando salgamos de este antro. Entiendo yo, señores...

Cerezo alzó trabajosamente la cerviz para contemplar al poeta. La cabeza del pobre burro era carga harto pesada para hombros tan débiles, por lo cual vacilaba de continuo a todos los vientos, cual fruto sobrado maduro que quiere desprenderse y caer. Los párpados también temblequeteaban, húmedos, dando a los ojos intranquila expresión. Por último, la quijada no podía estarse quieta. Parecía que en cada uno de sus goznes llevaba una gota de mercurio.

—¿Usted es el señor Molina? Tanto gusto... pues... me dijo el señor Muiños... tendrá el índice... muchas cartas... hoy hay trabajo, mucho trabajo.

—¿Y cuándo no lo hay para usted, insigne solípedo?—repuso Gosálvez—. ¿Cuál será el día en el cual esos huesos descansen? Como no sea en el de la muerte...

—Felicitaciones... gran cruz, amigos numerosos—murmuró el escribiente, abstraído, siguiendo su idea propia y sin escuchar al otro—. Di-

Biblioteca Pública de Pontevedra

visión equitativa, Molina mitad, yo mitad... Yo más que mitad, Molina poco práctico... Escribir, escribir sin tregua cartas...

—Yo mientras tanto a cultivar el espíritu—dijo el gato apoderándose de una novela—, pero antes a trazar el plan general de la magna obra a que vuestros peregrinos ingenios, ¡oh, consecuentes esparraguistas!, van hoy a dedicarse. Atención, oído a la caja. «Yo no quería aceptar esta nueva distinción... mil veces la he rechazado... pero el presidente del Consejo tuvo tal empeño... Hube de resignarme una vez más... pero no por eso agradezco menos su calurosa felicitación, que es para mí galardón...» Pongan ustedes hasta seis o siete terminados en *ón* más: «no tiene más explicación... no obedece a otra determinación... tiene para mí la significación... justificación, preposición, conjunción y calabazón». A propósito, ¿qué es lo que acaban de dar al grandioso megaterio?

—Gran cruz de Alfonso XII—masculló, sin detenerse de garrapatear, el burro—. Trabajos literarios... docentes... pedagógicos... Hombre insigne, consejo de Instrucción pública unánime. Academia Española ansiosa de verle seno...

Lápiz azul—añadió dirigiéndose a Pepito—, indica encabezado: *E.* estimado, *Q.* querido, *D.* distinguido amigo; lápiz encarnado tratamientos: *E.* excelentísimo, *I.* ilustrísimo... en caso duda excelentísimo.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Pepe comenzó, lleno de pena, su trabajo. El desmoronamiento del majestuoso edificio de sus ilusiones primeras le agobiaba en términos tales que parecía que no iba a dejar espacio para que la imaginación pudiese nuevamente alzarlo con otros materiales. ¿Sería aquello el muro infranqueable, capaz de detener la carrera de los más audaces? ¿Estaba destinado a tornar a Villavieja y allí vegetar desconocido para el resto de sus tristes días? Porque sin sueldo y sometido a aquella labor ingrata, él no podía continuar en Madrid. No encajaba en el círculo de sus nobles ambiciones el, andando los años, pescar, como Gosálvez esperaba, la limosna de un acta de diputado. No, sus caminos eran otros... pero, ¿se abrirían alguna vez ante sus pasos? El principio no daba lugar a esperarlo. ¡Servir de escribiente! ¡Y, para mayor escarnio, de escribiente gratis! ¡El, el autor de los sonetos que Lope envidiaría! ¡El, en quien el numen brillaba con fulgores de volcán! ¡Qué batacazo, Dios mío, qué caída desde el clavileño de sus ilusiones!

Cuando, a la una, Pepe Molina, acompañado de Gosálvez, abandonó la oficina del prohombre, le faltaba poco para llorar.

Biblioteca Pública de Pontevedra

III

La familia de don Gumersindo se componía de la esposa, doña Tomasa, y de tres hijas, Fanny, Lulú y Niní, que eran unas muchachas a las cuales su insigne padre había hecho un flaco servicio... Porque hora es ya de descubrir el secreto que, allá en lo más hondo, recóndito y escondido del corazón, guardaba el prohombre.

Don Gumersindo lo hubiera dado todo, cartera, grandes cruces, dinero, a cambio de un solo don, al cual aspiraba con ansias devoradoras: la elegancia. Tenía de esta calidad un concepto que Barbey habría rechazado seguramente, pero que causaba en él deliquios inefables, transportes mirificos, éxtasis casi místicos. Mas, al pasar de las musas al teatro de la vida, al tomar cuerpo y convertirse en hechos, el concepto gumersindiano caía en aberraciones grotescas, si bien a él le parecían la suma perfección. Creía, con la mejor buena fe, que en aquel resbaladizo terreno iba pisando firmemente y que cada paso suyo era un éxito; estaba seguro de, en plazo muy breve, alcanzar la dosis máxima de calidad elegante imaginable y no necesitar entonces dar por ella cartera, grandes cruces,

Biblioteca Pública de Pontevedra

dinero ni nada. Y lo peor del caso es que su enfermedad se hizo contagiosa, prendiendo con fuerza aterradora en las muchachas.

Nació la manía con los grandes triunfos políticos, cuando el repúblico comenzó a ser algo en la escena de España. Creció con el rápido desarrollo de la posición y culminó en el momento en el cual la casaca de bordados ojos le abrió algunas puertas del gran mundo, ciertamente las más fáciles y asequibles, pero que a él, a don Gumersindo, antojábansele umbrales de templos gloriosos. Al principio, halló cierta resistencia pasiva en doña Tomasa, que era una buena mujer, sencilla y a la pata la llana, a quien toda aquella música que al marido se le había metido en la cabeza sonaba a cencerrada. Pero, poco a poco, a fuerza de paciencia y tenacidad, el insigne estadista fué triunfando o, por lo menos, pudiendo campar por sus respetos y marchar, solo (hasta que las niñas estuvieran en edad de acompañarle) por el florido camino. Doña Tomasa acabó por resignarse a que su esposo fuese un hombre de mundo, y se quedó muy contenta en sus tranquilos y castizos gustos. Al *foie-gras*, que don Gumersindo diputaba por esencia de la más refinada elegancia, prefería ella unos callos bien cargaditos de pimentón.

Consecuencia lógica del afán *distinguido* fué el desarrollo inmoderado que en la mente del conspícuo hombre público tomó la admiración

Biblioteca Pública de Pontevedra

por la aristocracia. Ante los nombres ilustres, ante los apellidos históricos o por lo menos notorios, don Gumersindo caía en humilde actitud adorante, y la menor prueba de aprecio que sobre él viniese de parte de un noble, parecíale bondad del cielo imposible de pagar. Y al ver que las chicas crecían bellas y apetitosas, dejaba volar la imaginación hacia un porvenir delicioso, el del día en el cual cada una de ellas emparejase con el gran señor que él les buscaría hasta debajo de las piedras. Sus nietos se llamarían Toledo, Guzmán o Mendoza.

¡Sueño maravilloso, pero al mismo tiempo infalible! ¿Qué era preciso para que se convirtiese en realidad? ¿Que las niñas fuesen bonitas? Sí, lo eran, y don Gumersindo no temía que le cegase, al creerlo así, el amor paternal. ¿Que recibiesen una educación de lo más escogido? Allí fué un inacabable desfile de *demoiselles*, *fraulein* y *misses*, buscadas entre lo mejorcito de la clase, que fueron embutiendo en los tiernos cerebros sus respectivos idiomas, un leve barniz de literatura extranjera, algo de pintar acuarelas, los más acreditados infundios de la historia, el piano sin gusto, pero con agilidad, y otras profundidades científicas y artísticas. Don Gumersindo, que sabía mucho menos, estaba admirado de que los conocimientos humanos pudieran llegar a tanto. Por último, ¿cuál era la piedra angular del suntuoso edificio que

Biblioteca Pública de Pontevedra

palmito y educación formaban? ¿El dinero? ¡Ah, el prohombre lo tenía, y abundantísimo, por cierto, y cada día más! Casas en Madrid, dehesas en Andalucía y Extremadura, valores del Estado e industriales, hasta un castillo señorial que, por pacto de retroventa, había caído en sus uñas. De todo había, y todo pingüe y saneado. Las dotes serían magníficas, capaces de satisfacer al más ambicioso.

En sus primeros años, las niñas se habían llamado Paca, Tomasa y Eleuteria. Pero cuando el estadista empezó a serlo, aquellos nombres comenzaron a sonarle mal. Sin gran esfuerzo, la mayorcita se convirtió en Fanny; la *miss* de turno por aquellos días convenció al repúblico de que en Inglaterra todas las Franciscas se apodaban así, y la primogénita se encontró de repente Fanny para el resto de sus días. Lo otro, ya fué un poco más difícil; a pesar de que la imaginación no halla frenos en lo tocante a la génesis de los diminutivos de esta guisa, el hacer de una Tomasa una Lulú y de una Eleuteria una Niní era algo fuerte. Don Gumersindo vaciló un punto, pero la audacia pudo al fin más que el recelo y el cambalache fué hecho; así como así, nadie había de reclamar, ni las interesadas siquiera... Puesto ya en el disparadero, el prohombre quiso ir más lejos; imposibilitado de trocar su propio apelativo por el de Manfredo o el de Sancho, amenazó a doña Tomasa con

Biblioteca Pública de Pontevedra

una transubstanciación nominal poco menos fantástica que las sufridas por las muchachas. Pero la señora se las tuvo tiesas, y declaró que la menor variante que con ella quisieran ensayar la consideraría como *casus belli* de imposible arreglo. El político se resignó, sobre todo cuando un académico de la Historia le hubo revelado que Gumersindo era nombre de purísimo abolengo gótico, y que el duque de Génova, príncipe de la Casa de Saboya, se llama Tomás, y no por eso deja de disfrutar muy buena salud.

Llamadas a heredar el caudal de don Gumersindo, Fanny, Lulú y Niní no pudieron eximirse de que también se transmitiese a ellas la manía elegante y nobiliaria, arrastrándolas hasta las cumbres más altivas de la cursilería. La primogénita, que por los tiempos de la llegada a Madrid de Pepe Molina andaba ya por los veinte años, era una arrogante mujer, alta, magníficamente rubia y de perfecta hermosura clásica. Un revistero de salones que ladraba de hambre, y que, para ir matándola, se dedicaba a adular a los nuevos ricos, la había comparado con Juno. El carácter coincidía con el físico, y Fanny era definidora, dominante, imperiosa; a su ilustre padre lo tenía metido en un puño, y con más miedo que vergüenza. En poco tiempo, se había apoderado del timón de la casa, y ahora era ella quien guiaba las andanzas hacia la elegancia de

Biblioteca Pública de Pontevedra

don Gumersindo. Bien es verdad que no por eso iban mejor.

Lulú, que tenía diez y ocho años, disfrutaba de una belleza un tanto andrógina. Era también de buena estatura, pero en extremo esbelta y cimbreante, morena y con muy buenos ojos. Desde la pubertad se había declarado furibunda *sportwoman;* montaba a caballo, con gran terror de su padre, que siempre había profesado un respeto supersticioso hacia los nobles brutos; guiaba automóviles, patroneaba balandros y se traía unos líos gordísimos de premios de tennis, con una complicada madeja de clasificaciones, eliminaciones, handicaps, campeonatos, semifinales y finales. Consecuencia de todo ello era una vida en extremo independiente, que ni la autoridad de Fanny lograba modificar. La morena entraba y salía a las horas que mejor le cuadraban, solía enviar recado de que se quedaba a almorzar fuera y metía en el hogar toda suerte de bichos raros. En aquellos días, su cuarto era el arca de Noé; tenía tres perros, un gato, una mona, una ardilla, un camaleón y dos cotorras.

En cuanto a Niní, sus abriles eran aún sobrado verdes para permitirle manifestarse en un sentido determinado. Frisaba en los quince y era monísima, muy blanca, torneadita y en extremo sensible. Cualquier minucia la hacía llorar desconsoladamente y, cuando a Lulú se le murió una codorniz que tenía en jaula, estuvo dos se-

Biblioteca Pública de Pontevedra

manas enferma de pena. Era la pintora de la familia e inundaba el propio domicilio y los de todas sus amiguitas de unas pantallas bucólicas e idílicas que partían los corazones.

Algunos moscones revoloteaban alrededor de flores tan gayas, pero ninguno era el Mendoza, el Guzmán o el Toledo esperado, por lo cual Fanny los espantaba apenas insinuados. Uno de ellos había sido el propio secretario particular desertor de la hueste esparraguista, cuya osadía le había empujado hasta poner los ojos en la orgullosa Juno. Y las calabazas fueron la causa determinante de su paso con armas y bagajes al enemigo.

Habitaba la ilustre familia todo el piso principal y uno de los primeros de un suntuoso inmueble, propiedad de don Gumersindo, y llevaba gran tren de vida. Palco en el segundo turno del Real y en las funciones de moda de los otros teatros, cocinero de fama, tres o cuatro automóviles, veraneo en Biarritz en hotel también propio, llamado «Villa Fanny». El prohombre, además, restauraba con el más exquisito mal gusto el castillo señorial, que tenía un magnífico cazadero en el que su dueño cifraba las más lisonjeras esperanzas; una vez habilitado aquello para recibir huéspedes de *postín*, no le sería difícil atraer a su amistad a ciertos encopetados señorones que, hasta entonces, habían hecho oídos de mercader a sus rendidas solicitudes.

Biblioteca Pública de Pontevedra

La autoridad de Fanny era tanta que llegó a conseguir lo que don Gumersindo había abandonado por imposible, el domesticar a doña Tomasa. Ciertamente, el triunfo de la hermosa rubia era relativo, pues sólo consistió al principio en que la ministra se prestase a desempeñar algún papel en la mojiganga caritativa que ella, Fanny, había adoptado como medio de colarse más fácilmente en el gran mundo. Pero el hecho es que la sencilla señora empezó a sumirse en un mar de funciones benéficas, rifas altruístas, comedores, escuelas y asilos y que, a poco, le había tomado el gusto a la cosa y ya no pensaba más que en obras tan santas y recomendables. Don Gumersindo tuvo un motivo más para admirar a la primogénita. A él no se le hubiera ocurrido cosa tan eficaz y perfecta. Y ello fué tan en aumento que, bien pronto, necesitó de una especie de oficina encargada del despacho de los mil complejos menesteres propios del caso.

Tan mínimo incidente torció el rumbo de la vida de Pepe Molina. Que así de las causas pequeñas brotan los grandes efectos.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO IV

EL SECRETARIO PARTICULAR

I

En el primer instante de su desilusión, el joven villaviejano pensó muy seriamente en tomar el tren y regresar a sus lares, renunciando para siempre a los sueños de gloria y fortuna. Pero Gosálvez, que barruntaba en él a un rico hijo de familia fácilmente explotable, se había desde el primer momento colgado de sus faldones, y, no bien enterado de los proyectos de su nuevo amigo, dedicó toda su no escasa fuerza de persuasión a disuadirle de tal desatino. Y como Pepe tenía aún casi intactos los pocos dineros de doña Juana, el travieso pasante le convenció de que era absurdo el volver con ellos a Villavieja y de que, en el peor de los casos, más valía gastarlos antes, «tomando un

Biblioteca Pública de Pontevedra

baño de Madrid». El chico de Molina, en quien ardía aún una chispita de esperanza, halló muy sesudo el consejo.

Por la mañana, pues, acudían ambos polletes a la secretaría del ministro, donde el cisne ayudaba al burro en su monótona labor y el gato leía novelas. Luego, salían juntos y Gosálvez se ingeniaba de manera tal, que Molina pagaba siempre el aperitivo en la *Maison Dorée* y, con frecuencia, el almuerzo en algún restorancillo. Después, el matritense hacía los honores de la capital al provinciano, llevándole dócilmente de un lado para otro, hasta la hora de regresar a la oficina. Y al abandonarla de nuevo, terminaban el día en la sección vermouth de cualquier teatro o cine. A los quince días de este régimen la bolsa de Pepito enseñaba descaradamente el fondo y apenas quedaba en ella lo preciso para pagar la casa de huéspedes y el viaje de retorno, y el muchacho caía en un acceso de desesperación horrible. Porque es el caso que ahora ya Madrid le encantaba y la idea de volver a Villavieja se le hacía odiosa.

Afortunadamente, allí estaba Gosálvez, hombre muy conocedor de la vida e incapaz de ahogarse en tan poca agua. ¿Cómo? Por unas miserables pesetas, ¿iba Pepito a tirar por la ventana su porvenir? ¿Y el libro de sonetos? ¿Y los mil y mil triunfos que le aguardaban? Sería un crimen imperdonable, máxime más

Biblioteca Pública de Pontevedra

cuando el remedio lo tenía él, Lusito Gosálvez, en la mano y era por demás sencillo. En efecto, al día siguiente llevó a su amigo al tercer piso de cierta casa, donde fueron recibidos por un hombre viejo y de muy humilde tipo. Pepe no acertaba a comprender cómo tal lechuza (que así, en su afán de poner motes zoológicos a todo, le llamaba el pasante) podía hallarse dotado del mágico poder de retenerle en Madríd. Pero Luisito, llevando la voz cantante, hizo su presentación, declarándolo hijo único de la Casa más ilustre y poderosa de Villavieja, en la cual se ataban los perros con longanizas y el oro rebosaba por todas partes, pero que por caprichos de su *anciana* (Gosálvez recalcó mucho esta palabra) madre, encontrábase en aquellos momentos apuradillo de pecunia. La lechuza le escuchó gravemente y les citó para una semana después. Al salir, Luisito decía, alborozado, a Pepe:

—Chico, cosa hecha. *Tenemos* dinero abundante. Es cuestión de vivir estos días como se pueda. Verás, empeñaremos tu reloj de oro...

—Es el único recuerdo que tengo de mi padre...—interrumpió tímidamente Pepe.

—Y, ¿qué importa, si dentro de ocho días lo sacaremos? Yo sé dónde darán por él veinte duros o quizás treinta... déjame a mí.

En la fecha marcada volvieron al escondrijo de la lechuza, que había empleado aquel tiempo

Biblioteca Pública de Pontevedra

en practicar discretas averiguaciones en Villavieja. El hombre humilde presentó a Pepe dos pagarés ya extendidos, uno de diez mil y otro de cinco mil pesetas, en los cuales el joven aparecía como mayor de edad. A cambio de ellos y una vez firmados, puso en sus manos mil duretes.

Aquella noche, los dos amigos, contentísimos, comieron en el *restaurant* más elegante del Madrid alegre, y luego subieron a la sala de recreos. Luisito, con mil reales que le prestó Pepe, levantó en un momento cuatro mil. En cambio, el de Molina perdió, pero no mucho, pues no le gustaba el juego. Gosálvez devolvió religiosamente el préstamo y convidó a cenar. A la mañana siguiente, ambos hicieron novillos a la oficina, pues era preciso que Pepito se adecentase y la operación de comprar corbatas, calcetines, bastón, calzado y sombrero fué larga. También libertaron de su cautiverio al reloj ancestral.

Llevaba ya un mes largo en la capital el heredero de los Molinas y aun no había visto el pelo a don Gumersindo más que el día de su llegada, ni a nadie de su familia, ni aquél ni otro. Pero, regularmente, escribía a su madre y a don Manuel ponderando la amabilidad y las bondades del prohombre, el gran cariño que le demostraba, cómo no daba un solo paso en política sin enterarle minuciosamente de él y la delicadeza

Biblioteca Pública de Pontevedra

con la cual, el primero de mes, había puesto en sus manos cien duros como cien soles. Repugnaba al mancebo la mentira, pero era preciso mantener vivo, a todo trance, el fuego sagrado. Doña Juana contestaba demostrando satisfacción moderada por tan halagüeñas noticias, y el cura, lleno del más candoroso entusiasmo; ya, ya lo sabía él, ya lo había vaticinado él, ya lo hubiera jurado él al pie del cadalso; aquel eminente repúblico era un héroe, un santo, y todo lo que de él murmuraban algunos, envidias miserables de gentecilla de poco más o menos. «Pero tú, hijo mío—concluía el buen Carrasco—, hazte merecedor del aprecio y de las magnanimidades de ese glorioso magnate, con tu intachable conducta, con tu lealtad a toda prueba, con tu afecto el más hondo, con tu... con tu... y con tu...»

Mientras tanto, los mil duros de la lechuza llevaban buen trote y Luisito Gosálvez preveía ya el momento de una segunda visita al ave nocturna y rapaz. Sólo que, ahora, sería más productiva y menos onerosa, pues ya había él estudiado muy diversas y eficaces tretas con las que atar corto al usurero. Pepito sentía un invencible horror al trance fatídico, pero no podía por menos de considerarlo ineluctable, y así, estaba de antemano resignado a sufrirlo. Ya veríamos cómo terminaba todo aquello. Pero, eso sí, una parte de las pesetas del nuevo y cercano

Biblioteca Pública de Pontevedra

préstamo había irrevocablemente de emplearse en la edición del libro de sonetos. Y el poeta dedicaba los escasos momentos que le dejaban libres la oficina y la amistad del gato en recorrer imprentas y casas editoriales, para estudiar la parte práctica del asunto. ¡Oh! ¡Pepito se estaba volviendo muy práctico!

Cuando, de repente, una mañana, al llegar a su obligación, el burro le sorprendió con estas palabras, pronunciadas muy de prisa y sin alzar la vista de la labor:

—El señor ministro, que vaya usted a su despacho oficial... inmediatamente... urgente... urgentísimo...

Pepito, lleno de zozobra, se dirigió al ministerio de Hacienda. Nada bueno auguraba de aquella llamada, pues la certidumbre de que de don Gumersindo no podía esperar cosa alguna beneficiosa era en él absoluta. No había ya roto con él por la necesidad de que en Villavieja le creyesen su *alter ego*, que si no... Pero aquella orden de presentación le olía a chamusquina. Tal vez el prohombre se hubiese enterado de sus trapisondas financieras y fuese a significarle la intimación de abandonar su munificente amparo. Y en ese caso... ¡Santo Dios, qué horror! Entonces sí que no habría más remedio que volver al pueblo; pero, ahora, escoltado por dos esbirros incorruptibles e implacables, los maldecidos pagarés. Sólo de pensarlo, al chico le co-

Biblioteca Pública de Pontevedra

rría una serpiente de hielo por el espinazo.

La operación de llegar hasta un consejero de la Corona, aun siendo su secretario particular, es ardua y difícil, máxime más para quien, como el pobre muchacho, pisaba por primera vez los corredores del inmenso caserón. Tardó dos horas en conseguirlo, si bien esta vez no le pesaba. El momento de verse ante su juez le aterrorizaba. Pero no hay plazo que no se cumpla, y Pepe Molina, tembloroso, se halló por fin en la augusta presencia del grande hombre.

De nuevo don Gumersindo tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para averiguar quién era aquel pollete. ¡Ah, sí, ya recordaba! ¡El secretario, el de Villavieja! Recordó también que allá, en el pueblo, había tenido la veleidad de buscar un jovenzuelo al cual estuviesen vedadas aún las ambiciones, para sustituir al tránsfuga; pero que luego, lo había pensado mejor y, al verle llegar a Madrid, decidido relegarle a la categoría de pasante honorario; uno más o uno menos, poco bulto haría o dejaría de hacer. Pero ahora era otra cosa; sí, sí, el prohombre recordaba, ahora le era necesario.

Repantigado en la poltrona, teniendo ante sí, en pie y en actitud humilde, al culpable, don Gumersindo habló así:

—Usted, ¿se llama Molina, verdad?

—Sí, excelentísimo señor... Pepito, digo José Molina.

Biblioteca Pública de Pontevedra

—Molina, Molina—siguió el ministro, puesto en vena necmotécnica—. A mí me suena ese nombre. ¿Quizás es usted hijo de un guarnicionero que había en el arrabal de los Frailes?

—No, señor, excelentísimo señor. Yo soy hijo del difunto don César Molina... el de la calle de la Escalinata.

Don Gumersindo, ahora, sintió que la luz se hacía de repente en su cabeza. ¡Molina, el de la calle de la Escalinata! ¡El de la casona! ¡Un hidalgo! Y sin poderlo remediar miró con consideración, casi con respeto, al mancebo. Pero Pepito estaba harto ocupado en contar los dibujos de la alfombra para notar lo que en el personaje ocurría.

—¡Ah!—dijo éste—. Tengo un verdadero gusto en conocer a usted. Le ruego que me perdone si hasta hoy no he podido prestarle la atención que merece. Pero mi abrumador trabajo... Los deberes de este espinoso cargo que yo no quería aceptar... Sírvase considerarme como a un amigo. Yo lo fuí mucho de su señor padre, mucho, mucho... me distinguía, me apreciaba... ¡Ah! ¡Qué tiempos aquéllos!

El chico miró con asombro a su interlocutor. ¿Era posible? ¿No sería aquello una burla sangrienta, precursora de la tempestad? Balbuceando, dijo:

—Yo... excelentísimo señor...

—¡Por Dios!—interrumpió el prohombre—.

Biblioteca Pública de Pontevedra

¡Deje usted el tratamiento! ¡Háblame usted con toda confianza, como al íntimo amigo de su señor padre! Pero ¡qué torpeza la mía! Aún no he rogado a usted que se siente, que deje el sombrero... Sí, ahí en esa consola o donde usted quiera. Póngase usted aquí, a mi lado... ¿Un cigarrito?

No, no podía ser una burla. Era preciso creer otra cosa, que a Pepito aún se ocultaba, para explicarse la súbita amabilidad del ministro. Y las ilusiones del muchacho comenzaron de nuevo a reverdecer.

—Esa amistad que con el excelente, con el ilustre don César me unía—siguió Esparragueira—, me obliga a mucho, con respecto a usted. Puede usted contar conmigo para cuanto quiera; pero, por de pronto, me voy a permitir ofrecerle un puesto, seguramente inferior a sus merecimientos, pero de toda confianza.

Pepe Molina contempló con arrobamiento al personaje.

—Mi esposa—continuó don Gumersindo—se halla al frente de multitud de obras benéficas de la más alta importancia, en unión de numerosas señoras del gran mundo y de mi propia hija Fanny. Esta labor, que no vacilaré en calificar de altru...—(el ministro se trabucó un poco)—de altruísta, eso es, exige un trabajo excesivo para los débiles hombros de una dama, y yo he pensado en dotarla de un auxiliar inteligente y

Biblioteca Pública de Pontevedra

activo y cuyo nombre le abra todas las puertas... de usted, en una palabra. Esta es la misión que le ruego acepte y yo espero que, en recuerdo de aquella fraternal amistad que con mi pobre César me unía, usted no ha de desairarme... mejor dicho, tú; permíteme que te tutee... ¡Ah, si mi queridísimo César nos viera! Porque yo le tuteaba, ¿sabes? Y, claro, tuteando al padre, parece raro tratar con tanto cumplido al hijo. Nada, nada, trato hecho; desde mañana serás el secretario particular de mi mujer. ¿Aún no la conoces? ¡Omisión imperdonable en mí! Mira, ven esta noche a comer con nosotros, de toda confianza, de... de smoking. Yo no lo puedo remediar, chico, pero el frac no me parece propio para la vida de familia. Así es que todas las noches que no salgo de casa, pues me planto mi *smokinguito*... y tan campante.

Pepe salió del gabinete del ministro maravillado. Ciertamente, él ignoraba la existencia de tal amistad íntima entre el personaje y su propio padre; pero, en fin, cuando aquél la afirmaba con tanto denuedo, cierta debiera ser. Además, ahora sí que todas las piadosas mentiras de sus cartas a Villavieja se convertían de repente en verdades como puños, porque ya disfrutaba de las bondades del grande hombre y lo del sueldo no podía fallar. ¡Con cuánto gusto el simpático mancebo daba de nuevo suelta a la imaginación, después de tan prolongado aherrojamiento! Ya,

Biblioteca Pública de Pontevedra

ya no dudaba del porvenir. Pero, ¡conflicto pavoroso!, Pepe no tenía smoking.

Gosálvez, cual de costumbre, resolvió en un dos por tres la situación. Cuando el travieso pasante se hubo enterado del súbito encumbramiento del colega, sintió no poca envidia. A aquel puesto, al que daba acceso a la intimidad familiar del personaje, había él sutilmente apuntado, seguro de que habría de crearse un día. Y era una lástima el que, cuando por fin era una cosa acordada, se lo llevase aquel papanatas de Molina que, seguramente, no sabría sacar de él partido alguno. Era como poner un tesoro en manos de un salvaje, mientras que si se lo diesen a él... ¡señores, qué porvenir! Pero fuerza era el resignarse y hasta poner al mal tiempo buena cara, para no perder conjuntamente la plaza ambicionada y el amigo fructífero que, además, poco había de disfrutar de ella, dado su natural inhábil para el caso. Pepe Molina no pudo, pues, adivinar la tempestad que hervía bajo el cráneo del gato. En cuanto al apuro por el smoking, era una prueba más del espíritu apocado del villaviejano. ¡Pero, hombre, si eso, en Madrid, es cuestión de media hora! Gosálvez condujo al cisne a cierta casa deempeños—«la única en que toman prendas de talle, chico»—, de la cual salió poseedor de un terno de media etiqueta que parecía hecho para él, y también de una botonadura muy *chic*, unos zafiros

Biblioteca Pública de Pontevedra

rodeados de chispitas a los cuales Marzo o Ansorena no hubieran negado los honores de sus escaparates. Los zapatos de charol aparecieron asimismo como por ensalmo. Por su trabajo, Micifuz no cobró más que un alfilercito de corbata, poca cosa, pero que produjo en él súbito capricho y que Molina se apresuró a ofrecerle. Con todo ello, los restos de los mil duros quedaron reducidos a tan escasas proporciones que ni la misma lechuza los hubiera reconocido. Pero Pepito podía ya presentarse aquella noche en los salones de la señora de Esparraguera.

—Vas a conocer—le decía Gosálvez—al resto de la fauna. Ten cuidado con la gallina casera—doña Tomasa—, pues, a pesar de sus apariencias, tiene más conchas que un galápago. Admira discreta pero calurosamente al pavo real—Fanny—y si consigues ganarte sus simpatías, ya eres hombre; tiene al megaterio cogido por el ronzal y lo lleva por donde quiere y como quiere. La lagartija deportiva—Lulú—te dará poco que hacer; te bastará con mostrarte ferviente apasionado de la hípica o del automóvil para ser su amigo. Y en cuanto al colibrí pictórico—Niní—, extasíate ante sus pantallas; con sólo esto, la gallina te amará. Oye, si dan cigarros, a ver cómo me guardas un par de ellos.

A las nueve en punto de la noche, Pepe Molina, hecho un brazo de mar, penetraba, algo azorado, en el *boudoir* de doña Tomasa.

Biblioteca Pública de Pontevedra

II

La ministra tenía un *boudoir*. Ello había sido imposición absoluta del estadista, apoyada con empeño por Fanny, y la infeliz gallina no tuvo más remedio que claudicar, aceptando una estancia llena de toda suerte de mamarrachos suntuarios. Don Gumersindo hubiera querido que, en ella, la esposa apareciese siempre medio tendida en una meridiana, cubierta por amplio peinador de encajes y leyendo, con impertinentes de concha, alguna novela francesa. En tal forma únicamente creía él que una dama podía estar en su *boudoir*. Pero doña Tomasa, que gozaba de una vista excelente y a quien poner en las manos un libro en francés fuera igual a obligarla a leer el pentateuco en hebreo, prefería estar muy tranquila, sentada en una butaca y descifrando logogrifos y charadas. Ya que se veía obligado a privarse del placer de contemplar a la buena señora de tal guisa, don Gumersindo se desquitaba consigo mismo; mientras se hallaba en la estancia permanecía constantemente de espaldas a la chimenea, una mano debajo de los faldones del frac, la otra jugueteando negligentemente con el cordón de los lentes, el busto un poco encorvado hacia ade-

Biblioteca Pública de Pontevedra

lante y la cabeza inclinada al lado derecho. El había visto en tal forma un retrato de lord Palmerston y no quiso saber más. Aun a riesgo de que se le durmiera el cuerpo o de coger una tortícolis, así estaba horas y horas, con gran aplauso de Fanny, que, en su calidad de señorita a merecer, *se tenía* con no menores estudio y cuidado, en una frágil silla de rejilla dorada, bordando una especie de tela de Penélope, que llevaba trazas de durar hasta mucho después de la llegada del Ulises a ella destinado y aún no vislumbrado en el horizonte esparraguiano.

En tal camarín fué introducido el chico de Molina, y allí trabó conocimiento con la insigne familia. Doña Tomasa le pareció una excelente mujer; Lulú, una muchacha que, cuando engordase un poco, estaría muy bien; Niní, una niña preciosa, y el prócer, al presentarse envuelto en el manto de su dignidad doméstica, mucho más aureolado de señoril prestigio que cuando en Villavieja, sudoroso y resoplando, echaba pie a tierra del coche municipal. Pero Fanny le deslumbró. La impresión en él causada por la hermosa Juno fué total, instantánea y definitiva, con algo y aun algos de aplastante y contundente; era, en una palabra, la mujer, la única, la absoluta, la que, por sí misma, constituye para un hombre la totalidad del sexo contrario y complementario. A Pepe, al sentirse dominado para el resto de sus días por el pavo

Biblioteca Pública de Pontevedra

real, le pareció que le había amado desde toda la eternidad y no que en él naciese un sentimiento nuevo en aquellos instantes. Comprendió que sin Fanny su existencia no podía tener objeto.

La comida fué larga, pesada y soporífera, pero al impresionable chico pareció que acababa de comenzar cuando ya estaban en el café. Durante el ágape, Fanny no prestó la menor atención al muchacho, porque en ella la manía nobiliaria era de mucho mayor fuste que en su padre, y para extasiarla apenas si bastaba un grande de los de 1520. El hidalgüelo no existía para la orgullosa deidad; sabía que iba a ser su escribiente y como a tal lo consideraba. Doña Tomasa cometió tres o cuatro pecados mortales contra el decálogo de la elegancia, produciendo con ellos la desesperación de su insigne esposo y despertando las iras, no por calladas menos terribles, de Juno. Afortunadamente, Lulú simpatizó mucho con el mancebo, porque éste, aleccionado por Gosálvez, supo desarrollar algunos interesantes temas deportivos. Pero mientras hablaba de caballos y de autos, Pepito pensaba en cosas bien distintas. Toda su imaginación estaba ocupada por Fanny, a quien, *in mente*, suponía dechado de todas las perfecciones, ni más ni menos que antaño don César había hecho con Juanita. Su falta de costumbre de ver señoritas de rango, su ingenui-

Biblioteca Pública de Pontevedra

dad, sus pocos años y sobre todo su misma inclinación atávica hacia el entusiasmo repentino, todo conspiraba contra la tranquilidad del pobre muchacho.

Aquella noche, Pepe Molina no pudo dormir. A solas consigo mismo, la novela de su vida, apenas nacida, volaba ya con desenfreno, brincando desordenadamente de los cuadros más risueños y felices a los más sombríos y desesperados. Ya se veía amado por Fanny con pasión no menos volcánica, espiritual y quintiesenciada, ya caía en abismos de negro pesimismo, al considerar la distancia social que le separaba de la dueña de sus ansias y la consiguiente imposibilidad de que ella le correspondiese; pero era para de nuevo forjar otras escenas de amor magnífico, seguidas incontinenti de otros raptos de desesperación. En esta loca gimnasia psíquica pasó largas horas, sin que el espíritu se fatigase. Alboreaba hacía rato, cuando el villaviejano pudo, por fin, conciliar el sueño.

Debía aquella misma mañana comenzar sus tareas cerca de las caritativas damas, y allá se fueron los últimos restos de los mil duros en diversos adornos suntuarios que le permitiesen presentarse ante el objeto amado rodeado del mayor prestigio de elegancia posible. Pero—¡oh desilusión! — aquella corbata que tan bien iba con aquella camisa y todo ello con aquel terno,

Biblioteca Pública de Pontevedra

no tuvo más espectador que doña Tomasa. La deidad no se dignó aparecer por el *boudoir*, y el enamorado se pasó dos horas mano a mano con la ministra, que empleó mucho más tiempo en preguntar por gentes de Villavieja que Pepe apenas conocía, que en dirigir las circulares para la próxima tómbola a beneficio de los niños hijos de padres borrachos, que era, por aquellos momentos, la meritoria obra pía que ocupaba la atención de la ilustre señora.

Pepe salió de casa del ministro triste y sin un cuarto. Forzoso era volver a la de la lechuza, a desarrollar aquellos planes de obtener más comprometiendo menos que Gosálvez había ideado. Enderezó, pues, sus pasos hacia la *Maison Dorée* en busca del amigote, quien, al punto, le dirigió mil capciosas preguntas acerca del solemne festín de la víspera. Un pudor especial incapacitaba a Molina para confesar al gato su repentino amor; parecíanle, con razón, aquellos oídos harto profanos para recibir confidencias de un orden tan elevado. Pero el felino tenía el olfato propio de su raza, y algo se malició, si bien equivocándose de objeto y creyendo que la favorita del cisne era la lagartija. Tal error movióle a propinar al otro múltiples consejos referentes a cómo debía iniciarse en el mundo deportivo, medio el único de rendir el albedrío de la bella: «Tienes que comprarte un caballo, chico... y hacerte socio del *club* de *tennis* de la

Biblioteca Pública de Pontevedra

chica, chico... yo te presentaré al que allí manda, chico... Claro, para todo eso te hace falta ropa, que encargaremos en seguida; precisamente conozco yo a un sastre que hace los *breeches* como los propios ángeles, chico... También habrá que pensar en algo de automóvil; ayer, creo que a Carlitos Melendreras lo desplumaron; puede que venda el suyo por un pedazo de pan, y es un torpedo con punta de carreras que quita la cabeza, chico.» Tal porvenir de esplendores recordó a Pepito su inopia, que puso al punto en conocimiento del otro.

—¡Magnífico!—repuso éste—. *Vamos a tener* dinero largo. ¡Ah, ahora nos veremos las caras, señora lechuza! Precisamente se me ha ocurrido una combinación que...

La combinación gatuna no era mala, en efecto; Gosálvez había ideado una especie de pública subasta de usureros; es decir, proponer el asunto a varios miembros del gremio, rivales de la lechuza, para que ésta se viese forzada a llevar el espíritu comercial a los más favorables límites, y a hacer, por lo tanto, las más extremas condiciones. Y el maldito Micifuz maniobró tan bien, con habilidad tan consumada y con elocuencia tan convincente, que por unos miserables pagarés de cincuenta mil pesetas obtuvo nada menos que treinta y ocho mil, más mil quinientas de comisión para él. Las cuales, sumadas a las dos mil que el propio Pepito, a la

Biblioteca Pública de Pontevedra

primera insinuación, se apresuró a no regatearle, formaron un piquillo tal, que el afortunado gato nunca había visto otro mayor. Tenía razón al decir que *íbamos* a tener dinero en abundancia.

El chico de Molina, al verse poseedor de siete mil duros largos, creyó que el mundo era suyo. En aquellos momentos, la conquista de Fanny le pareció cosa segura. Sus sueños eran todos del rosa más vivo. Y eso que en los días que mediaron entre el de su iniciación en el cargo burocrático-caritativo y aquel dichosísimo en el cual la lechuza soltó los billetes, tampoco había visto a la diosa más que una vez y de refilón. Sin embargo, aproximábase un instante en el cual el enamorado joven podía estar seguro de hablar sin obstáculos al objeto de sus ansias: la tómbola tomística, fijada para pocos días después.

Pepito aprovechó el plazo para equiparse con lo mejor de lo mejor de cuanto sastres, zapateros y camiseros ofrecen a sus clientes. Y como su natural era en verdad distinguido, como tenía airoso talle, buen gusto, elegancia no aprendida y hermoso tipo, podía apostárselas con cualquiera, seguro de ganar, en la difícil ciencia del propio adorno. Además, compró barato el automóvil de Carlitos Melendreras, que, en efecto, resultó una ganga. Nada más incómodo en verdad que el chisme aquel; pero también era imposible cosa más conforme con lo que los se-

Biblioteca Pública de Pontevedra

veros cánones del arte exigen para lo que debe ser el coche de un chico *bien*. Gosálvez, que sabía de todo, impuso en un par de días a su amigo en los secretos del manual del perfecto mecánico, y los dos muchachos se daban grandes paseos por la carretera del Pardo, causando, cuando llenos de polvo echaban pie a tierra en la *Maison Dorée*, la admiración de la juventud dorada de la cervecería, esa juventud de la cual ha dicho un ingenioso escritor que lleva siempre sus buenos treinta y cinco céntimos en el bolsillo.

Y llegó el día de la tómbola, a la cual acudió Molina bien provisto de moneda y mejor aún de risueñas esperanzas. Se había preparado espiritualmente de antemano, soñando con rara precisión, en forma tal que la realidad había de ajustarse exactamente a las ilusiones, lo que él diría, lo que Fanny contestaría, lo que a su vez objetaría él *et sic de coeteris*. Todo ello era de lo más elevado, fino, sutil y psíquico que soñarse pudiera, y tendría por lógico remate que el fuego que ardía en el pecho del muchacho encendiese una chispita en el corazón de la hermosa. El que luego esta chispita se convirtiese en incendio devorador era cosa inconcusa. ¡Oh, sí, era forzoso! Amor, amor despierta. Fanny era la esposa honesta y bella, que don Manuel le había profetizado tantas veces.

Tardó en tropezarse con ella, pues el barullo

Biblioteca Pública de Pontevedra

era grande, la multitud compacta, y el Jardín Botánico, lugar del suceso, sobrado fértil en complicadísimos meandros. Por fin la halló tras un mostrador florido, despachando cacahuets y garbanzos tostados. La escoltaban otras tres o cuatro señoritas de lo más selecto de la situación política imperante, y ante ella se agolpaba nutrido grupo de admiradores de don Gumersindo, formado por muchos aspirantes al momio, no pocos de sus ya usufructuarios, bastantes diputados, hasta tal o cual venerable senador, si bien estos últimos eran los que tenían los ojos más encandilados ante las muchachas. Entre todas y todos descollaba orgullosa Juno, cual si fuese, en efecto, la deidad pagana.

¡Primera desilusión de Pepito! Todo el artificioso edificio de sus atrevidos proyectos reposaba sobre la base de verse libre de testigos ante el pavo real. Era ésta condición precisa, y a él—¡torpe, más que torpe!—no había pasado ni un momento por la imaginación la idea de que fuese de otro modo. Y ahora la realidad venía implacable a alzar entre el ídolo y el devoto una inesperada barrera. ¿Cómo hacer para espantar a toda aquella gente? ¿Cómo conseguir, si el milagro fuese posible, que no viniese otra turba más numerosa a sustituir a la ya desvanecida? Pepito no veía posibilidad alguna de conseguirlo. ¡Ah! ¿Por qué el Jardín Botánico no era una isla desierta, y Fanny y él dos náu-

Biblioteca Pública de Pontevedra

fragos recién escapados al furor de las olas?

Durante un ratito el muchacho no supo qué hacer. Habíase quedado atrás, formando a la cola del grupo, perdido en su inmensidad y sin que nadie fijase la atención en su llegada. Todas las miradas eran para la bella vendedora, que, por su parte, sabía hacer frente muy bien al asedio y recibía los homenajes desde lo más elevado de su excelsitud, fría y altiva, cual si todo ello fuese debido tributo que nadie podía eximirse de pagar. Afortunadamente para Pepito, la diosa advirtió su presencia y le llamó por su nombre.

—Acérquese usted, Molina; cómpreme unos cacahuets, de limosna para los pobrecitos niños.

¡Oh divinas armonías, oh eólicas arpas las que vibraban en la voz de la bella! Al escucharla, Pepe sintió encenderse de nuevo su ardimiento y, lleno de denuedo, se lanzó contra la muralla humana, dispuesto a derribarla. Nada sería capaz, en aquel momento, de detenerle. Hendió, rasgó, perforó a diestro y siniestro y, a poco, recibía de las lindas manos de la muchacha un precioso cartuchito de papel de colores, lleno del popular fruto. En cambio de él, dejó caer, en la escarcela benéfica, un billetazo de mil pesetas.

El estupor fué general. ¿Quién era aquel guapo chico tan distinguido, tan perfectamente elegante, que se arrancaba con donativos de tal

Biblioteca Pública de Pontevedra

calibre? Nadie le conocía. ¿Molina? Sí, apellido ilustre, sin duda, o tal vez título, duque o conde de Molina, que es la denominación de un señorío de la Corona. Un senador, que sabía de memoria la Guía Oficial, concibió amargas dudas acerca de su propia ciencia. ¿Sería posible que tan egregia calidad se le hubiese escapado? Pero en el grupo se hizo un movimiento de respeto y admiración, que obligó a cejar a los más osados, y Pepe se halló frente a frente con la diosa.

Por su parte, la diosa no pudo eximirse, en el primer momento, de sufrir cierta escama. ¿Sería falso el billete? El secretario particular, ¿llevaría su desfachatez al extremo de *darse un pase de fresco* para asombrar a todos aquellos badulaques? Pero no, el miura era auténtico. ¡Ya lo creo! ¡Como que había pasado por las manos expertísimas de la lechuza! Libre, pues, del susto inicial, Fanny no pudo eximirse de contemplar con cierta admiración al muchacho y hasta llevó sus bondades al extremo de sonreirle.

—¡Oh, qué generoso!—dijo—. Así, así se portan los nobles villaviejanos. Siempre vive con grandeza...

Pepito estuvo a punto de echar de nuevo mano a la cartera para continuar la lluvia de oro. Pero Fanny ya no le hacía caso; segura de que con tan breves palabras había correspondido de sobra a la esplendidez del mancebo, sus

Biblioteca Pública de Pontevedra

atenciones se dedicaban a otros recién llegados. La multitud, entonces, se rehizo, recobró su intrepidez, avanzó decidida, sumergiendo en su encrespado seno al pobre iluso. Molina se encontró envuelto, empujado, expelido. Ya, entre el ídolo y él, mediaba otra vez la muralla de carne, ahora y definitivamente, infranqueable.

El cisne volvió a su casa desesperado. No quiso comer. Se echó de bruces sobre la cama y así permaneció largas horas. El lugar de la almohada cercano a los ojos quedó empapado.

III

La existencia tiene contradicciones inesperadas. Aquello que la lógica rigurosa exige produzca determinados efectos, causa precisamente los contrarios. Y el insigne hombre público don Gumersindo de la Esparraguera tuvo tristísima ocasión de corroborar esta verdad y, por más señas y para mayor dolor, en cabeza propia. Fué la víctima inocente de los caprichos del arcano.

Sucedió que, por aquellos días, el respetable repúblico tuvo la funesta idea de lanzar a las columnas de la *Gaceta* un decreto que—¡caso insólito y digno de eterna reprobación!—no era

Biblioteca Pública de Pontevedra

un completo desatino. Bien interpretado, quizás pudiera producir beneficiosos resultados para el Tesoro y levantar un poco el crédito nacional. Ciertamente, don Gumersindo vaciló antes de atreverse a paso tan osado y tuvo ciertos reparos de conciencia, que tal era la gravedad de la cosa. Pero, al fin, su intrepidez pudo más que nada y el funesto decreto apareció en la publicación oficial.

La tormenta estalló, furiosa. Fué algo épico, apocalíptico. Las iras de las masas políticas cayeron implacables sobre la cabeza del temerario ministro de Hacienda, no bastando a conjurarlas ni la elocuencia ni el prestigio del propio presidente del Consejo. Tampoco fueron capaces de desarmar su justo encono la humilde contrición del culpable ni sus sinceros propósitos de enmienda. Don Gumersindo, destrozado el corazón, se vió obligado a abandonar la poltrona. Entonces le dieron, con general aplauso y mereciendo tal gracia la aprobación más unánime, la gran cruz del Mérito Naval.

Pepe Molina, que había pasado unos días crueles, sometido únicamente al brazo secular de doña Tomasa y sin ver ni por casualidad a su adorado tormento, creyó que la desgracia del jefe fuese tal vez un beneficio para él. Quizás aquel rudo golpe de la suerte lograse domeñar algún tanto el orgullo de la hermosa, trayéndola a un nivel más asequible. En efecto, la ilustre

Biblioteca Pública de Pontevedra

familia no pudo eximirse, en tan dolorosas circunstancias, de cierta exhibición y, con ello, el enamorado tuvo unas cuantas ocasiones de ver a Fanny y hasta de cruzar algunas palabras indiferentes con ella. Pero, para el pobre chico, tan livianos favores eran tesoros inapreciables. Cada uno de ellos le prestaba nuevos ánimos para la coronación de la amorosa empresa y robustecía sus harto alicaídas ilusiones.

A pesar de que Pepe celaba cuidadosamente su secreto, guardándolo allá en lo más recóndito del corazón, Juno, con la aguda perspicacia propia de su sexo, no tardó en descubrirlo. Al principio, no se dignó dar la menor importancia al caso. El joven villaviejano se hallaba, para ella, a una distancia tal que lo que en él pasase no podía alterar en lo más mínimo la altivez de su serena frente. Además, con razón o sin ella, Fanny estaba convencida de su poder de seducción y creía sinceramente que nadie podía acercarse hasta ella sin quedar preso en sus redes; y esto, no por efecto de su coquetería, sí como natural consecuencia de su, para ella, sin par belleza. Uno más, pues, no importaba nada. Pero, poco a poco, fué desarrollándose en ella un sentimiento malsano; el amor de aquel muchacho, noble, rico y guapo, podía servir de acicate a otras pasiones más deseables; bien explotado, dirigido con tino y arte, sería capaz de atraer a adoradores de verdadero fuste. Y el pavo real,

Biblioteca Pública de Pontevedra

sin el menor escrúpulo, indiferente al daño que causar pudiera, decidió explotar el corazón de su secretario particular en provecho propio. Siempre habría tiempo de, cuando ya no hiciese falta, cortar por lo sano. La hermosa rubia no temía a los peligros de esta táctica; el «jugar con fuego» no se había escrito para ella.

No era preciso mucho trabajo para conseguir su objeto, pues Pepito, como verdadero enamorado, se contentaba con poco. Comenzó, pues, la deidad a tratar al infeliz con cierta confianza afectuosa, a aparecer por el *boudoir* a sus horas de trabajo, a llamarle *Pepe* y a, muy de vez en cuando, regalarle con alguna mirada de sus bellos ojos azules. El efecto que todo ello causó en el impresionable muchacho fué maravilloso; parecióle estar ya a las puertas del Edén, haber triunfado, alcanzar el fruto de sus ansias. Pero la doncella, con tanta habilidad como entereza, ponía desde el primer instante coto a las insinuaciones de su adorador, cuando, tímidamente, querían salir de un corazón que se desbordaba. En este punto, Fanny no permitía la menor transgresión del régimen que ella misma se había trazado. Y Pepito, seguro de que su momento había de llegar, se resignaba fácilmente a no pasar, por ahora, de lo que don Gumersindo, en sus fantasías políglotas, llamaba un *flitz*.

En los proyectos de Fanny entraba como ele-

Biblioteca Pública de Pontevedra

mento principal la exhibición de su enamorado, único medio de que sirviese para sus fines. Ello obligaba al muchacho a presentarse en todos los lugares que frecuentaba la ilustre familia: teatros, reuniones, hoteles a la moda, casas de té. Pepito se abonó a una butaca del Real, estratégicamente situada con respecto al palco de su amor; pero, desde el primer entreacto, íbase a terminar la función al lado de la bella, la cual, con arte perfectísimo, sabía, en aquellas ocasiones como en todas, hacer que, a la vista del público, la asiduidad del mancebo apareciese en la forma exacta que a ella convenía: amor sin límites, por parte de él; afecto sencillamente amistoso, por la suya. Las ojeadas necesarias para mantener vivo el fuego sagrado las dejaba para cuando nadie las viese. Pepito, candoroso, atribuía esta hábil maniobra a pudor de la inocente doncella, que no se atrevía a manifestar ante los demás lo que pasaba por su alma.

Al poco tiempo, el chico de Molina, a quien los señores de la Esparraguera habían presentado en las casas de sus amistades, había hecho, en el mar de la sociedad, largo camino. Todo contribuía a formar alrededor de su persona, y rápidamente, una aureola un tanto fantástica, pero muy halagüeña. La gente comenzaba a conocerle y le suponía muy ilustre y muy rico. Y como además era en extremo simpático, generoso, guapo y joven, pronto se llenó de amista-

Biblioteca Pública de Pontevedra

des apreciabilísimas, y Fanny, asombrada y no poco molesta, vió cómo muchas casas que a ella—¡a ella!—no se mostraban muy propicias, se abrían sin la menor dificultad para su adorador. Pensó al principio en prohibírselas, segura de que la menor indicación suya había de ser para el muchacho orden terminante; pero, reflexionando serenamente, juzgó más oportuno no estorbarlo; quizás, en algún momento, Pepito pudiera servirle de algo para colarse ella en algunos sitios más. —Ayer estuve en casa de los marqueses de Tal—solía decir el villaviejano. —Sí—respondía el prohombre—, el marqués tiene un empeño muy grande en que vayamos por allí, y la marquesa también. Y, ¡quién sabe!, puede que nos decidamos. Alvaro (el marqués) es muy simpático, y Tula (la marquesa) una señora muy distinguida.—Pero, por dentro, rabiaba y a Fanny se la llevaban los demonios. Mas como Pepito, siempre sencillo, tragaba la bola aquella y todas las demás del mismo jaez, el honor quedaba a salvo y el orgullo de la diosa satisfecho.

A pesar de su decisión de no impedir que Pepito fuese subiendo, hubo día en el cual Fanny estuvo a punto de saltar. En sus cálculos ultrasecretos de futuro matrimonio, la muchacha había ido haciendo una bien estudiada selección, cuyo resultado fué el decidir que sólo podían aspirar a su blanca mano cuatro o cinco

Biblioteca Pública de Pontevedra

ilustres célibes, dotados de cuantas condiciones ella juzgaba precisas. Aun iba más lejos; aun, entre este corto número de *posibles*, gozaba la absoluta preferencia uno de ellos; los demás, eran tan sólo *peras para la sed*, es decir, aquellos con los cuales se apencaría únicamente en el caso de que el otro no acabase de decidirse, o se decidiese en otra parte. Este *non plus* de los novios era nada menos que el duque de Sagunto, personaje que ostentaba un nombre más que ilustre y que gozaba de una fortuna colosal y de arrogante figura; pero que, además, y sobre todo, era el árbitro de las elegadcias masculinas, aquel cuyos fallos eran inapelables, y del cual bastaba la presencia en cualquier parte para hacer de ella un lugar archiselecto. Ciertamente, el elegido ignoraba por completo la preferencia de que era objeto, y hasta, según todas las probabilidades, la existencia de Fanny; pero esto no lo podía concebir la vanidad del pavo real; estaba segura de que en cuanto ella quisiese... Pues bien, una tarde, al entrar en cierto té muy a la moda, Juno tuvo la inconcebible sorpresa de encontrarse con el *dandy* que, mano a mano, con las apariencias de la mayor intimidad, merendaba ¡con Pepito!

¡Aquello era demasiado! ¿Llegaría el caso de que el humilde escribiente se levantase cien codos por encima de ella y fuese ella—¡ella!—quien tuviese que desearlo a él? ¿Cabría tal

Biblioteca Pública de Pontevedra

enormidad? ¿Sería preciso atarle corto y no consentirle que campase por sus respetos? Fanny, sofocadísima y mientras estas y otras semejantes ideas hervían en su cabeza, vertía el té por el mantel y metía el azúcar en la jarra de la leche. Su destartalamiento moral llegó a tanto que la movió—¡crimen nefando!—a mojar el *plum-cake* en la olorosa infusión.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPÍTULO V

EL CISNE CRÍA ALAS

I

En las novelas, hay un instante en el cual el embrollo, hasta entonces inextricable, se desenreda por sí mismo, gracias a la intervención de un suceso que ocurre, inesperado, en el momento preciso en el cual al intento del novelador conviene que acontezca. Los retóricos llaman a esto la *peripecia*. Pero, ¿qué más novela que la vida real? ¿Dónde hallar otra que la aventaje en emoción, en intensidad, y, sobre todo, en inverosimilitud? Tal sucedió con Pepito. En el instante en el cual su vida iba a decidirse, doña Juana se murió.

Nada permitía suponer que el fin de los días de la ilustre financiera estuviese tan cercano. Su salud era, en apariencia al menos, floreciente, y presagiaba todavía largos años de sabias com-

Biblioteca Pública de Pontevedra

binaciones hacendísticas. Pero hay golpes que la naluraleza más robusta no puede resistir impunemente, sobrádo rudos para no causar terribles destrozos. Es el caso que doña Juana creía haber realizado el negocio más brillante, como diría Porredón, de su existencia. Por una cantidad relativamente modesta, era dueña, en plena propiedad, de las fincas más lucidas de todo el partido judicial, mejores aún que las del conde de las Majadas. Ante tal apoteosis, ante la coronación de sus rudas faenas, la excelente señora no cabía en sí de gozo y de orgullo a la vez. Pero, llegado el momento de poner la diestra sobre los papelotes acreditativos de su derecho, resultó que todo se redujo a un timo majestuoso. Las tales fincas tenían ya otro legítimo, o, por mejor decir, legal propietario, y doña Juana, aliviada del peso de bastantes pesetas, se halló tan sólo asistida de la facultad de enviar a presidio a un ciudadano que, por su parte, había tomado la prudente precaución de poner tierra y mar por medio, y ni con galgos pudiera ser cazado. Y cuando la viuda de Molina se convenció de que el mico no tenía remedio, y de que podía dar un adiós definitivo a sus dineros, el berrenchín fué tan tremendo que le produjo un ataque cerebral fulminante. Pepito, que avisado telegráficamente, acudió a Villavieja a todo correr de su automóvil, se halló tan sólo con el cadáver de su madre.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Fué don Manuel quien le acompañó constante, en los tristes días que siguieron al tristísimo de su llegada al pueblo. Pese a su pena, el buen capellán no podía eximtrse de un goce santo y candoroso al ver a su hijo espiritual tan guapo, tan distinguido, tan elegante, hasta con automóvil propio, mejora esta última que no vaciló en atribuir a los grandes éxitos que el chico habría ya conquistado en la Corte. No se hartaba de hacerle preguntas acerca de cómo era, tratado en la intimidad, el eminente hombre público; de qué manera, entre él (el ministro) y Pepito, resolvían, en un dos por tres, los gravísimos asuntos de Estado que encomendados les estaban; de la forma en que había aquél caído de su poltrona de Hacienda (—«nada, hijo mío, envidias de gentecilla de poco más o menos»—), y de otros mil puntos igualmente interesantes. Pepe respondía poniendo una de cal y otra de arena. Pero don Manuel, insaciable en su afectuosa curiosidad, no dejó de tocar una cuestión harto delicada. «Y de honestos amores, ¿cómo andamos, hijo mío?» Oir estas palabras el huérfano y sentir una imperiosa, una invencible sed de confidencias, fué todo uno. La elocuencia subía, del corazón a los labios, con ímpetu de torrente. Don Manuel, complacidísimo, escuchó el acabado retrato que de las maravillosas perfecciones de Fanny trazó largamente el mancebo; la narración de cómo, desde el momento de

Biblioteca Pública de Pontevedra

conocerla, había nacido aquel amor inmarcesible, eterno; las dudas, las esperanzas, los temores, las satisfacciones que componían la sutil trama de su apasionamiento: el minucioso relato de los mil incidentes que para el indiferente pasan inadvertidos, y de los que el enamorado hace, o presagios felices o síntomas funestos. Fué una conversación o, por mejor decir, un monólogo, que duró largas horas, bajo los plátanos familiares de la solitaria carretera. Aquella tarde, por primera vez desde hacía treinta y tantos años, don Manuel Carrasco llegó después de anochecido a su casa.

Al día siguiente y todos, mientras Pepito permaneció en Villavieja, se repitió la escena, pues el chico hallaba un dulcísimo consuelo para sus ausencias en hablar de la amada, y el excelente clérigo, no sólo no sentía fatiga al escuchar, sino que daba cuerda a la facundia del muchacho. Cuando por casualidad podía meter la cucharada, era para augurar a éste un triunfo infalible; ¿dónde, en efecto, podía encontrar la púdica doncella un marido más guapo, más inteligente, más bueno que Pepito ni que la amase de manera más fina y apasionada? Sí, Dios mediante, el fausto suceso no podía tardar, y don Manuel comenzó a hacer el proyecto de su viaje a la corte. Porque él, pobre capellán de monjas, no les daría las bendiciones de la Iglesia, ya que para ello sobrarían obispos, arzobispos, hasta

Biblioteca Pública de Pontevedra

cardenales que se ofreciesen gustosos; pero un rinconcito en el presbiterio nadie habia de quitárselo.

Pepito fué rápidamente habilitado de mayor edad. Su consejo de familia se componía de su tío materno el procurador don Eugenio y de unos parientes lejanos por la línea de los Molinas, que malditas las ganas que tenían de ocuparse de los asuntos de su deudo. Por su parte, el procurador encarnaba un tipo frecuente, el del usurero despiadado, y al mismo tiempo hombre de probidad perfecta. Los asuntos de su hermana especialmente, los había llevado hasta el último instante de manera inmejorable. Pero muerta la insigne señora, ya todo aquel trabajo le molestaba; nunca, entre él y su sobrino, había existido afecto verdadero; además, Pepito era ya un hombre y campaba por sus respetos en Madrid; la fecha de la mayor edad legal estaba cercana. Por todo ello, el propio don Eugenio, tutor testamentario, fué quien se apresuró a proponer la habilitación del heredero y a practicar las gestiones necesarias para conseguirla.

Hecho el inventario, Pepito se halló poseedor de una lucida fortuna. ¡Ah, doña Juana había trabajado a conciencia! La legítima paterna, restaurada por la hacendista, magníficamente mejorada, representaba un valor de cerca de ochenta mil duros, todo ello en fincas saneadas y de excelente producción. Pero el peculio propio

Biblioteca Pública de Pontevedra

de la viuda, aquel que nació humilde de los cincuenta reales facilitados a la placera y de los ochenta y cinco recibidos por el barrendero, ese sí que había crecido espléndido. A doña Juana no se ocultaba que los ríos más caudalosos suelen tener origen en imperceptibles arroyuelos, y supo hacer que su capital se pareciese a los ríos. Descontado lo que por sus derechos se llevase la Hacienda y los demás gastos propios del caso, pagada la lechuza, enterrada con suntuosidad la dama, el haber que Pepito percibió por herencia materna andaba rondando el millón de pesetas. Casi todo este dinero estaba en valores del Estado.

La sorpresa de Pepito, al hallarse poseedor de tan pingüe fortuna, fué muy grande. La difunta doña Juana, con su sordidez y con sus continuas jeremiadas acerca de lo difícil que era para ella la vida, le había acostumbrado a juzgar su posición como sobrado modesta, a considerarse poco menos que como un pobre. Así es que no pudo evitar, ante una realidad tan distinta de sus anteriores creencias, una especie de deslumbramiento. Pensó que su nivel social, al elevarse de manera tan inesperada, pero también tan hermosa, le acercaba al de Fanny. Ahora sí que le era dado ofrecer—no a ella, que seguramente no pondría la menor atención en cuidados tan prosaicos y vulgares, pero sí a don Gumersindo, que estaba obligado a ver las cosas de otra

Biblioteca Pública de Pontevedra

manera—, no solamente un apellido hidalgo, sino también una posición sólida y desahogada. Ya no era el humilde provinciano, oscuro y casi indigente; era un señor recibido en la mejor sociedad de Madrid, y opulento. ¡Porvenir magnífico! Don Manuel podía ir haciendo la maleta.

Coincidió el regreso del heredero a Madrid con los albores del verano, y Pepito halló a los señores de la Esparraguera pensando en trasladarse a su villa de Biarritz. Como don Gumersindo seguía cesante, la temporada a orillas del Cantábrico iba a ser larga; el muchacho, al saberlo, se alegró de verdad; allí, en aquella playa, podría ver a todas horas al ídolo, e ir, poco a poco, insinuándose en su corazón. Se las prometía muy felices de la influencia idílica de campo y océano; de los paseos sentimentales, al caer de la tarde, bajo las umbrosas alamedas; del rumor del líquido elemento al romper contra los acantilados. El mismo Pepito, sometido a tan favorables condiciones, ganaría en elocuencia, en don de persuasión, en prestigio amoroso. Porque allí, sí que sentiría su propia personalidad acrecentarse, distinguirse, modelarse al ambiente, mucho más que en aquel Madrid, gris, uniforme, sometido a un patrón único, donde cada individualidad parece la repetición exacta de todas las demás. Pepito, lleno de inspiración, comenzó una oda «al mar» para reci-

Biblioteca Pública de Pontevedra

tarla, al oído de la diosa, en la primera ocasión propicia, que él se representaba ya con absoluta precisión, cual sería: un día de tormenta, Fanny y él encaramados en una roca, mientras el rayo surcaba el espacio y las olas, furiosas, se estrellaban a sus pies. Y lo más bonito del caso era que el poeta no había visto en su vida, más que en los cuadros, ni playas, ni rocas, ni siquiera mar.

Fanny, privada por el luto de Molina del placer de exhibir su juguete, extremaba con él, en la intimidad del hogar, sus bondades. Hasta ella había llegado, cosiderablemente aumentada, la noticia de los grandes tesoros de que Pepito era ya poseedor; circunstancia era ésta que se prestaba perfectamente a los planes de la muchacha, pues, cuanto más brillante fuese el espejuelo, mejor habían de acudir a él las alondras. Además, tenía por aquellos días un motivo especialísimo para estar muy contenta: había logrado ser presentada al duque de Sagunto.

Fué en las carreras, una tarde en la cual «Robert the Devil V», el *crack* del joven magnate, había ganado el gran premio. El hermosísimo animal salió de la pista, todavía fulgurantes los ojos y estremecidos los ijares, conducido del diestro por su propietario y en medio de una gran ovación. Y aconteció que Fanny, que se había colgado desde muy temprano del brazo de la única amiga con que contaba en el gran

Biblioteca Pública de Pontevedra

mundo de verdad, Pepita Cárdenas, se halló en el compacto grupo que seguía al vencedor y a su dueño hasta el peso. Allí, en primera fila, tras la barrera que separa a los primates del deporte del público, Fanny siguió largo tiempo sin soltar a su ilustre amiga y devorando con los ojos y con todas las fuerzas de la voluntad al gran señor. Pepita, aburrida, quería irse; pero la otra logró retenerla hasta que Sagunto, pasada la embriaguez del primer instante del triunfo, se dispuso a volver al *stand*.

Aquí de la habilidad maniobrera. Fanny, con precisión maravillosa, con movimientos combinados de la manera más perfecta, fué marchando a colocarse en forma tal que, cuando el duque llegase a la puerta de la barrera, no pudiese atravesarla como no fuese con el permiso de la señorita de Cárdenas y del suyo propio, o pasando por encima de los cadáveres de ambas. Ya, ya sabía la taimada el valer de su acompañante de ocasión: Pepita Cárdenas, hija de los marqueses de la Albufera, era prima del duque de Sagunto.

Y sucedió lo que tenía por fuerza que ocurrir, lo que clarividentemente había calculado Fanny, que el vencedor tuvo que deteneree a recibir las albricias de su prima. Que, en seguida, vino la ansiada presentación, y que, por último—¡triunfo aun mayor que el de *Robert the Devil V*—la señorita de la Esparraguera pudo dar una vuelta

Biblioteca Pública de Pontevedra

entera al *stand*, ante toda la sociedad de Madrid, acompañando a la señorita de la Albufera, a la cual acompañaba el duque de Sagunto. Así vieron a Fanny todas las cumbres de la elegancia, así desfiló por delante de la tribuna real, así llegó hasta las mesas del *buffet* y así deshizo lo andado, hasta que el prócer las dejó, otra vez, al final del recorrido.

Cierto que al duque de Sagunto sonó a desconocido o, por lo menos, a cosa de huerta el nombre de la amiga de su prima; cierto que casi toda la conversación fué entre Pepita y él. Pero no lo es menos que uno de los secretos, quizás el de mayor eficacia, del éxito del ilustre elegante era su cordialidad de trato externo, absolutamente igual para todos, desde los príncipes extranjeros, de cuya intimidad gozaba, hasta el más humilde de sus *lads*. Además, a nadie amarga un dulce, y Fanny era una hermosa muchacha que le prodigaba las muestras más claras de admiración. Por muy acostumbrado que Sagunto estuviese a ellas, nunca le enojaban. La primogénita del ex ministro pudo, pues, dar al mundo la sensación de que Petronio se ocupaba de ella y, con aquello le bastaba por el momento. ¡Ah!, ya vendría lo demás.

Pero en quien mayor admiración causó el suseso fué en don Gumersindo que, con doña Tomasa y Nini (Lulú, en las fiestas deportivas, hacía siempre rancho aparte), ocupaba un pal-

Biblioteca Pública de Pontevedra

co. Al principio, no quiso creer a sus ojos, suponiéndoles víctimas de una alucinación, y a punto estuvo de echar mano a unos hasta entonces inútiles gemelos que llevaba en bandolera. Pero, por fin, no pudo negar la evidencia: ¡Fanny se paseaba con el duque de Sagunto!

—¿Tú ves eso, Tomasa?—dijo a la gallina casera—. ¿Tú ves con quién va Fanny?

—¿Con quién?

—¡Con Sagunto!

—Y ¿quién es ese? ¿Algún diputado de la mayoría?

—¡Qué diputado ni qué mayoría!—rugió el prohombre, que en aquellos solemnes momentos despreciaba a la política—. ¡Con el duque de Sagunto! ¡Y siguen!... ¡Y siguen!... ¡Si ya llegan al *ambigú!*

—¡Al *buffet*, papá!—dijo, rabioso, el sensible colibrí—. ¡Al *buffet*, se dice!

—Sí, claro, al *buffet*. eso es lo que yo quiero decir! ¡Y dan la vuelta! ¡Y van a pasar por delante de nosotros otra vez!... ¿Os parece que lo salude?

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser, borrica?—repuso el ático orador—. ¡Al duque!

—Pero ¿tú le conoces?

—Mujer, yo... claro que sí, que le conozco... Gonzalo, Gonzalito Sagunto, eso es. Un chico muy simpático, muy... pero ya han vuelto a pa-

Biblioteca Pública de Pontevedra

sar y, con vuestra charla, no he podido saludarle... Luego le veré, en... en el Salón de Conferencias.

Se ignora quién, el padre o la hija, regresó más contento aquella tarde a su casa. El pavo real creía haber puesto la primera piedra de un grandioso edificio, a cuyo remate, con habilidad, sangre fría y un poco de suerte, había de llegar, y pronto. El megaterio, rumiaba ya la frase con la cual estaba seguro de causar la admiración de su tertulia del Congreso. «Sí; ayer estuvimos en las carreras, donde ganó el gran premio el *clac* de Gonzalito Sagunto. Por cierto que éste estuvo toda la tarde paseando con mi chica la mayor... no se separaron un instante. ¡Bah! ¡Cosas de muchachos!»

Bajo tan favorables disposiciones de espíritu halló Pepe Molina a Fanny a su regreso de Villavieja. La hermosa estaba muy contenta, aunque sin decir por qué, y el huérfano, al notarlo, pensó si sería por verle de nuevo, y su corazón se ensanchó. A punto estuvo de telegrafiar a don Manuel, contándole su fortuna. No lo hizo, porque prefirió escribir una larga carta.

Pocos días después, los señores de la Esparraguera salieron para Biarritz. Pepito bajó a la estación cargado de cajas de bombones y de ramos de flores para toda la parte femenina de la tribu. Pero para Fanny había un obsequio mucho mejor: el primer ejemplar del libro de

Biblioteca Pública de Pontevedra

sonetos, impreso en papel de China y deliciosamente encuadernado en piel blanca, con iniciales, cantoneras, filetes y cierre de oro. La muchacha recibió el presente con grandes muestras de contentamiento.

Lo malo fué que no lo abrió. Pero como la encuadernación le gustaba mucho, pensó, desde luego, en utilizarla para su libro de cuentas.

II

Gosálvez había acompañado a la estación del Norte a su amigo, y con él regresado al centro de Madrid. La abstracción de Pepito era tal, que el otro apenas si lograba arrancarle tal cual monosílabo suelto, en pago a su inagotable facundia. Y no era que la ausencia corriese peligro de ser larga, pues el enamorado tenía resuelto (y así lo había participado a sus ilustres amigos los señores de la Esparraguera) seguir su ruta incontinenti. No quería dejar que transcurriese más tiempo entre el viaje del ídolo y el suyo propio que los dos o tres días que él consideraba necesarios para salvar las apariencias.

El gato, aunque Pepito jamás le había dicho una palabra referente a su amor, no tardó en caer

Biblioteca Pública de Pontevedra

de su burro y en convencerse de que la lagartija no era la dueña del corazón del villaviejano, y sí el pavo real. Pero como notaba en su amigo el decidido propósito de guardar una discreción absoluta, no había osado tratar de forzarla. Sin embargo, aquella noche y mientras en el fresco patio de la Viña P ambos muchachos yantaban, Gosálvez cual si estuviese amenazado de no volverlo a hacer nunca, Pepito sin probar bocado, Micifuz se creyó en el deber de saltar por todo y de provocar las confidencias del otro, aun a riesgo de enojarle.

—Muy bonito—comenzó diciendo—el ejemplar de tus sonetos que has dedicado a Fanny. No haría más un enamorado, para la señora de sus pensamientos.

El cisne se sobresaltó. ¿Habría adivinado aquel maldito?

Como si no sólo hubiese logrado adivinar, en efecto, el no difícil secreto, sino también lo que en aquellos instantes pasaba por el pensamiento del poeta, Gosálvez continuó:

—Haces mal, chico, en no confiar en mí. Aquí donde me ves, con las apariencias de un tarambana, soy hombre de buen consejo y además me sé de memoria a toda la familia esparraguista. Créete que puedo servirte de mucho y evitarte una porción de pasos en falso. Además, ¿te figuras que tu amor es un enigma? ¡Pero, chico, si eso lo sabe hasta el sereno de tu

Biblioteca Pública de Pontevedra

calle! Tú estás *colaíto*, pero lo que se dice *colaíto* por el pavo real.

A Pepito le molestó mucho, no sólo el que el gato hubiese descubierto lo que él juzgaba impenetrable arcano, sólo conocido de Dios, don Manuel y el propio enamorado, sino también el que se permitiese seguir llamando por el mote a la amada. Pero el otro no le dió tiempo para manifestar su disgusto.

—Y no puede haber ocurrido otra cosa, chico—siguió el indiscreto felino—. Un hombre como tú, tenía por fuerza que enamorarse de Fanny, que no sólo es una real moza, sino que para ti encarna el ideal de la belleza clásica. Vamos, vamos, desembucha. Te repito que no ha de pesarte. ¿Te has declarado ya? ¿Sois novios?

—No; todavía no—repuso Pepe.

—Mejor. Me alegro de veras; porque si esto ha de ir adelante, conviene que desde el principio, chico, se asiente con solidez. Estás en un terreno muy resbaladizo. Por fortuna creo que tienes el remedio en la mano. Tú puedes realizar el ideal de Fanny. Pero ¡ay de ti si no logras realizarlo por completo!

—¿Tú crees que Fanny...?

—Yo no creo nada, sino que lo sé todo al dedillo. Fanny, a pesar de su juventud, es lo menos soñadora que figurarte puedas. Como tú lo eres de sobra, estais hechos para entenderos

Biblioteca Pública de Pontevedra

al pelo. Por aquí, no hay inconveniente alguno. Pero guárdate bien de querer hablar a su imaginación, puesto que no la tiene. En cambio le sobra inteligencia y, seguramente—el gato quería hacer una concesión, o piadosa o galante, al amor de su amigo—, corazón, bondad, nobleza de alma. Es preciso, pues, que en vez de sonetos, una choza en el bosque, el rayo de luna, pan y cebolla, le ofrezcas otras cosas de más enjundia. Afortunadamente, repito, tú tienes en la mano todo lo que hace falta.

Pepito escuchaba ahora con gran atención. Dolíale el alma al ver cómo el prudente felino llevaba trazas de deshacer el ídolo o, por mejor decir, de transformarlo en otro distinto del que él había forjado. Una voz interior, fuerte y enérgica, le gritaba que no, que Fanny no era tal y como la pintaban, sí de la guisa que él la imaginaba.

Era imposible que la doncella no respondiese al tipo señalado, que no encarnase el ideal del alma del poeta. Y, sin embargo... Sí, escuchemos, escuchemos; si es preciso apurar el cáliz de la desilusión, que sea pronto.

—Fanny—siguió implacable Gosálvez—quiere un marido brillante, notorio, que le dé una posición, que la haga entrar en un mundo al cual ella, en esto legítima heredera de su padre, aspira con, hasta ahora, poco éxito. A este hombre lo amará sincera y profundamente, tal vez

Biblioteca Pública de Pontevedra

muchísimo más que puedan amar las que cifran su encanto en el pan y la cebolla, y le hará feliz. Ya sabes, pues, lo que es el Evangelio. Ahora, a ser ese hombre soñado por la chica, chico. ¿Qué te creías tú? ¿Qué sólo tú tenías derecho a soñar? ¿Que todo el mundo está obligado a que sus sueños sean como los tuyos? Pues no, señor; cada cual es cada cual y tiene su alma en su almario. Fanny acaricia sus ilusiones y no las tuyas. Creo mucho más fácil el que tú te adaptes a su modo de ser que el traerla a ella al tuyo. Digo, a no ser que ya esté locamente prendada de tus pedazos.

—No... no sé... es decir... a mí me parece que le soy simpático.

—¡Magnífico! Le eres simpático, luego puede llegar a quererte. No te enfades, pero tu Dulcinea es un poquitín... ¿cómo diría yo?, un poquirrín altiva. Tiene de sí misma una idea muy justa, pero también muy elevada. Y las gentes así, jamás llegan a enamorarse de quien, desde el primer momento, no les entra por el ojo derecho. Es, para ellas, imposible el confesar una equivocación, chico. Creo sinceramente que asistiré a tu boda. Ahora, vamos a trazar el plano de cómo ha de ser el hombre a quien Fanny ha de amar, es decir, la personalidad de la cual tiene que revestirse don José Molina. Procedamos con orden, Tú tienes, mal contados, de cinco a seis millones...

Biblioteca Pública de Pontevedra

—No tanto, hombre, no tanto... Además, Fanny...

—Sí, Fanny será rica el día de mañana; pero...

—No es eso lo que quiero decir. Quiero decir que yo creo que Fanny...

—¿Se contentará con menos? Puede ser... aunque lo veo difícil. Si las otras perfecciones del amado son muy sublimes, es posible que...

—No, tampoco es eso. Es que yo no puedo creer a Fanny capaz de cálculos tan mezquinos. Yo me la figuro...

—Pues te equivocas, chico. Te repito que aspira a una posición, y de sobra sabe que sin abundante dinero no se consigue, chico. Pero en fin, vuelvo a repetir, si lo demás que se le ofrezca es de tal manera magnífico, hará que don Gumersindo *apoquine* en gordo. Y ya puede, ya puede, el viejo megaterio. Está forrado en oro, chico. Ella hace de él lo que se la antoja y si logra verla grande de España (pero de las del cogollito, eso sí), soltará la mosca.

—¿Grande de España? Pero yo... yo no lo soy.

—Mira, pide café, licores y cigarros, que tenemos conversación para un rato. Tú no eres, en el presente momento, grande de España; pero perteneces a la más ilustre familia de Villavieja...

—No... te dire, yo... yo creo que... ciertamente, mi padre...

Biblioteca Pública de Pontevedra

—Bueno, ya sé lo que quieres decir. Que tu padre hizo un matrimonio de amor tan sólo. Eso es lo de menos; no te cruzarás, no entrarás en una Maestranza, pero en Madrid hay muchos grandes señores en tu caso y viven tan ricamente. Basta con no solicitarlo para evitar el ridículo del desaire, y siempre cabe decir—con tu permiso, voy a llevarme algunos de estos cigarros. Son exce..., son para el pobre burro, que pocas veces los cata—cabe decir, repito, que no se da importancia a eso. Lo decisivo es que tu primer apellido es de la más elevada nobleza...

—¡Hombre, de la más elevada!... No estoy muy seguro de ello. Yo no me he ocupado de esas cosas.

—Otros se ocuparán por tí. Seguramente hay por ahí tres o cuatro grandezas antiguas, a las cuales tendrás derecho. ¿No eres primo del conde de las Majadas?

—No, no... me parece que no.

—Pues aquí, cuando viniste, primero te dijeron hijo suyo, luego, sobrino carnal, ahora, primo... Pero en fin, estarás emparentado con lo mejor de allí.

—Sí, tengo algunos parientes... Apenas los conozco. Como cuando murió mi padre yo era tan niño...

—Bueno, es lo mismo. En Madrid hay quienes tienen todas las genealogías ilustres en la

Biblioteca Pública de Pontevedra

punta de los dedos y verás cómo te encuentran un entronque que, *sin perjuicio de tercero* (es la fórmula, chico), te permita titular por todo lo alto. Luego, te cubrirás, y Fanny, ya condesa o marquesa de Dios sabe qué, no parará hasta pescar el lazo rojo. Eso y no otra cosa es lo que tiene metido en el corazón.

—Pero ¿es posible que con tan poca cosa se contente?

—¿Poca cosa? Tú estás en Belén, chico. En España, una mujer que no sea infanta no puede llegar a más... Di que me traigan otra copita. Tú pon a Fanny en condiciones de aspirar al lacito, y serás fiel y ardientemente amado. De modo que manos a la obra; hé aquí el plan de campaña.

El gato bebió de un trago la nueva copa... y pidió un poquito más. Luego, continuó así:

—Primeramente, has de conseguir (y ya estás en camino de ello, chico; lo que queda por hacer es fácil y sólo requiere un poco de perseverancia) meterte de hoz y de coz en lo más granado, en lo más ilustre, en lo más superfino del gran mundo. Tienes amigos capaces de empujarte y no necesitas otra cosa que cultivarlos hábilmente. ¡Pero, ojo! ha de ser en forma tal que adquieras carta de naturaleza, que llegues a dominar la situación, que nadie pueda discutir tu derecho y que, el día en que lleves allí del brazo a Fanny, las puertas se abran por sí solas

Biblioteca Pública de Pontevedra

ante ella. No te importe, pues, el ir tú ahora adonde ella no va; le estás preparando el camino. Al mismo tiempo, comienza las gestiones para lo de la grandeza. Sólo te pido veinticuatro horas para saber quién o quiénes son los que preparan mejor estos asuntos. En este punto, no regatees. Cuanto gastes, ha de pagártelo con creces don Gumersindo. Ofrece, pues, el oro y el moro, que ese dinero es de los que producen buen interés, chico. Y, en cuanto la cosa esté en marcha, déjate un día caer ante tu amada, con la novedad de que tal vez te decidas a rehabilitar un título o dos de grande, que son de tu casa. Al mismo tiempo, mira fijamente a Fanny... y ya me darás noticias de la cara que pone, chico. Y cuando el precioso pavito real se vea amado de un muchacho de tu pinta, rico, elegante por derecho propio y por derecho propio también grande de España, no necesitarás pedir su patita. Ya verás cómo te la dan sin pedirla.

Pepe Molina iba, al retirarse a su casa (ahora vivía en el *Palace)*, un poco confuso. ¿Tendría razón el gato? ¿Sería la Fanny de carne y hueso tan distinta de la que vivía en su alma? La voz interior que antes se alzaba tan potente en defensa del sueño, se iba apagando, apagando, hasta convertirse en imperceptible murmullo. Porque... en medio de todo, el que tuviese aspiraciones elevadas, era muy lógico; las diosas, para el Olimpo, pero no para las cabañas

Biblioteca Pública de Pontevedra

campesinas, por floridas y bucólicas que sean. ¿No se habia alegrado él al verse dueño de una fortuna no esperada, por creer que así se acercaba al ídolo? Y además, ¿qué es lo que sucede en los cuentos de hadas? Pues que Cenicienta se casa con un príncipe refulgente, bello, joven y poderoso. En toda la literatura de este género puede que no se halle el caso contrario, el de la princesa que abandona palacios, damas, pajecillos, guardias cubiertos de hierro, carrozas pintadas de oro, joyas y vergeles, por el pobre poeta, humilde y soñador, que tan sólo sonetos puede ofrendarle. La realidad no trataba, pues, de asesinar a la ilusión; si tan sólo de modificarla, de una manera mucho más brillante, más decorativa, más gloriosa. Y Pepito comenzó en el mismo momento a adaptar sus sueños al nuevo ambiente que Micifuz había abierto ante sus ojos. Sus desvarios seguían siendo de color de rosa, pero ahora, con ligeros toquecillos dorados.

Gosálvez volvió a bajar a la estación del Norte, para despedir a su amigo, que se iba en el sud-expreso. Quiso ver su cabina y, una vez en ella, fácil le fué poner al incauto entre la espada y la pared. El sablazo fué monumental. Pero bien ganado se lo tenía: acababa de dar a Molina la receta infalible para la conquista de Fanny y quedaba al cuidado de encarrilar el asunto de la grandeza. Puesto en sus manos, era como tener el Real Despacho en el bolsillo.

Biblioteca Pública de Pontevedra

III

La primera impresión de Pepito en Biarritz fué en extremo desagradable. Una de sus ilusiones se desmoronó al instante y para siempre; aquel no era el paraíso idílico por él soñado para ir apoderándose del corazón de la amada; era tan sólo una ciudad lindísima con pretensiones de aldea, pero sin ninguna de sus realidades. Se vivía mucho más en pequeño que en Madrid, en un ambiente harto más reducido, en un círculo de menor diámetro pero, por lo demás, exactamente lo mismo que en la Corte.

Llegado antes del mediodía, en cuanto, tras ligero arreglo del tocado, se echó a la calle, tropezó de manos a boca con el insigne estadista que, con panamá y zapatos de lona y rodeado de otros tres o cuatro pajarracos de su laya, regresaba de los baños salinos, arreglando la marcha de la política española. ¡Oh, era por demás sencillo! Bastaba con darle a él la cartera de Gobernación y a cada uno de los pajarracos otra cualquiera. Resuelto así el problema más importante, todo lo demás era cosa sin valor y ya no quedaba nada por hacer para que España fuese el país más feliz del orbe. Al ver a Moli-

Biblioteca Pública de Pontevedra

na, el prohombre se fué a él con los brazos abiertos.

—¡Querido Pepito! ¡Bien venido! ¡Cuánto te hemos echado de menos, sobre todo las chicas! A cada instante no hacían más que decir: «pero, ¿cuándo llegará ese picaronazo?»

—Acabo de llegar, don Gumersindo—repuso el muchacho—, y por eso no he ido aún a ver a ustedes. ¿Todos bien, verdad?

—Bien, gracias. Por ahí andan... mi mujer, estará en casa; no sale por las mañanas. Lulú seguramente en el *golf* y de fijo almorzará allí; la pequeña, debe andar con sus amiguitas, ve tú a saber por dónde. Y Fanny... Fanny puede que esté en la gran playa... como no esté en el puerto viejo... es decir, tal vez haya ido a Bayona... o a Hendaya... en fin, ya aparecerá.

Con señas tan precisas, Pepito perdió hasta las más remotas esperanzas de ver pronto al ídolo. El, ciertamente, no sabía aún hacia dónde caían los lugares indicados por el respetable repúblico; pero aunque fuese el biarrota más conocedor del país, la cosa sería igual. «Gran playa... puerto viejo... Bayona... Hendaya...» ¡El delirio! El lanzarse a la ventura de un lado para otro, pareciale cosa harto aleatoria para decidirse a ella. ¿Seguiría constante los pasos de don Gumersindo? Tampoco era prudente, pues según todas las probabilidades, el megaterio no tenía el menor interés en reunirse con la mu-

Biblioteca Pública de Pontevedra

chacha, por lo menos hasta la hora del almuerzo. ¿Preguntar a alguien mejor enterado? Pero, ¿a quién, Dios mío? Además, ¿con qué pretexto? El no era novio de Fanny, ni siquiera, y para el público, su pretendiente. Fuerza sería el resignarse; pero, eso sí, en cuanto pudiera hacerlo sin perjuicio de las dichosas apariencias, un *sapin* y al hotel del ex ministro. Mientras tanto, paciencia. Incorporado al grupo de los políticos, Pepito marchó algunos pasos, buscando la manera de dar esquinazo del mejor modo posible, cuando oyó que, con grandes voces, le llamaban por su nombre.

Las voces partían de la terraza de un café minúsculo, en la cual, ante diminutas mesillas con tableros de azulejos verdes y blancos, estaban sentados hasta diez o doce polletes vestidos con arreglo a los más escrupulosos preceptos de la moda veraniega y marítima. Pantalones blancos de franela, camisas de descotadísimo cuello, americanas oscuras de dos filas de botones, gorras con el emblema de algún *club* de regatas. Pepito se alegró de veras al ver a la respetable reunión; eran todos ellos, los nautas, amigotes suyos de Madrid, muchachos de familias distinguidas o ilustres. Don Gumersindo, bondadosamente, no le regateó el permiso para quedarse con ellos.

—Sí, hombre, sí, reúnete con tus amigos. Pero no dejes de ir luego por casa, ¿eh? Ya sabes, *Villa Fanny*, junto al *rond-point*.

Biblioteca Pública de Pontevedra

La juventud dorada hizo un gran recibimiento al recién llegado, iniciándole desde luego en los misterios de su katipunam. Aquello, el café, era *Royalty*, y en Biarritz, nadie que se estimase en algo, podía eximirse de tomar allí el aperitivo (Carlitos Melendreras, que era muy gracioso, le llamaba el *aperivito)* antes de almorzar. Por la tarde ya era otra cosa; se merendaba en *Miremont* o en el *golf* o en alguno de los grandes hoteles («Tú, ¿en cuál estás? ¿En el *Palais?* ¡Chico, chico, no te privas de nada! Buen sitio, clientela divertida, aventuras fáciles.») Pero en cuanto anochecía, otra vez, por obligación ineludible, a *Royalty*. Ya, ya vería el neófito cómo hacían los *cock-tails*. Y a propósito... «¡Albert, otra ronda de *martinis!*»

Ronda que Pepito se apresuró a pagar, a guisa de derecho de entrada en la cofradía. La conversación se hizo tumultuosa, pues se trataba nada menos que de organizar una jira a San Sebastián, y al día siguiente, para asistir al gran premio de las regatas de balandros. Cada cual quería imponer su opinión, que, por rara casualidad, resultaba siempre contraria a las de los demás. Tonito Berrueco, que era muy castizo, proponía una especie de tren-botijo, en tercera y almorzar, en la bella Easo, en casa de Canuto, chipirones fritos, bacalao del que traen de Vizcaya ya dispuesto para la mesa, *sagardúa* del país. El *menú* no desagradaba a Rodrigo Medina-

Biblioteca Pública de Pontevedra

Zahara, que estaba harto de las exquisiteces del *jefe* de sus papás; pero de ninguna manera podía aceptar lo del botijo de aquel patán. No; se iría en los autos que cada cual se proporcionase buenamente, bien en su propia casa (él, desde luego, ofrecía cinco asientos en el suyo) o en donde pudiera. Enrique Casa-Tejera apoyaba con elocuencia y cual de costumbre la opinión de su inseparable el ilustre primogénito, en cuya estela vivía tan ricamente. «¿En tercera? ¡Qué hediondez! ¡Pudiendo ir en buenos coches!» Melendreras también prefería rodar por cuenta propia. «Tú—decía al recién llegado—, ¿te habrás traído mi coche? Vamos, el tuyo, puesto que me lo has comprado. Bueno, el de los dos.» Pepito, algo avergonzado, declaró que lo había dejado en Madrid, pero que poniendo un telegrama...» «¡Sí!—repuso el concurso, ahora unánime—. Estará aquí mañana por la mañana, ¿verdad? Pareces tonto. Es mejor que para esta excursión alquiles uno, y luego, con calma, que te compres otro, que el tuyo se ha quedado muy *demodé*, chico, muy *demodé*.» «Por eso lo vendí yo—corroboró Melendreras—, por lo *demodé* que se ha quedado, que si no...» Molina ofreció solemnemente cambiar de vehículo. Pero lo de la expedición no acababa de entusiasmarle, pues era un día menos de ver a Fanny; así es que, tímidamente, inició un proyecto de retirada que los otros no le dejaron realizar. «Tú—decían

Biblioteca Pública de Pontevedra

otra vez unánimes—vendrás con nosotros y tres más. ¡Pues no faltaría otra cosa! ¡Una fiesta que va a resultar tan divertida! Ya, ya verás. Además, cargaremos con todas las chicas. Precisamente allí viene Ludovico. De seguro que no falta una.»

Ludovico era un joven que hubiera tenido un gran éxito en los tiempos del romanticismo. Era alto, en extremo delgado, muy pálido, de ojos tristes y un poco de melena; hablaba con voz opaca y lánguida y sus movimientos todos tenían un dejo de postración y acabamiento, que allá por 1830 le habría rendido muchos albedríos. Por desgracia para él, su nacimiento se retrasó más de lo conveniente, y el interesante mancebo en la época actual se hallaba reducido a un papel de escaso lucimiento. En vez de destrozar corazones no pasaba de saber cómo otros los destrozaban. Era el confidente, el director espiritual amoroso de las muchachas de la sociedad, a ninguna de las cuales pasaba jamás por la imaginación la idea de que Ludovico pudiese pretenderla; pero todas conocían su absoluta discreción, su amistad firme y segura y lo profundo de su consejo en tan delicados asuntos. En otros tiempos su misión la hubiera desempeñado un abate; en el siglo XX la suerte se la había reservado a él.

Como el venerable senado de *Royalty* había supuesto, Ludovico era portador de buenas nue-

Biblioteca Pública de Pontevedra

vas. Las muchachas estaban entusiasmadas ante la idea de la expedición; las mamás más recalcitrantes habían acabado por dar su beneplácito, y dos o tres de ellas, de las menos enojosas e impertinentes, irían a San Sebastián en calidad de dueñas, o como ahora se decía, de *chaperones*. Lolita San Ildefonso llevaría su *kodak*, Carmencita Coscojales, su perro; Lulú Esparraguera, guiaría su propio automóvil.

Al oir aquel nombre, a Pepe Molina le dió un vuelco el corazón. Iba la lagartija, luego Fanny no se quedaría en tierra. La expedición, pues, en vez de ser un obstáculo para sus planes, había de proporcionarle un día felicísimo de intimidad con el objeto amado, largas horas de estar a su vera, quién sabe si el momento soñado de poder deslizar una insinuación poco velada. Desde aquel instante, pues, el villaviejano fué el más entusiasta propagandista del proyecto. Sí, a todo trance había que ir a San Sebastián; él alquilaría un buen auto, o dos, o tres, o los que hiciesen falta; el champagne del almuerzo, también corría por su cuenta...

Rodrigo Medina-Zahara, que tenía grandes dotes de organizador y cuya autoridad, además, acababa siempre por imponerse, trazó el programa con absoluta precisión. Cita para las diez de la mañana—«pero en punto, ¿eh? El que no estuviese a la hora, se quedaba en tierra»—allí mismo, en la plaza de la *Mairie*, para a las diez y

Biblioteca Pública de Pontevedra

cinco — no un segundo después — y previo el indispensable *cliché* que impresionaría Lolita San Ildefonso, emprender la marcha.—«Vamos a ver, hagamos las cosas bien — Albert, *de quoi ecrire*—; tú, Casa-Tejeira, escribe los autos con los que contamos y el número de asientos de cada uno; tú, Ludovico, la lista de los asistentes, ellas y ellos.» — «¿Ya están? Bueno, ahora a acomodar a cada cual con cada cual. Las mamás, contigo, Ludovico—(el interesado, que ya contaba con esta lotería, no protestó) — en uno de los coches que alquilará Molina... ¡Ah, no olvidarse! Telegrama urgente a Canuto dándole el número exacto de cubiertos... y que nos reserve el cuarto de los toreros... siga el acomodo; Fulano y Mengano con Perenganita y Zutanita. Este y el otro con aquélla y la de más allá... Molina irá con esas de Esparraguera, que son muy amigos...»

¡Aquel Rodrigo! ¡Qué chico más inteligente! ¡Qué facilidad para arreglar bien las cosas! ¡Cómo sabía poner a cada uno con quien mejor emparejaba! Pepito, en aquellos momentos, le admiró con toda sinceridad. Estuvo a punto de abrazarle, sintiendo hacia él una efusión muy honda. Se lo llevó a almorzar al *Carlton*.

Biblioteca Pública de Pontevedra

IV

El cisne visitó a la familia megateriana aquella misma tarde, pero no logró ver a Fanny. Como su ilustre padre suponía, el pavo real estaba en Bayona, de donde había telefoneado que no la esperasen a almorzar, pues lo haría con las del ministro de Fomento, que allá veraneaban, y que no volvería hasta última hora. Pepito abrevió la entrevista lo más que pudo y pensó seriamente en irse a la vecina ciudad. Ya sabía él que existe un ferrocarril de vía estrecha que hasta allí lleva en poco tiempo. Pero al volver a la plaza le cogieron por su cuenta Melendreras y otros, y, quieras que no, lo llevaron de aquí para allá, empeñados en hacerle los honores de Biarritz. No se atrevió a negarse muy resueltamente, temeroso de despertar sospechas de su secreto. Además' pensaba desquitarse al día siguiente. Lo que sí hizo fué contemplar con avidez la mar, por si la realidad coincidía con su propia visión interior y con la aún inédita oda. Pepito reconoció con placer que, tal y como él lo había soñado, era el proceloso elemento. Si hubiese vivido siempre a sus orillas, no se lo hubiera figurado con mayores precisión y deta-

Biblioteca Pública de Pontevedra

lles. Luego, Melendreras le llevó a un magnífico *garage*, donde Pepito pudo contratar los dos coches que para el día siguiente ofrecido había; eligió lo mejor y no reparó en precios. El dueño del establecimiento creyó que se las había con algún multimillonario americano.

Tampoco por la noche y en el Casino Municipal, fué Pepe más feliz que en Villa Fanny por la tarde, pues la diosa siguió brillando por su ausencia. El pobre muchacho aguantó, con mansedumbre evangélica, un concierto inacabable, formando parte de la media docena escasa de melómanos capaz de soportarlo. Aburrido y cuando ya ni la más remota esperanza podía quedarle de que la hermosa acudiera por allí, se marchó antes del final. Pero si el teatro estaba cuasi vacío, las demás dependencias del Casino rebosaban gente y el villaviejano no tardó en tropezarse con numerosos amigos, con los cuales estuvo primero en el *bar* y en los caballitos, luego en el *bar* y en la terraza, después en el *bar* y en las salas pecaminosas, brillantísimas a aquellas horas. Pepitó arriesgó sin éxito bastantes francos, prestó a diestro y siniestro muchos más, y ya muy tarde no pudo eximirse de una postrera visita al *bar* antes de recogerse. A pesar de no haber conseguido en todo el día el ver a su amor, el chico iba muy contento; de la jornada siguiente se las prometía felicísimas, y además había hecho, durante su permanencia en el

Biblioteca Pública de Pontevedra

Casino, una observación de muy buen augurio: no tenía suerte para el juego. Ni una sola de sus posturas logró sustraerse a la rapacidad de la raqueta y bastaba que, siguiendo el autorizado dictamen de Melendreras, quisiese quebrar una racha para que se hiciese interminable o que, por lo contrario, y según el sano consejo de Casa-Tejera, se propusiese seguirla para que saltase incontinenti. Y a Pepito no le parecía caro el haber pagado con dos o tres mil trancos la seguridad de que era afortunado en amores.

También Fanny había forjado grandes proyectos sobre la famosa excursión a San Sebastián. Sutilmente, pudo averiguar que el duque de Sagunto pensaba sumarse a ella y no necesitó más para con la mayor sangre fría, calculando serena y precisamente elaborar un plan completo de seducción, al cual nada faltaba ni sobraba. Desde la *toilette*, buscando aquello que mejor hiciese resaltar su indiscutible belleza, hasta las actitudes, las conversaciones, el modo de procurarse apartes, todo estaba estudiado minuciosamente, sin dejar nada al acaso. Largo tiempo hacía ya de que Juno se había documentado muy seriamente acerca del modo de ser del elegante, de sus gustos, de sus preferencias; le sabía apasionado por la literatura francesa moderna, y especialmente por Bourget; con lo cual se aprendió de memoria las obras del maestro y tenía dispuestas no pocas citas, apropiadas a to-

Biblioteca Pública de Pontevedra

dos los casos que acontecer pudieran, de *Le Disciple*, *Cosmópolis* y *L'Eau Profonde*. Pensaba el pavo real que una semejanza de ideas estéticas pudiera ser firme base para la simpatía, género de sentimiento que por el instante bastaba a la seguridad en sí misma que la hermosa disfrutaba. El que la simpatía se convirtiese pronto en amor, era cosa que su orgullo consideraba infalible. Además, creyéndose el número uno en belleza, distinción, gracia, elegancia, allá arriba teuía forzosamente que estar escrito que su media naranja fuese el número uno también del sexo masculino. Era preciso que sucediese; luego tenía que suceder.

Pero, por lo visto, lo que para aquél día al menos estaba escrito en el libro del destino, era que tanto Fanny como Pepito se equivocasen de medio a medio en sus dulces ilusiones. Ella, porque el duque no se dignó aparecer por ninguna parte; él, porque sufrió el rebote del mal humor de la muchacha. Apenas si a la ida, durante las regatas, en el almuerzo, en los mil lugares a que acudió la bulliciosa turba, en el té y a la vuelta, contestó más que con secos monosílabos a las rendidas atenciones del pobre chico; la rabieta se le salía por los ojos, en forma de iracundas llamas, y por la boca, bajo el aspecto de rápidas palabras despectivas. No había cosa que le pareciese bien. La carretera estaba llena de baches en el trayecto francés; en

Biblioteca Pública de Pontevedra

cambio el recorrido español tenía unas revueltas peligrosísimas. El ver quince o diez y seis balandros, todos iguales, desde tierra era la cosa más monótona y cansada del mundo y no lograba—Fanny—comprender cómo pudiera existir alguien que así no lo creyese. El comedor de Canuto era una zahurda infecta, propia únicamente para gentecilla de tres al cuarto, pero no para las diosas; la comida, hedionda; habiendo en San Sebastián un hotel Reina Cristina, la idea de llevarles allí sólo se le pudo ocurrir a un cretino (y la infame miraba para Pepito al decirlo, como sospechando que el pobre poeta fuese el autor del desaguisado). Aquí hacía mucho calor, allí mucho frío, en todas partes saltaban abundantísimas las pulgas. El té, nauseabundo, etc., etc., etc.; porque en todo el día la enfurecida beldad no logró hallar cosa a su gusto ni merecedora siquiera de indulgencia. Y según pasaban las horas y se desvanecían las últimas esperanzas de que el volandero *dandy* apareciese, redoblaba el chaparrón que, cuando ya entrada la noche, Fanny se vió de nuevo a las puertas de la villa que llevaba su nombre, era tormenta deshecha. Las citas de *Cosmópolis*, tan cuidadosamente seleccionadas, se quedaron para mejor ocasión.

La única víctima de la tragedia fué el infeliz Pepito, pues los demás, ellas y ellos, de la trinca, se divirtieron de lo lindo, sin poner la me-

Biblioteca Pública de Pontevedra

nor atención en la ira de la hermosa. Las señoritas de la Esparraguera hacian muy poco papel en el selecto grupo y se las toleraba únicamente gracias a la protección de Pepita Cárdenas que, bondadosa, y un poquitín simple, les había tomado cariño. Pero pasaban poco menos que inadvertidas, pese a su belleza y a las coruscantes cualidades de su insigne papá, cosa entre aquellos muchachos y muchachas poco cotizable. De modo que si el desgraciado villaviejano no hubiese estado allí, Fanny no habría encontrado medio para dar suelta a su mal humor. Afortunadamente, estaba condenado a hacer de cabeza de turco y a hacerlo a conciencia. Las destemplanzas, los repelones, las salidas de tono que cayeron sobre él con velocidad uniformemente acelerada, hubieran bastado a destrozar, no ya la delicadísima epidermis moral del malaventurado joven, sino la de un rinoceronte.

De modo que si Fanny tuvo que guardarse su maquiavélico y meditado plan, el que con mucha mayor ingenuidad pero no con menor entusiasmo llevaba en la cabeza, dictado por el corazón, Pepito, no tuvo mejor suerte. Desconcertado, incapaz de reaccionar ni de amoldarse a unas circunstancias tan distintas de las soñadas, estuvo todo el día hecho un doctrino, revelando en su expresivo rostro las huellas de la pena que le embargaba. Pena que, ya de regreso en Biarritz, frisaba en desesperación.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Al verle tan dolorido, Melendreras y Enrique Casa-Tejera cargaron con él, y, pese a sus desesperadas súplicas de que la dejasen en paz, emprendieron la caritativa labor de alegrarle, llevándolo primero a que los convidase a comer en el Casino, luego a los más divertidos rincones de Biarritz. Ni el uno ni el otro de ambos muchachos pudo sospechar la verdadera causa de la desazón del cisne, pues no le suponían capaz de enamorarse de una de aquellas cursilonas de las del ex ministro; se figuraban que sus aspiraciones eran mucho más elevadas, engañados por la leyenda forjada a su alrededor, y creyéndole riquísimo y de altísima calidad. Cuando Pepito quisiese echarse novia, había, según ellos, de elegir alguna flor de un jardín de lo más selecto, y no una hortaliza por el estilo de Fanny o de Lulú Esparraguera. De modo que los dos polletes estaban perfectamente desorientados, pero no por eso menos poseídos del excelente propósito de hacer que se evaporasen aquellas murrias tan intempestivas. Mas su trabajo fué perdido. La alegría exterior y un tanto convencional de los lugares a que fueron llevando al infeliz, causaba sobre éste el efecto más contrario al deseado, aumentando su pena, ahondándola, irritándola; la espinita del corazón iba, a cada instante, clavándose un poco más. Tan sólo pareció el cisne reaccionar un tanto después de haber perdido regular suma de di-

Biblioteca Pública de Pontevedra

neros, con una mala suerte semejante a la de la víspera. A cada pase en contra, se animaba un poco y por sus ojos pasaba una ráfaga de algo parecido a contentamiento cuando seguían a sus billetes al perderse en la masa amorfa de la banca. Cosa que causaba la mayor estupefacción en Melendreras y en Casa-Tejera. ¡Qué tipo tan raro! ¡Alegrarse de perder! En fin, si era su gusto!...

A eso de las tres de la mañana, ya no les quedaba sitio alguno, de los a aquellas horas visitables, por recorrer, y los caritativos acompañantes estaban un poco cansados y con ciertos deseos de abandonar su altruísta misión y de irse a la cama. Y entonces fué cuando, súbitamente, a Pepito le entró un miedo horrible a la soledad. Aquella larga serie de diversiones, que no lo eran, no podía borrar su dolor, ciertamente, y sin embargo, la idea de meterse en su cuarto aparecía en su imaginación revestida de aterradoras formas. Suplicó, pues, a los otros, que no le abandonasen, que hiciesen el sacrificio de acompañarle hasta la ya cercana aurora. «¿Pero, adónde vamos?» —preguntó Melendreras.— «¡Qué sé yo! Adonde queráis, por ahí, a alguna parte, al Casino otra vez».—«¡Qué tontería! En el Casino, a estas horas, no quedan cuatro gatos». «Idead algo—suplicó el infeliz—. A mí me es igual, pero no me dejéis». «Podríamos—propuso Casa-Tejera—ir a Ciboure». «¡Sí, sí, a Ci-

Biblioteca Pública de Pontevedra

boure! ¿En qué calle es eso?» «¡Si no es aquí, pelmazo! ¡Si es al lado de San Juan de Luz! Pero se va en un momento en automóvil». «A buscar un automóvil, ¡a escape!».

Momentos después, los tres muchachos rodaban hacia el pintoresco pueblecillo. Entraron en *la Reserve*, llena de luz, de animación, de músicas, de alegres risas. Cien parejas bailaban, y cuanto más absurdos eran sus movimientos, más éxito tenían. Melendreras y Casa-Tejera hicieron el *menú* de una cena opípara, casi sin consultar al anfitrión, pero, desde el primer plato, se fueron a bailar, dejando al otro solo. De vez en cuando volvían, devoraban un bocado, bebían un trago y tornaban a la danza. Una de las veces, no encontraron a Pepito. Creyeron que también estaría metido en el general jaleo y no se ocuparon más de él. Ya de día, le echaron de menos de nuevo y, esta vez, con mucha inquietud. Pero sus temores eran vanos; la cuenta pagada, estaba sobre la mesa.

A Pepito le amaneció, sentado sobre una roca, teniendo ante sí la inmensidad de la mar.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO VI

LAS ÁLAS DEL CISNE

I

Las mujeres del temple de Fanny ofrecen contrastes en apariencia extraños. Al poner la voluntad toda en la consecución de algo trascendental, los obstáculos debidos a circunstancias fortuitas las enfurecen, cual el día de la expedición a San Sebastián; pero cuando el proyecto se desmorona por sí mismo, no dejando lugar a la defensa, al combate a que las empujan sus voluntariosos temperamentos, la serenidad se hace en ellas al punto, sin aminorar su intrepidez para lo futuro. Tal aconteció al pavo real cuando, al siguiente día, supo que andaba muy atrasada de noticias y que la boda del duque de Sagunto con la señorita de Medina-Zahara era cosa acordada. En esta ocasión

Biblioteca Pública de Pontevedra

ni siquiera padeció su orgullo; no había existido la lucha, no dió el tiempo lugar a medir las armas en el terreno, que a no haber acontecido así... ¡Oh, si ella hubiese tratado al duque un año antes! ¡Ya, ya vería entonces la futura duquesa cuál era su inferioridad para vérselas con ella! Pero la suerte lo había querido de otro modo. Y Fanny al punto, pasado el primer momento de estupor, recobró la tranquilidad del espíritu y se apercibió para nuevas empresas.

Comprendió, además, que la víspera la ira la había arrastrado a cometer una imperdonable torpeza. ¿Por qué atropellar en forma tan dura al inocente espejuelo, cuando su verdadero interés, el de la muchacha, era el de tenerle contento? Fanny, al mirar de nuevo las cosas fríamente, no pudo menos de reprocharse su arrebato, tan cruel como inútil o, por mejor decir, perjudicial. Apresuróse, pues, a poner el remedio, y cuando el desdichado cisne, después de haber contemplado tristemente la salida del sol en la bahía de San Juan de Luz, hubo regresado a Biarritz rumiando el proyecto de, aquella misma tarde, hacer el equipaje, se halló con una linda esquelita de la ingrata en la cual, con afectuosas frases, le rogaba fuese a verla a su casa.

Fanny comprendía que el exabrupto de la víspera necesitaba una explicación plausible y había resuelto, por lo tanto, colgar el mochuelo

Biblioteca Pública de Pontevedra

a los pícaros nervios. Sí, la pobre estaba muy malita y, en su consecuencia, recibió al muchacho tendida lánguidamente en una meridiana de paja, bajo los árboles del parque y arropada con mantas a pesar del calor. Quejándose mimosamente, poco trabajo le costó convencer a Pepito de lo terrible del ataque del día anterior y de cómo le había trastornado las ideas. Luego le dedicó dos o tres delicadas dedaditas de miel, llamándole «mi mejor amigo» y pidiéndole compasión para sus males. Con todo lo cual, el incauto doncel estaba en la gloria; reprochábase, *in mente*, a sí mismo el haber calumniado a aquella santa, precisamente cuando la infeliz se hallaba tan delicadita; sus esperanzas, de nuevo, florecían y a punto estuvo de deslizar una declaración en toda regla, seguro del éxito. La santa, desde las primeras de cambio, le paró los pies, pero fué con una monería tal, con unas miraditas tan deliciosas, con unas tan dulces protestas de que «su pobre cabeza no estaba para nada en aquellos momentos», que Pepito no sólo no insistió sino que volvió a acusarse a sí mismo, ahora de moscón e impertinente. En fin, para que nada faltase a la perfecta felicidad del muchacho, sépase que la interesante enfermita llevó sus bondades al extremo de elogiarle sus sonetos, asegurando que todos eran perfectos, pero que a ella le gustaba más el tal que el cual. Eran los dos únicos que, al prepa-

Biblioteca Pública de Pontevedra

rarse para la entrevista, había leído, al hojear aquella misma tarde el libro.

Pero la dicha, como la desgracia, viene siempre por rachas. Pepito, en aquella jornada tan magnífica, perdió once mil francos. ¿Qué mayor prueba pudiera depararle la suerte de lo dispuesta que estaba a prodigarle sus favores? Una sola de las miraditas de Fanny, cuando, tendida dolorosamente en la meridiana, convalecía de su terrible ataque; una de aquellas miraditas, que a la vez expresaban dolor y esperanza, resignación y afecto, valía muchísimo más. Por último, al regresar al hotel y, para colmo de dichas, el cisne se halló con un telegrama del gato: «Asunto en vías de completo éxito; recibe calurosa enhorabuena; escribo largo, contando detalles.» Pepito se acostó pensando que, en el mundo entero, no había nadie que fuese más feliz que él.

La anunciada carta llegó dos días después. Gosálvez había, en efecto, descubierto a un erudito capaz de establecer la genealogía de todas, absolutamente todas, las familias ilustres de España, con todos sus entronques y ramificaciones. Ni la más insignificante derivación pudiera escapársele y en su repleto archivo existían copiosísimos datos acerca de los Molinas, si bien así, de improviso, no podía asegurar nada concreto. Necesitaba algunos días para coordenar, enlazar, buscar las líneas primogénita y segun-

Biblioteca Pública de Pontevedra

donas y deducir de todo ello el derecho que al joven villaviejano pudiera asistir para suceder en alguna de las tres grandezas vacantes y que mayor relación parecían tener con su raza, a saber: el condado de Malpartida (antiguo señorío elevado a título por los Reyes Católicos y a la suprema dignidad nobiliaria por Felipe II), el marquesado de Retamares (creación del tercer Felipe en cabeza de don Gaspar de Lanuza Tovar Molina y Loaisa) y el de Caprara (título de Italia, reconocido como grandeza de Castilla por Carlos III a favor de don Gaetano Acquaviva Piccolomini y Molina). «Yo, en tu caso—continuaba el gato—elegiría Malpartida, chico. Es el más antiguo»; pero, sin embargo, el cisne había de ser quien, en definitiva, decidiese. No obstante, podía restaurar también uno de los marquesados, o los dos. Ciertamente la cosa no sería barata; amén de los derechos de la Hacienda, el erudito exigía cinco mil duros por empezar sus trabajos; el gasto del expediente se elevaría, sobre poco más o menos, a otro tanto, y era preciso consignar de antemano la cantidad. Y por fin, el mismo erudito había de percibir, en caso de éxito, sesenta mil pesetas por cada grandeza. «Pero—concluía la carta—te repito que no debes regatear en este asunto, pues el megaterio pagará todo con gusto. Es más, creo que te conviene mostrarte espléndido y enviar al genealogista más de lo que pide. Esto le ani-

Biblioteca Pública de Pontevedra

mará a hacer las cosas pronto y bien».—Pepito contestó en el acto; con aquella fecha daba orden a su agente de Bolsa para que vendiese papel y entregase al gato doce mil duros. Lo que sí exigía era celeridad, porque—terminaba—en seguida soltaría la noticia en casa del prohombre. Veremos cómo cae la bomba.

Camino de Villa Fanny iba el futuro magnate muy contento. «Verdaderamente— pensaba—, bien merece este sacrificio una mujer como Fanny. Es muy natural que desee brillar con luz propia en la alta sociedad, donde su puesto está indicadísimo. Yo no puedo aspirar a condenarla a una vida oscura y sin relieve; al contrario, debo procurarle una situación preeminente. Tiene razón el gato.» Y poseído de estas sesudas ideas, llegó al templo de la diosa.

Había cónclave. Toda la ilustre familia rodeaba al patriarca, tomando café en el jardín. Pepito, creyendo proceder habilísimamente, sacó la conversación de la boda de Sagunto. Por fortuna no miró, en el momento de prouunciar aquel nombre, a Fanny que, de lo contrario, hubiera visto el mohín de despecho que la hermosa no pudo remediar. La boda, según el villaviejano, sería un acontecimiento en el gran mundo; los Reyes se dignarían apadrinarla; el duque había ya comenzado las obras de remozamiento de su palacio, en el cual, seguramente, se reanudarían las fiestas que, en tiempos de As-

Biblioteca Pública de Pontevedra

modeo, daban el tono a la sociedad de Madrid; del *trousseau* que llevaría la novia, empezaban ya a contarse maravillas, a pesar de que aún no había sido encargado. El, Pepito, tendría que descolgarse con un buen regalo, pues resultaba que Sagunto y él eran algo parientes. Tanto que, al descubrir este parentesco, había averiguado también que le asistían clarísimos derechos para rehabilitar el condado de Malpartida, una grandeza muy antigua... seguramente acabaría por decidirse a sacarla.» Y, al hablar así y siguiendo el consejo del gato, el muchacho miró a Fanny.

La hermosa, primeramente, le miró a su vez a él con extraña fijeza. Luego, pareció que le asaltaban ciertas dudas. Por último, volvió a mirar al joven, pero ahora con verdadero interés. Aunque Pepe Molina no era muy psicólogo, ninguno de aquellos matices pasó para él inadvertido, tal era la atención con la cual los observaba. Pero en quien la noticia causó verdadero entusiasmo fué en don Gumersindo. ¡Ahí era nada! ¡Tener un secretario grande de España!

—Te lo aconsejo, te lo aconsejo—decía, inflado de vanidad—. Es preciso conservar los grandes prestigios históricos... los prestigios... pues... los prestigios que dan al Estado brillo y a la aristocracia legítima influencia... En cuanto pueda ayudarte, ya sabes que me tienes a tu disposición.

—Mil gracias, don Gumersindo—siguió el

Biblioteca Pública de Pontevedra

muchacho, sin quitar ojo al pavo real—, pero creo que no hará falta. El asunto es fácil... descendencia directa, por línea de varón, del primero y del último poseedor; además, quien realiza los trabajos necesarios es nada menos que don Fulano—aquí el nombre de un eminente historiador—y me dice que todo marcha muy bien. En fin, allá veremos. A mí, personalmente, no me importa gran cosa; pero mirando al porvenir...

—Sí, eso es, mirando al porvenir, dices muy bien. El porvenir... pues... es decir, lo que aun está por venir... ¡Ah! ¡El porvenir! ¿Qué sería de la patria si no tuviese porvenir? Nada, muchacho, que desde este momento, para mí como si ya fuese cosa hecha. Diré a los criados que te llamen señor conde...

—¡Por Dios, don Gumersindo! ¡De ninguna manera! ¿Y si luego no resulta?

—¿Pues no ha de resultar, hombre? ¡No faltaría otra cosa!

El resto de la tribu también felicitó calurosamente al joven, augurando asimismo un éxito seguro. Tan sólo Fanny guardaba prudente reserva. Pero por sus bellos ojos pasaban ráfagas fugaces y en el entrecejo se fijaba una tenue arruguita transversal. ¿Sería cierto? En tal caso, ¿convendría matricular a Pepito en la lista de los *posibles?* ¿Pasaría el villaviejano de la humilde clase de los cimbeles a la mucho más ho-

Biblioteca Pública de Pontevedra

norífica de las alondras cazables? Sería curioso... Pero ¿quién sabe? Que tenía dinero largo era verdad; que cada día se iba colando un poquito más adentro en el cogollo social, aquel tabernáculo del cual ella seguía siendo aún catecúmeno no admisible a los misterios, también lo era. ¡Si, además, caía aquella grandeza tan lucida...! Sería curioso, muy curioso...

Pepito interpretó lo que en el cerebro de la diosa acontecía como si del corazón procediese. Sí, Fanny le amaba y el ver que él se elevaba hasta su propio nivel social era para ella motivo de singular contento. Ya no existiría obstáculo alguno capaz de oponerse a los impulsos de su alma, sin duda alguna pura y apasionada. El contento que esta certidumbre causaba en el muchacho le hacía olvidar la molestia de haber enjaretado todas aquellas noticias que, aunque en rigor sólo eran mentiras a medias, podían por lo menos ser tachadas de prematuras. Pero el chico perdonaba el bollo por el coscorrón y no le parecía caro el precio de sus averiguaciones sentimentales.

El presunto conde de Malpartida salió de casa del respetable hombre público con los honores debidos a su alta jerarquía, y muy contento. Fanny, al despedirle, le había estrechado largamente la mano, mientras sus ojos, brillantes y acariciadores, se fijaban rendidos en los suyos.

Biblioteca Pública de Pontevedra

II

En el corto plazo de un mes, el señor de Molina vivió más intensamente que en tres o cuatro años de su existencia anterior. Con rapidez vertiginosa, los sucesos más importantes, de mayor transcendencia, más complejos y varios, se sucedieron durante aquel memorable agosto apresurados, empujando los unos a los otros, cayendo en confuso montón, sin tregua ni reposo. No acababa uno de desarrollarse, cuando ya otro venía impaciente a reclamar su sitio. Y apenas éste comenzaba a delinearse con enérgicos y firmes trazos, otro, no menos deseoso de exhibirse, salía repentino a la palestra, exigiendo ancha plaza.

Con toda regularidad, el Casino Municipal, el Bellevue, los de San Sebastián y de Pau en las frecuentes excursiones, se tragaban crecidas sumas de dinero, sin que ni una vez la ciega suerte quisiera mostrarse propicia. Pepito llegó a gozar altísima fama de jugador desventurado, cosa que, para la galería, es de mucha mejor calidad que la contraria. Al que gana, se le envidia, pero al que pierde, no se le exige más que gesto gallardo para otorgarle la más ferviente

Biblioteca Pública de Pontevedra

admiración. Y el muchacho aparecía siempre contentísimo al final de las *coladas*. Bastaba que él arriesgase sus posturas al encarnado para que los billetes y las fichas lloviesen sobre el negro. Además, todo el mundo le pedía dinero, cosa en verdad harto lógica; entre que se lo llevase la banca o los amigos, no cabía vacilación. Todo ello, al final del veraneo, llegó a componer una suma muy crecida, pero Pepe prefería no enterarse de ello. Hasta Madrid no quería echar cuentas.

En cambio, las cartas de Gosálvez, portadoras de noticias muy halagüeñas, se sucedían de semana en semana. La cosa marchaba a pedir de boca. El erudito llevaba sus trabajos con un método y con una lucidez de lo más perfecto. El árbol genealógico de los Molinas elevaba ya sus frondosas ramas hasta el siglo XIII, apareciendo multitud de entronques con las casas más egregias de toda España. Muchas eran las veces que su savia había ido a robustecer otros linajes no menos ilustres, muchas más aún, aquellas en las cuales había recibido de ellos elementos de preclara vida. Ciertamente, los derechos de rebusca, el papel sellado, los aranceles de las legalizaciones notariales, las propinas a los que aquí y acullá, en todos los más apartados rincones de la península, se ocupaban de la difícil captura de datos tan complejos, habían evaporado prontamente los cinco mil duros de la pri-

Biblioteca Pública de Pontevedra

mera remesa destinada al efecto, y era preciso enviar más. «Pero no vaciles—repetía por enésima vez el gato—, que don Gumersindo *apoquinará* en gordo.» Pocos días después, llegaban nuevas más satisfactorias aún: «El erudito ha recibido las veinticinco mil pesetas *del ala* que para él me enviaste, cosa que llegó muy a tiempo, pues le ha permitido lanzarse por nuevos y fructíferos derroteros. Ahora se ocupa en buscar el entronque con la casa de Malpartida, en la cual el apellido Molina aparece repetidamente. Además, es seguro que una hermana de la tercera abuela de tu padre, que se llamaba doña Catalina de Herrera los Ríos y Córdoba, era cuñada del conde de Malpartida de aquellos tiempos, pero que había habido un matrimonio *a trueque*, es decir, que una hermana del conde había casado a su vez con tu cuarto abuelo don Antonio de Molina Alvarez de Cáceres y Bejarano.» Pepito, al leer esto, se armó un lío formidable. Pero el gato, a la semana siguiente, se encargó de deshacerlo: «¡Eureka! No lo decimos ni Arquímedes ni yo, sino el propio erudito. ¡Ha encontrado! ¡Ha encontrado! Ya están en su poder los documentos acreditativos de cómo desciendes directamente de los Malpartida, y, por consiguiente, de tu derecho a suceder en el condado. Le he pedido una nota explicándolo todo, para enviártela en seguida. ¡Enhorabuena, señor conde!» Ciertamente, en lugar de la pro-

Biblioteca Pública de Pontevedra

metida nota, llegó, a poco, otra carta un tanto molesta: «Han surgido algunas dificultades imprevistas. Una partida de bautismo y dos de matrimonio, necesarias para establecer el entronque, no aparecen ni vivas ni muertas. Es una contrariedad, sin duda, pero el erudito afirma que no hay peligro alguno, y que todo obedece a que en no sé qué aldeas perdidas en las fragosidades de la sierra, no buscan bien. Tal vez haya que hacer un viaje, que originará algunos gastos, como es natural. Yo creo que bastará con tres o cuatro mil pesetas, pero, por si acaso, espera nuevas noticias.» Las noticias, cinco días después, eran de lo más favorabe: «el viaje es cosa decidida. El erudito—bien puedes agradecérselo—está dispuesto a emprender una exploración capaz de dar envidia a los Peary y a los Livingstone; en cuanto le envíes los mil duros—¡pobre megaterio! ¡Qué caro le sale el ver a Fanny dama de la Reina!—necesarios para ello, saldrá para un recorrido fantástico, por países sin carreteras, sin fondas, sin mesones casi, donde uno de tus abuelitos tuvo la feliz ocurrencia de ir a casarse. Pero está seguro de que las famosas partidas sacramentales existen, y esto es lo principal. Una vez en posesión de ellas, coser y cantar. Envía lo antes que puedas el dinero.»

Pepito se apresuraba a llevar a Villa Fanny las buenas nuevas del asunto. Don Gumersindo

Biblioteca Pública de Pontevedra

las recibía con alborozo, pero al mismo tiempo como cosas perfectamente seguras y lógicas que no podían ocurrir de otra manera. El éxito para él era algo descontado de antemano, inmediato, infalible. Y esta seguridad, viniendo de tan segura fuente, se transmitía a la diosa, que ya no dudaba. ¿Cómo dudar, en efecto, si aquel eminente erudito, autoridad suprema en la materia, lo afirmaba, y si hombre tan influyente y enterado como su padre no vacilaba en ratificarlo? Además, el golpe decisivo no tardó en llegar. Pepito, una tarde, anunció que había enviado aquel mismo día a Madrid la instancia, por medio de la cual solicitaba la rehabilitación, en su persona, de los títulos de conde de Malpartida y de marqués de Caprara, ambos con las grandezas que llevaban anejas. Hecho esto, sólo cabía esperar que la tal instancia recorriese los trámites burocráticos necesarios, es decir, un par de meses.

Y la muchacha, gradualmente y señalando en ello una etapa cada remesa de noticias, iba rindiéndose suavemente a las ya entonces nada disimuladas insinuaciones del afortunado joven. Ya, cuando él le hablaba de amores, no le ponía cortapisas, antes al contrario, parecía recrearse en ello, y si bien aun sus labios no contestaban, los ojos lo hacían dulcísimos. Había Fanny calculado que entre los *posibles* que le quedaban después de la decepción del duque

Biblioteca Pública de Pontevedra

de Sagunto, ninguno sobrepujaba a Pepito en nada, y que, además, todos ellos eran harto problemáticos, mientras que el villaviejano ofrecía las mayores garantías de seguridad imaginables. Y en último caso, aun si de improviso surgiese alguno de mejores condiciones, ella contaba con llevar aquella intriguilla en forma tal, que en cualquier momento y dado que transparentase al exterior, apareciese con todos los caracteres de un simple amorío veraniego exento de transcendencia. De modo que estaba perfectamente dispuesta a otorgar el sí anhelado, y lo único que quería ahora era hacerlo desear para darle más precio.

Pepito y ella—con harto asombro de los amigos del muchacho, que no acertaban a comprender cómo tan gran personaje podía descender hasta semejante cursi—se veían por las mañanas en la playa, donde él tenía ancho campo para dar suelta a la inspiración. Hablaba el poeta poniendo en sus palabras el corazón todo, abriéndolo ante la hermosa de par en par y mostrando los tesoros de ternura que encerraba. Su sincesidad era igual a su elocuencia, afluyendo rauda en oleadas impetuosas. Fanny, haciendo, cual es de reglamento, garabatitos en la arena con el regatón de la sombrilla, le escuchaba pensativa, fijos los ojos en el suelo, alzándolos de vez en cuando para posarlos, luminosos y profundos, en los del enamo-

Biblioteca Pública de Pontevedra

rado. Así transcurrían veloces las horas, y en el momento de la despedida siempre le quedaban al doncel mil cosas por decir. Afortunadamente, no bien terminado el almuerzo, Pepito se iba a la morada del estadista, donde, después de un rato de tertulia general, Fanny hallaba siempre algún pretexto para pasear por el parque a solas con el mancebo. Pepito volvía a coger el hilo de su monólogo, eterna y dulce querella de su alma. Contaba cómo, desde el primer momento, su voluntad había quedado presa de la de la hermosura de la amada y la forma en que él había recibido la cadena cual dón del Cielo; cómo, en vez de rebelarse contra la esclavitud, había, día por día, momento por momento, remachado sus eslabones hasta hacerlos inmortales; refería sus dudas, sus tormentos, sus celos, no por imprecisos menos torturantes; sus esperanzas, muchas veces heridas cruelmente, jamás muertas, siempre de nuevo pujantes y avasalladoras. Pedía, por fin, una limosnita de afecto, seguro de poder pagarla con tesoros de amor inmenso. Y en seguida volvía a empezar, hallando de cada vez palabras nuevas y más expresivas, conceptos más ardorosos, juramentos más encendidos.

Llegó un momento en el cual Fanny ya no pudo limitarse a escuchar en silencio. Fuerza fué para ella el decir a su vez algo. Comenzó, pues, por reprochar mansamente al muchacho el que

Biblioteca Pública de Pontevedra

viniese a turbar la paz de un corazón que hasta entonces había vivido tan sólo al calor del hogar, en la veneración por su ilustre padre, en el cariño por su santa madre, en el afecto por sus inocentes hermanitas. Ella, Fanny, no sabía lo que era el amor, pero por instinto lo temía; y lo temía, más que por nada, porque estaba segura de que cuando diese el suyo lo daría por entero, sin reservas egoístas, sin vacilaciones, para siempre, y un desengaño... (Aquí las más fervientes, las más apasionadas protestas por parte de Pepe.) Sí, sí, Fanny le creía; Fanny estaba convencida de que él era bueno y leal y de que sentía por ella un poquitín de afecto. Pero ¿y si luego la olvidaba? ¿Qué sería de ella en tan amargo trance? Era, pues, preciso que él, Pepe, hiciese un detenidísimo examen de conciencia para llegar a la absoluta certeza de que su amor era tal y como él se lo figuraba, y no capricho pasajero, capaz de desvanecerse con un soplo. Además, ella, Fanny, hija modelo, no tenía voluntad propia; seguía siendo la niña obediente y sumisa en la cual mandaban sus papás como mejor les acomodaba. No, no podía, pues, decidirse a dar un paso tan grave sin contar con su aquiescencia. Así, pues, era preciso dar tiempo al tiempo, meditar mucho, no dejarse arrastrar por arrebatos irreflexivos... Ciertamente, él, Pepito, le era en extremo simpático; como nunca había amado, no sabía si lo que por él

Biblioteca Pública de Pontevedra

experimentaba era amor; pero sí estaba segura de que ningún otro hombre en el mundo ocupaba hueco mayor en su pensamiento que él... Por lo demás, ella, Fanny, no tenía ambiciones mundanales; quería tan sólo ser amada para, a su vez, amar ella mucho, mucho, eternamente... ¡Oh, qué dulce debe ser eso!

Pepito, lleno de fuego, le explicaba entonces lo que amor era. Jamás en labios mortales el indefinible sentimiento había hallado expresión más justa, más elevada, más altisonante. El poeta, arrebatado por sus propias palabras, llegaba sin fatiga a la cumbre del lirismo. Fanny escuchaba de nuevo, ahora visiblemente conmovida. Su seno se alzaba y deprimía anhelante, su mirada se nublaba... mientras, por dentro, calculaba cómo sería más bonito llamarse, si «condesa de Malpartida, marquesa de Caprara» o «marquesa de Caprara, condesa de Malpartida».

Y una hermosa tarde, a fines de agosto, cuando el sol se hundía en el horizonte y las lejanías del Pirineo se teñían de suavísimo color de violeta, Fanny arrancó la rosa que llevaba en el pecho y, deslumbrándole con el rayo celeste de sus ojos, la encerró en la diestra temblorosa del mancebo.

Biblioteca Pública de Pontevedra

III

—Vaya, menos mal—dijo el médico lavándose las manos—. De ésta ha escapado, pero el batacazo ha sido bueno.

—¡Espantoso!—gimió Carlitos Melendreras, que, con un brazo en cabestrillo, estaba medio derrengado en una silla.

Pepito, la cabeza envuelta en gasas sanguinolentas, yacía aún en la cama de operaciones en un estado de semimodorra muy dulce. No le dolía nada; parecíale como si el espíritu se hubiese ya desprendido de sus envolturas carnales y flotase en una nube difusa e incolora, un poco entumecido, sin pensar en nada concreto. Las ideas eran sencillas, suaves, mal definidas, también nubosas. No se ligaban las unas a las otras, sino que se sucedían tardas e inconexas, sin dejar rastro, olvidadas tan pronto como producidas. Era algo parecido a la primera infancia, si las sensaciones de los parvulitos pudiesen dejar memoria. Pepe Molina estaba en aquellos momentos naciendo otra vez.

Así lo creía Enrique Casa-Tejera. «¡Ha nacido, ha nacido hoy!», repetía continuamente. Porque, señores, la cosa había sido tremenda.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Era preciso haberla visto, como él la vió, para darse cuenta de su magnitud. ¿A quién se pudiera ocurrir, no siendo a aquel loco, que se alegraba de que le diesen pases en contra y andaba tonteando con una de las de Esparragüera, y no había conducido nunca más que cochecillos modestos, agarrar el volante de un Rolls de cuarenta caballos? Era forzoso que se estrellase y un verdadero milagro el no haberse dejado los sesos en el sitio.

Rodrigo Medina-Zahara también había augurado mal de la dichosa compra. Era mucho automóvil para *chauffeur* tan novato y el meterse a guiarlo sin más ni más, audacia semejante a la del que se iniciase en la equitación montando un pura-sangre de carreras. Pero como el herido era su amigo, no quería abandonarle en aquel trance. Allí estaba, desde el momento en el cual se enteró del suceso, y allí estaría hasta que el pobre Pepito se pudiese servir por sí mismo.

También don Gumersindo había hecho a la casa de socorro el honor de que su importante personalidad la visitase. Pero la vista de la sangre turbaba el sensible corazón del estadista, y éste, muy contra sus deseos, no pudo penetrar en la sala de operaciones. Sin embargo, antes de abandonar el local, no dejó de hacer sesudas consideraciones acerca de la «temeridad de la juventud» y de los «mártires del Progreso»

Biblioteca Pública de Pontevedra

(siempre con P mayúscula) ante el alcalde de Biarritz y de afirmar que allí, en aquella linda ciudad, estaba él para cuanto se ofreciese al herido. «Este señor—añadió confidencialmente a la autoridad municipal—es el conde de Malpartida... un gran personaje español... unido a mí por vínculos muy estrechos y que tal vez, un día, aún lo sean más... Me permito, pues, recomendárselo a usted, señor alcalde... ¡Ah, yo soy un entusiasta de la noble Francia, que ha sabido, eso es, que ha logrado unir la libertad con el orden! Porque, es lo que yo digo: mucha libertad, pero mucho orden. La libertad sin orden es... pues... como si dijéramos... eso es.»

Y el eminente ex-ministro, que desde que pisaba tierra francesa no se quitaba de la solapa la roseta de comendador de la Legión de Honor, se la metía por los ojos al pobre alcalde, que tenía que contentarse con las Palmas Académicas.

Era ya por los últimos días de septiembre. La desbandada de los veraneantes se había iniciado, y don Gumersindo, ante la inminencia de una modificación ministerial que quizás le deparase por fin el logro de su sueño dorado, la cartera de Gobernación, se disponía a regresar a Madrid con todos los suyos. Pepito, naturalmente, seguiría dos días después a su novia. ¡Su novia! Porque Fanny y él eran novios, por todo lo alto y ya desde un mes antes. Entonces fué cuando ocurrió el trágico suceso.

Biblioteca Pública de Pontevedra

La culpa era de aquella tonta de Pepita Cárdenas, que había abusado de la sencillez columbina de la pobre Fanny, forjando en ella una idea absurda. Porque es de saber que la señorita de la Albufera clasificaba a los hombres por sus coches. El que no tenía automóvil no existía; aunque se pasease por la calle de Alcalá y por Recoletos, aunque acudiese a teatros, casinos y reuniones, aunque diese las pruebas más concluyentes de su presencia en la superficie del planeta, todo era ilusión vana; nada, que no existía. El propietario de un Ford, como si no existiese; no podía negársele el derecho a la vida, pero a condición de que no usase de él: era un ser viviente honorario, pero nada más. Los dueños de los Berliet, de los Hudson, de los de Dion y demás marcas vulgares, podían alternar, siempre en plano secundario, naturalmente, pero, en fin, alternar con las personas decentes. El poseedor de un Cadillac o de un Packard entraba por derecho propio en la categoría de los personajes. Y el que sostenía un Rolls, ¡ah, el que sostenía un Rolls!: el que sostenía un Rolls era un hombre aparte, un elegido, un semidiós. Y Pepito había podido escuchar cómo la tal tocaya exponía elocuentemente su idea ante Fanny y cómo ésta iba, sin esfuerzo alguno, sumándose a su opinión. La de la Albufera, al hablar de cierto prócer, había dicho, como prueba concluyente de su situación excep-

Biblioteca Pública de Pontevedra

cional en el mundo y quedándose luego pensativa:

—¡Tiene un Rolls!

Y Fanny, con no menores síntomas de preocupación, había repetido:

—¡Tiene un Rolls!

Pepito, a la mañana siguiente y sin regatear, se compró un Rolls. Era un magnífico vehículo, nuevo, flamante, que daba a la vez las sensaciones de poder y ligereza, de fuerza y agilidad. A lomos de tan maravilloso artefacto, la distancia no debía existir. Suave y preciso, el soberbio coche realizaba el milagro de suprimir el tiempo y el espacio. Y el chico de Molina, acompañado de su amigo y distinguido *conocedor* de automóviles, Carlitos Melendreras, salió, camino de Hendaya adelante, empuñando la dirección de su suntuosa compra. A los cien metros, ya estaban, coche, conductor y viajero, en el fondo de un barranco.

Afortunadamente, Enrique Casa-Tejera regresaba de San Juan de Luz en su *voiturette* y no sólo pudo dar la voz de alarma, sino también prestar los primeros auxilios a los heridos. Pronto se reunió gente, entre la cual se hallaba un médico. Reconocidas por éste a la ligera las víctimas, su dictamen fué que Melendreras tenía tan sólo una fuerte distensión de los músculos y tendones del brazo derecho, pero que el estado de Pepito era más grave; había conmoción ce-

Biblioteca Pública de Pontevedra

rebral, *shok* traumático, heridas extensas y profundas y tal vez fractura de algún hueso del cráneo. Era preciso, pues, trasladarle sin demora y con las más exquisitas precauciones a la casa de socorro más inmediata. En cuanto al coche, podía darse por completamente perdido, según, a su vez, dictaminó Casa-Tejera.

Y la trágica procesión emprendió la marcha. Precedíala un grupo de chiquillos, detrás de los cuales y rodeado de algunos curiosos, venía Melendreras, renqueando, jurando y refiriendo a gritos, a todo el mundo, los menores detalles del suceso. Por fin, entre otro grupo mucho más numeroso, al cual dos gendarmes mantenían a cierta distancia, avanzaba lento el coche de Enrique Casa-Tejera, en el que, convenientemente extendido, iba Pepito, inerte, sin sentido, el simpático rostro lleno de sangre y tierra. Parecía un muerto, y por tal le reputó la multitud cuando, con extremos cuidados, lo bajaron del coche para meterlo en el benéfico establecimiento.

La triste nueva, convenientemente abultada, se supo a los pocos minutos en *Royalty* y en *Miremont*. Pepito se hallaba gravísimo y Melendreras en muy serio peligro. Un cuarto de hora después, recorría los *halls* de los grandes hoteles y allí, ya estaba Molina muerto y Carlitos con la extremaunción. Cuando llegó al *golf*, había cinco cadáveres, dos con nombres conocidos, los otros tres provisionalmente anónimos. Y en

Biblioteca Pública de Pontevedra

esta forma vino a parar en los oídos de Fanny, quien se inmutó horriblemente. Estaba en desgracia: Sagunto se casaba con otra, Molina se hacía trizas cuando más seguro lo tenía. Con frases breves, rabiosas e imperativas, intimó a su venerado e ilustre padre la orden de volar en busca de noticias fidedignas. Y el estadista, obediente y hecho un palomino atontado, salió corriendo, sin dirección fija. Gruesas gotas de sudor surcaban su cara abotargada; la barriga, libre del corsé que, en público, siempre la ceñía, se balanceaba a uno y otro lado, quitando libertad a las cortas piernas gordezuelas. Interrogaba ansioso el repúblico a todos los transeuntes, no obteniendo otra cosa que respuestas vagas y desorientadoras. Por fin, alguien le dió un dato concreto: las víctimas del accidente estaban en tal casa de socorro.

Hasta el regreso de don Gumersindo, el pavo real no vivió. Febril, recorría una y otra vez las carreras del parque doméstico, aquellas mismas carreras en las cuales, horas antes aún, Pepito vertía incansable los claros chorros de su inspiración amatoria. A cada ruido de ruedas, la muchacha se precipitaba hacia la puerta; pero ninguno de los muchos coches que pasaban era el esperado. Llegó un instante en el cual Fanny, en el paroxismo de la excitación, pensó en ir ella misma adonde fuese; pero cuando se disponia a franquear la salida, en pelo, de cualquier

Biblioteca Pública de Pontevedra

manera, un *sapin* se detuvo ante la villa. De él descendió don Gumersindo, haciendo con la mano signos tranquilizadores.

—Nada; exageraciones de la gente—se apresuró a gritar el insigne orador, medio ahogado—. Pepito, bien, relativamente... el pronóstico grave del médico de la carretera, no confirmado... No hay hueso roto; la conmoción va pasando... Reposo, tranquilidad... Ahora lo llevan al hotel.

Fanny creyó que le quitaban una montaña de encima del pecho. ¡Sería condesa de Malpartida! ¡La suerte no se ensañaba con ella! Pero el susto había sido de los gordos. Y la muchacha, radiosa, decidió que era preciso, en seguida, ir a ver al interesante enfermo.

—Mujer, la verdad—se atrevió a insinuar don Gumersindo—; a mí me parece... no sé si estará bien...

—Estará mejor que bien—contestó la hermosa, en tono que no admitía réplica—. Es lo menos que podemos hacer por él. Si tú quieres venir, vienes, y si no, iré yo sola.

—No, no, iremos juntos—repuso el prohombre, lanzando una mirada de desesperación a la cómoda butaca de mimbres, forrada de almohadones—. Cuando quieras.

Cuando Fanny llegó a la cabecera de su novio, hacía ya algún rato que el pobre muchacho reposaba en su propio lecho. Se había despeja-

Biblioteca Pública de Pontevedra

do mucho, recobrando el uso de sus facultades mentales con toda claridad. Pero lo sentía de veras, no pensando en otra cosa que en la desazón que se iba a llevar la diosa. Así es que, al verla a su lado, la impresión fué sobrado fuerte. Pero ella, con los mimos más adorables, con las miradas más dulces, pronto le devolvió la tranquilidad. El cuadro era encantador, y a Fanny no le faltaban más que el traje de enfermera y el brazal de la Cruz Roja para estar perfectamente en su papel. Pepito, al recibir de sus manos el vaso de agua azucarada, al sentir con qué suavidad, con qué cuidados ahuecaba su almohada y subía el embozo de sus sábanas, fué más feliz que hasta entonces lo había sido jamás en esta vida. Bendijo al accidente y dió por bien empleados los tolondrones de su cabeza y los miles de francos perdidos con el coche.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO VII

EL SOMBRERO GRIS

I

QUINCE mortales días tuvo que permanecer Pepito en la cama, antes de que los médicos le permitiesen alzar el vuelo. En aquel lapso de tiempo, don Gumersindo y su tribu habían regresado a Madrid, después de una ternísima despedida de los dos enamorados. Y el muchacho no veía el momento de tomar de nuevo el tren, camino de la Corte. Por fin lo pudo lograr, un poco maltrecho aún y todavía con un regular adorno de apósitos y vendajes en la cabeza.

En las largas horas de soledad del viaje, el joven villaviejano sostuvo una ruda batalla interior. Deseaba y temía al mismo tiempo hacer las cuentas de sus gastos veraniegos. Por un

Biblioteca Pública de Pontevedra

lado, comprendía muy bien la absoluta necesidad de que fuera así, para poner el debido orden en su hacienda; pero por otro, una repugnancia instintiva, mezclada con algo de pavor, le impulsaba a dilatar el momento, cuyos desagradables resultados veía por anticipado. Muchas veces tuvo la cartera de apuntaciones en la mano y otras tantas la volvió al bolsillo, dándose a sí mismo una corta tregua, con fútiles pretextos; ya era que la luz del coche-cama alumbraba mal; ya, que le dolía un poco la cabeza; ya, que estaba en el capítulo más interesante de la novela comprada en la estación. Pero las cifras fatídicas bailaban infernal zarabanda dentro de su cerebro, y cuantos más esfuerzos hacía para espantarlas, más tenaces y molestas volvían. ¡Oh, que había gustado muchísimo era seguro! Pero, en cambio, los resultados obtenidos, por su magnificencia, disculpaban el despilfarro: el amor de Fanny, la grandeza, las amistades escogidísimas. Además, la mala suerte le había perseguido, quizás como justa compensación de tantas dichas; aquel continuo perder en los casinos (desde que era correspondido, la superstición de «desgraciado en el juego...» se había evaporado en él un tanto), el volquetazo del automóvil... Era natural, ciertamente; no se podía, en este bajo mundo, gozar de una felicidad sin nubes. Pero es el caso que si el dichoso Rolls no estuviese en pe-

Biblioteca Pública de Pontevedra

dazos, era un bonito capital, del que, en un momento determinado, se podía obtener hasta ganancia; los coches subían, por aquel entonces, de precio. En fin, esto ya no tenía remedio. Peor era lo otro, pues para convencerse de que era «afortunado en amores» hubiera bastado muy bien con una o dos pruebas, lo más tres, y no había necesidad ninguna de una comprobación diaria. En este punto, Pepito se acusaba a sí mismo, con rigor; sí, había estado muy tonto; la misma Fanny, hasta la cual llegó el eco de su fama timbística, se lo reprochaba seriamente. Pero eso sí, aquello estaba muerto para siempre; tenía el firme propósito de no volver a jugar en su vida. Para ser elegante, no era preciso el vicio, ni mucho menos; él conocía a muchísimos señores de lo más escogido que no ponían jamás los pies en una sala de *recreos* o que, cuando por casualidad entraban en tales sitios, permanecían indiferentes, o si arriesgaban un durillo o dos, se quedaban tan conformes. Nada, nada, se acabó... Pero era preciso echar cuentas, y cuanto antes, mejor. ¡Ea, ánimo!... Bueno, esperaremos a pasar de Burgos; parece que el dolorcillo de cabeza se va despejando, y sería lástima, por un apresuramiento de una hora o dos, exacerbarlo.

Y pasó Burgos. y pasó Venta de Baños. Y fué preciso dormir, porque los médicos le habían prescrito con la mayor energía que reposa-

Biblioteca Pública de Pontevedra

se largas horas. A la cama, pues; ya despertaría en El Escorial o en Segovia, según el tren fuese por una u otra línea, y desde allí sobraba tiempo para hacer un balance detenidísino. Pepito, sin embargo, y pese a la orden de los facultativos, durmió mal. Eran aquellos maldecidos guarismos que, tercos cual moscones, no querían estar tranquilos. En vano el muchacho les pedía tregua hasta la madrugada, asegurándoles con toda formalidad que entonces se entregaría por completo a ellos, sumiso y obediente; en vano les exponía su triste condición de convalecencia, necesitado de reposo; en vano encedía un cigarro, cogía el libro, soltaba la imaginación por otros derroteros; la odiosa pesadilla volvía siempre a la carga, inexorable. Por fin, las exigencias orgánicas, tan poderosas, vinieron en auxilio del triste, que acabó por dormirse. Pero su reposo fué intranquilo, quizás algo febril, cortado brusca y repetidas veces.

En Segovia despertó definitivamente. Sin transición alguna pasó del sueño a la vigilia más lúcida, porque, puntuales, reclamando la ejecución de la solemne promesa, estaban los números funestos. Pepito comprendió que ya no era posible engañarlos, y además tuvo la intuición de que, una vez pasado el amargo trance, había de quedar más tranquilo. La cartera reapareció al exterior... pero entonces el muchacho sintió un miedo súbito e insuperable, im-

Biblioteca Pública de Pontevedra

posible de razonar; ya no había pretexto alguno; ni le dolía la cabeza, ni la luz del día era escasa, ni la novela, ya terminada, podía ofrecer interés alguno. No obstante, Pepito apretaba el liviano cuaderno con las dos manos, como si él solo se fuese a abrir y mostrar sus temerosas entrañas. Y el tren se acercaba raudo a Madrid, y las estaciones en las cuales no paraba iban quedándose atrás, perdidas en la lejanía no bien entrevistas un segundo... La idea absurda de que si llegaba a la capital sin haber hecho el terrible balance acontecería una catástrofe espantosa, se apoderó del cisne. Y sin embargo, no, no era posible; la cartera de apuntaciones volvió al bolsillo.

¡Villalba! El convoy se detiene un instante, cual si quisiera tomar vuelo para el último salto. Es una tregua postrera de minutos, que Pepito agradece con toda el alma, que le proporciona gratísimo descanso. Pero ¡qué corta! De nuevo la ondulante masa avanza vertiginosa; ya rebasa el apartadero del Plantío, ya la obscura mancha del Pardo se delínea en el horizonte... De repente, el muchacho, casi sin que la voluntad intervenga en ello, por instinto solamente, tiene ante los ojos las pavorosas columnas de cifras: doscientos, trescientos, quinientos mil francos... No logra darse cuenta de ello; su cabeza no consigue que las cantidades tengan una realidad verdadera. El cisne, presa

Biblioteca Pública de Pontevedra

de un marasmo intelectual indefinible, lee números y números sin orden ni concierto, sin conseguir hallar su atroz significado. Tan pronto le parece todo ello cantidad insignificante, como tesoro ingente. Se marea, se turba, la vista se le nubla... Un ruido atronador de plataformas aplastadas por el peso de los vagones, y Pepito cae desplomado, sin sentido, como muerto.

II

Gosálvez, que le esperaba solícito, fué quien le recogió y condujo al *Palace*. Aquel vahído—definía el gato—no era nada, un poco de debilidad, el cansancio del viaje; no debiera Pepe haberse puesto en camino tan pronto después de sus heridas; eso de salir del lecho y el mismo día meterse en el tren, había sido una locura; pero que, afortunadamente, no traería consecuencias desagradables. Pepito reposaría una hora, haría un almuerzo substancioso y después como si tal cosa.

Así lo creía también el paciente, al cual alegraban dos ideas por igual gratas: la de que, horas después, vería a Fanny, y la de que ya tenía un pretexto para convencerse a sí mismo de la

Biblioteca Pública de Pontevedra

necesidad de no echar cuentas en una temporada. Sí, tenía razón Micifuz; su cabeza no estaba aún muy segura, y el dedicarla a cálculos tan complejos era un desatino. En unos días, cuando las últimas reliquias del golpetazo hubiesen desaparecido, sería el momento de poner orden en sus asuntos y de trazarse para lo sucesivo un plan inflexible. Porque, eso sí, Pepito estaba firmemente resuelto a ser un administrador meritísimo. Se habían acabado las locuras.

Las sabias prescripciones médicas de Gosálvez se cumplieron al pie de la letra. El viajero, no bien llegado a sus habitaciones, se metió en la cama. Pero antes tuvo el singular placer de enterarse de una dulcísima esquelita que le esperaba sobre la mesa. Era la bienvenida y la cita para aquella tarde en las carreras de caballos. Tan deliciosa lectura acabó de disipar su pasajera desazón, y el joven, acompañado del gato, hizo los honores a un buen almuerzo. Comió con apetito y el buen humor recobró sus fueros. Además, ¿quién era capaz de estar triste al lado de aquel demonio de Micifuz? Las cosas que contó, las anécdotas más o menos veraces, los colmos, los timos de novedad que, cual chorro de fuente inagotable, brotaban de sus labios, hubieran hecho desternillarse a un cartujo. Pero Pepito tenía impaciencias grandes por enterarse de cómo marchaba el asunto de la grandeza, del cual no sabía nada desde antes

Biblioteca Pública de Pontevedra

del accidente. Al encender los cigarros puso la cuestión sobre el tapete.

¿Que cómo marchaba? Pues muy bien, naturalmente. El erudito, por fin y tras de una odisea divertidísima por los sitios más raros de la península, había puesto la mano sobre las famosas partidas sacramentales. Pepito tenía su árbol genealógico completo casi desde el padre Adán. Bueno, como descender de los condes de Malpartida, lo que se llama descender, no descendía; pero esto era lo de menos. Cierto que el Real decreto que marcaba reglas para las rehabilitaciones establecía terminantemente que tal condición era precisa; pero... hecha la ley, hecha la trampa. El erudito había hallado en el mismo decretillo hasta quince o diez y seis maneras de falsearlo. Si el artículo tantos decía blanco, el cuantos decía negro, y todo era cuestión de intepretar las cosas en una forma o en otra. Además, el verdadero obstáculo, el que no se presentase nadie a reclamar aquellas dignidades con mejor derecho, ya estaba salvado. Ya hacía tiempo que las páginas de la *Gaceta* habían anunciado la solicitud de Pepito. Y en último caso, si se presenta otro, que se presente. Con darle unos cuantos miles de duros, al cabo de la calle. Y como los tales dineros habían en definitiva de salir de las arcas de don Gumersindo... que *apoquinase*, que *apoquinase* el megaterio, que para eso únicamente estaba en el mundo.

Biblioteca Pública de Pontevedra

A pesar de las seguridades del gato, al cisne le sentaron como un tiro las tales noticias. La seguridad en el éxito que hasta entonces disfrutara se desvanecía por completo, dejando lugar a dudas sobrado serias. No se trataba de cómo interpretase el erudito las disposiciones legales, sino de lo que acerca de ello opinasen el ministerio de Gracia y Justicia, la Diputación permanente de la Grandeza de España y el Consejo de Estado, Cuerpos todos ellos que tenían que intervenir en el asunto y a los cuales no sería fácil dar gato por liebre. Cierto que la influencia de don Gumersindo podría hacer algo; pero ¿llegaría a todo? ¿Tendría fuerza para imponerse a la dichosa Diputación, en la cual no había políticos? Pepe Molina no lo veía muy claro; mejor dicho, aparecía a sus ojos harto turbio. ¿Y aquellos miles de duros de los cuales disponía Gosálvez con tanta facilidad? Bien se veía que no era él quien tendría que pagarlos... porque lo de que fuese el ex ministro quien al final los soltase, podría ser o podría no ser... También este punto estaba turbio, pero muy turbio. ¡Maldita contrariedad! Y ¡qué a tiempo venía! ¡Ahora, cuando Pepito estaba decidido a poner un orden severísimo en su hacienda! Ciertamente cabía esperar que no se presentase el competidor, al cual hubiera que comprar; pero Pepito tenía el presentimiento de que no uno, sino muchos, saldrían al momento a la liza y

Biblioteca Pública de Pontevedra

por todos los rincones. Y en ese caso... Total, que comenzaba a pesarle de veras el haberse metido en tamaño berenjenal; estaba seguro de que no hacía falta ninguna, de que Fanny, hubiera acabado por amarle por sí mismo, sin necesidad de otra cosa que su propio corazón, tierno y enamorado. Era injuriar a la doncella el suponerla capaz de... Sí, tal vez don Gumersindo en tal caso hubiera puesto algunas dificultades, llevado del amor de padre, que desea para sus hijos lo mejorcito en todo; pero Fanny lograría traérsele a la razón. Mientras que ahora... ahora, consentidos ambos, el prohombre y la muchacha en tal ilusión, sería desastroso un desengaño. ¿Y el dinero ya gastado? En fin, que por cualquier parte que se mirase la cosa era una calamidad.

El gato procuraba, a fuerza de sofismas y de optimismos, desvanecer los temores de su amigo. Podía estar tranquilo, perfectamente tranquilo. Las dificultades eran más aparentes que reales y se desvanecerían por sí mismas, como en infinidad de casos había ocurrido. ¿Qué se figuraba Pepito? ¿Que todas las dignidades nobiliarias estaban en poder de sus legítimos dueños? Si él, Luisito Gosálvez, quisiera, no le sería difícil mencionar, no cuatro ni cinco, sino cuarenta o cincuenta cuyos titulares tenían tanto que ver con los de otros tiempos como él con el moro Muza. Para corroborarlo, enjaretaba a granel

Biblioteca Pública de Pontevedra

nombres y nombres, sin pararse a averiguar la veracidad de sus afirmaciones, diciendo los primeros que se le ocurrían buenamente. Lo que sí precisaba el cisne era no cejar ni un instante, trabajar con mayor ahinco que nunca, no regatear...—«Pero ¿aún habrá que soltar más dinero?»—preguntaba Pepito aterrado—. «Hombre, puede que no. «Pero, ¿quién sabe? A lo mejor surge algo imprevisto que...»— «A lo peor, querrás decir».— «Bueno, a lo peor... aunque no, porque puedes estar convencido de que don Gumersindo...»

Pepe Molina decidió no decir una palabra de estas novedades ni a su novia ni a su presunto suegro. Pero, ¿qué contestaría cuando le preguntasen? ¿En qué serie de embrollos habría que hundirse? ¿Tendría la serenidad de espíritu suficiente para desenredarlos, para dar respuestas hábiles que mantuviesen viva la confianza del padre y de la hija? No se atrevía el muchacho a asegurarlo, antes al contrario, le parecía que habían de descubrir la mentira en su rostro. Y la cosa era inminente; Fanny, tal vez no; pero don Gumersindo no dejaría pasar la primera ocasión, con seguridad aquella misma tarde, para pedir nuevas de un asunto que tanto le interesaba. ¿Qué contestaría él, Dios mío? ¿Cómo dar verosimilitud a sus palabras? Bajo tan penosas impresiones, Pepito saltó de la cama y se dispuso a acudir al hipódromo en busca de su amada.

Biblioteca Pública de Pontevedra

III

Para la mejor inteligencia de este verídico relato, conviene saber que don Gumersindo tenía una ilusión oculta. ¡Ah, era algo dulcísimamente tentador, como un diablillo sutil y vaporoso que al oído vertiese palabras embriagadoras! ¡Era algo que producía delicias maravillosas, esperanzas inefables! ¡Algo que poseía el supremo encanto del peligro... cuando es fácilmente evitable! Digámoslo de una vez: el insigne hombre público ardía en deseos de acudir una tarde a las carreras con sombrero de copa gris.

Parecíale que tal aditamento era la suprema expresión de lo más refinadamente distinguido. Todas las veces que sobre la cabeza de alguien lo había visto habíale deslumbrado, produciéndole un sentimiento de veneración hondísima hacia su propietario. Don Gumersindo, al principio, se limitó a admirarle cual el turista admira la cúpula de San Pedro en Roma, sin la menor idea de que aquello pueda pertenecerle un día; los señores que lo exibían eran seres de distinta especie que la suya y mediaba entre él y ellos el abismo que separa a las castas en la India. Pero la serpiente, insidiosa, comenzó un

Biblioteca Pública de Pontevedra

día a anidar en su corazón. ¡Si él se atreviese! Pero no, no, no se atrevería; era demasiada audacia. Y sin embargo... don Gumersindo luchó bravamente contra la ilusión, si bien notando con terror que perdía terreno, que cada día los peligros aparecían a sus ojos un poco menos amenazadores... ¿Y por qué no atreverse? ¿Qué podía ocurrir? Pero no, no mil veces... ¡Huye, desvanécete, quimera de ensueño, deliciosa Circe, sirena embriagadora!

Pero la sirena, segura de su presa, volvía tenaz a su canto, lleno de falsías. Porque, aún no lo sabemos todo; aún nos falta por descubrir el fondo de la ilusión del estadista, aquello que casi no osaba confiarse a sí mismo. Don Gumersindo soñaba con dar golpe en el hipódromo, ciertamente; pero donde contaba con causar un efecto deslumbrador no era allí, sino a la vuelta, en su peña del Congreso, teatro habitual de sus grotescas vanidades. Sí, en aquella esquina del Salón de Conferencias, donde abundaban los hongos color ala de mosca y las chisteras desplanchadas. Y, en su imaginación calenturienta, se forjaba la escena y veía, palpaba, la admiración de los contertulios, cuando llegase hasta ellos, portador de la magnífica prenda y de sus naturales aditamentos: botines y chaleco blancos, *jaquette* negra con trencillas, guantes color de paja... ¡Ah! ¡Qué cara pondría aquel presumido de Morondánguez, ex gobernador de varias

Biblioteca Pública de Pontevedra

provincias, que no podía pasar veinticuatro horas sin hablar de cuando ponía la moda en Castellón de la Plana! ¡Oh! ¡Cuál se quedaría Golondrínez, que tenía un primo segundo ministro plenipotenciario y todos los días lo sacaba a relucir!

¡Terrible batalla! ¡Desaforado combate! Don Gumersindo llegó a estar obsesionado por su ilusión. Soñaba con ella, la veía flotar en la sopa, sentarse a su lado en los escaños legisladores, acompañarle en la calle, ser como su propia sombra. Llegó a padecer frecuentes distracciones que alarmaron a sus íntimos. Hubo un momento en el cual el ex ministro se declaró asimismo que ni no cumplía su capricho le costaría una enfermedad.

Una tarde don Gumersindo penetró subrepticiamente, rescatándose cual si fuera a cometer un crimen, indagando antes si por una u otra acera venía algún conocido, en cierta sombrerería a la moda. Una vez dentro, al punto recobró su natural aplomo; con voz entera y gesto sobrio demandó el artefacto soñado. Pero, de repente, su valor vaciló: el sombrerero le miraba con asombro.

—¿Un sombrero de copa gris? ¿Gris, dice usted, señor de la Esparraguera?

Don Gumersindo maldijo a los periódicos satíricos, que habían popularizado su esbelta figura hasta el extremo de que el sombrerero pu-

Biblioteca Pública de Pontevedra

diese reconocerla. Después, se sulfuró un poco: ¿por qué se asombraba aquel hombre? ¿No tenía él, el estadista, un derecho perfectísimo a comprar cuantos sombreros de copa grises y de todos colores le viniesen en gana? Sin embargo, no pudo eximirse de conceder una explicación.

—Es...—dijo—es para un amigo... un elector... que tiene exactamente mi misma cabeza.

El sombrero fué adquirido y, con precauciones de contrabandista, escondido en lo más alto del armario del respetable hombre público. Don Gumersindo estaba seguro de que nadie, absolutamente nadie, lo había visto penetrar en el domicilio. Este éxito le prestó ánimos para nuevos atrevimientos; en el secreto de su cuarto de vestirse, cerrada la puerta con doble llave y cuando nadie podía atisbar, el repúblico se permitía el supremo deleite de, ante el espejo, colocarse en la cabeza la maravillosa prenda. Se contemplaba largamente, ensayaba posturas, repartía saludos a diestro y siniestro; luego, con un suspiro, devolvía el objeto a su escondrijo. Dos horas después, se repetía la escena.

Pero, durante muchos días, el enamoramiento de don Gumersindo no pasó de tales platonismos. Era, sin embargo, forzoso el decidirse. El prohombre pensó en un término medio; ir a las carreras con sombrero de copa negro y, después, a la vuelta y en el coche, camino del Congreso, efectuar la sustitución. Pronto rechazó la

Biblioteca Pública de Pontevedra

idea; ¿y si luego venía al Salón de Conferencias alguien que hubiese estado en el hipódromo? Mejor era otra cosa: consultar el caso reservadamente con Fanny.

La diosa, en el primer momento, se quedó perpleja. Luego, reputó la idea como grandísimo desatino. Pero, sin embargo... bien miradas las cosas... si se tiene en cuenta que..., y, en último término, ¿por qué no? Sí, era una temeridad muy grande; pero ella había oído que la suerte ayuda a los audaces.

—¿De modo que tú crees que...?

—Yo creo que es una cosa elegantísima y que, por lo tanto, te corresponde.

—Sin embargo, ¿no temes que...?

—Yo no temo nada—repuso la altiva Juno—. Hoy mismo te compras un sombrero de esos, y mañana, que es domingo, al hipódromo con él.

Don Gumersindo se abstuvo de confesar que la adquisición ya estaba hecha. A pesar de las seguridades del pavo real, aún no las tenía todas consigo. Pero, entonces, en Fanny brotó una idea repentina. Sí, ella había visto en alguna parte... ¡Ah, sí, en el último número de *Vogue*!... ¡Sí, allí estaba! Y la muchacha puso ante los ojos de su insigne padre uno de los fotograbados del periódico: «Mr. Lloyd George en el *Great National* de Liverpool». Y don Gumersindo ya no vaciló; el estadista inglés usaba chistera gris.

Biblioteca Pública de Pontevedra

IV

Singular regocijo causó entre la selecta concurrencia la aparición del eminente hombre público en el *stand*, sombreada la pensadora frente por el elegante aditamento. Los cuchicheos, las sonrisas, las frases agudas seguían fieles sus pasos; pero don Gumersindo creía sinceramente que se trataba de entusiastas muestras de admiración.

—La sociedad de Fomento de la Cría Caballar—decía Enrique Casa-Tejera—no conoce sus intereses. Si hubiese anunciado en los carteles que este conspicuo adoquín iba hoy a presentarse así, se dobla la entrada.

—Sí que es curioso el espectáculo—opinaba Carita Quintanilleja—. El buen señor debía repetir la suerte en el circo de Parish, pero no en los palcos, sino en la pista.

—¡Número de sensación!—gritaba Arturito Carrascales—. ¡Pasen, caballeros, pasen! ¡Vean al *clown* tonto en lo más escogido de su repertorio!

Los elegantes de verdad, los que usaban conscientemente, sabiendo por qué, el sombrero gris, también tuvieron diversión larga con tal

Biblioteca Pública de Pontevedra

motivo. ¡Era mucho Esparraguera! ¡Lo que a él no se le ocurriese...!

Fanny, que tenía un poco más de sentido común que su padre, se olió la tormenta y sintió un sincero arrepentimiento por haberle empujado a tamaña barbaridad. Distraída, contrariada, oía sin escucharlas las ardientes palabras de amor, de contento, de esperanzas, que Pepito le prodigaba. Parecía al enamorado que un siglo entero había durado la ausencia, y las mil deliciosas minucias de la pasión pugnaban por salir todas juntas de su boca y de sus ojos. Pero Juno pensaba en otras cosas; que su padre estaba haciendo un ridículo formidable, lo veía ahora muy claro. Era un paso en falso, de los que tardan mucho en ser perdonados, de los que no se olvidan en largos años, de los que siempre salen a colación cuando menos se esperan... Dentro de mucho tiempo viviría aún en el repertorio social la anécdota de cuando el señor de la Esparraguera se presentó en las carreras con sombrero gris. ¡Qué contratiempo! ¡Cómo se reía la gente! La muchacha sintió vivos impulsos de poner fin a la grotesca escena, llevándose a su padre de allí con cualquier pretexto... ¡Pero aquel idiota de Pepito, que no se daba cuenta de nada y que quería a todo trance palique amoroso! ¡Sí, sí, para ternezas estaba el tiempo, cuando Fanny acababa de oir, a su misma vera, dicho por alguien que no la

Biblioteca Pública de Pontevedra

sabía hija del estadista, que por menos de lo que hacía don Gumersindo habían fusilado al capitán Sánchez!... Bueno, sí, ya lo sabía: que Pepito no la había olvidado ni un solo instante, y que, aun no bien repuesto, estaba allí para adorarla... ¡Qué fastidio! ¿Cómo salir, y pronto, de aquel atolladero? Pensó un instante en que le diese una convulsión, cayendo al suelo cual herida de muerte; claro, la gente se arremolinaría, la llevarían en brazos al puesto de socorro, y ello serviría de derivativo para lo otro. Todo el mundo se ocuparía de ella y, por consiguiente, dejaría en paz al condenado sombrerito. Pero al punto consideró que siendo ella la hija de su padre, el efecto sería peor aún. La convulsión era un buen recurso, pero en otra persona. ¿Por qué, Dios mío, no se moría de repente uno cualquiera de aquellos infinitos indiferentes que por allí andaban, aquella señora gruesa, por ejemplo, o aquel anciano que, con toda seguridad, maldito el papel que desempeñaba en la escena del mundo? Eso sí que sería bueno. También podía caer un rayo que partiese por la mitad al duque de Sagunto y a su prometida. Eso sería, no ya bueno, sino magnífico; ante la magnitud de tal suceso, el otro se desvanecería por sí mismo.

La diosa, nerviosísima, sentía crecer aún más du desazón al contemplar la magnífica inconsciencia del ilustre estadista. Don Gumersindo

Biblioteca Pública de Pontevedra

estaba plenamente convencido de lo rotundo de su éxito, y paseaba por el *stand* con la misma seguridad satisfecha que le había acompañado, siendo ministro de Marina, a pisar la cubierta de los acorazados. Hasta osaba acercarse al grupo de propietarios de caballos y de miembros de la Junta directiva de la Sociedad, ansioso de que, si por casualidad andaba por allí algún repórter gráfico, su elegante figura se inmortalizase en tan altas cumbres sociales. Y Fanny sentía cuál se le clavaban en el alma los gestos burlonamente indulgentes con los que todos aquellos señores recibían al político... ¡No, no era posible continuar así! La muchacha, ahora, estaba segura de que la convulsión le iba a dar, pero de verdad, auténtica, merecedora del éter y del bromuro... ¡Y para colmo de males, aquel pelmazo de Pepito, que se empeñaba en ser amado! «Sí, mi vida, ya sabes que te adoro... pero no estoy buena... tengo la cabeza pesada, un poco de vértigo, veo cosas raras... Sí, hombre, sí, seremos felicísimos, ¿quién lo duda?... Pero creo que debemos irnos. Sí, es lo mejor... Llama a papá, dile que no me siento bien, pero que, para no dar espectáculo, salga por detrás de las tribunas y nos espere fuera... un poco lejos, allá por Ríos Rosas... ¿No te parece que estaremos mejor en casita, solitos, sin que nadie nos estorbe?»

¡Ya lo creo que así lo creía Pepito! ¡Qué

Biblioteca Pública de Pontevedra

suerte, escapar de aquel barullo y restituirse a la intimidad del hogar! Voló en busca del prohombre, y, sin más ni más, le dió el recado de la chica. Don Gumersindo se asustó mucho.

—Pero, ¿es algo grave?

—No, señor, no, nada de particular. Pero quiere quiere que la gente no se entere.

--Bueno, pero ¿no es grave?

—¡Que no, hombre, que no! Ande usted de prisa.

El ex-ministro empezó a galopar, siguiendo obediente el recorrido dispuesto por la diosa. Estaba en desgracia; ¡tener que irse, en el momento en el cual mayor efecto causaba! Porque don Gumersindo lo había visto muy bien, sin que pudiese quedarle la menor duda: las señoras más elegantes, los caballeros más distinguidos le contemplaban largamente, con inequívocas muestras de satisfacción en las caras. A su paso, surgían las conversaciones, seguramente de lo más halagador para él. Pero, el deber ante todo. Su pobre hija, enferma, le reclamaba. A llevarla a casa, pues. Además, aún quedaba lo gordo, lo del Congreso. Allí sí que el golpe iba a ser sonado.

Pero Morondánguez, Golondrínez y demás insignes miembros de la tertulia política, no pudieron gozar aquella tarde del regalo que don Gumersindo les preparaba. Una vez en su domicilio, el eminente hombre público y venerado

Biblioteca Pública de Pontevedra

padre recibió una intimaciós categórica y precisa: orden terminante de no salir a la calle hasta nuevo aviso.

V

Fanny tenía una enemiga mortal en su íntima amiga la hija del ministro de Fomento. Bajo la apariencia de la más franca camaradería, ambas muchachas se odiaban cordiatmente, y para ninguna de las dos era un secreto su mútuo encono, formado de envidias. La diosa sabía que la otra había logrado colarse en la mejor sociedad y no podía perdonárselo; la otra, que era fea de manera perfectísima, consideraba un insulto para ella la beldad de su amiga. Pero ambas se temían, por lo cual la amistad podía conservar forma aparente. Sin embargo, cada cual tenía de la restante un largo capítulo de quejas pequeñas, alfilerazos que esperaban la ocasión propicia para convertirse en mortales estocadas.

Desde el principio de sus amores, Fanny había tratado de poner a Pepito en guardia contra las posibles mañas de su íntima. «La pobre Carlota—le había dicho—, como es así... un poco desgraciada de figura, sufre cuando ve

Biblioteca Pública de Pontevedra

quien no lo es tanto. Hay, pues, que perdonarle si algunas veces no puede contener su enojo y dice... tonterías... Yo me pongo en su caso: es muy triste el verse así.» Pero la taimada rubia se equivocó por esta vez. Pepito, en lugar de aborrecer a la envidiosa, la compadeció sinceramente. Lo que aquella infeliz sintiese contra Fanny lo consideraba como conmovedor homenaje a su hermosura soberana. ¡Sí, pobre, pobre Carlota! ¡Cuánto debía padecer!

El funesto día del estreno del sombrero gris, Carlota estaba en el hipódromo, en grupo con otras jóvenes del mejor mundo y con no pocos muchachos distinguidos. Pareció a la fea que era aquella ocasión magnífica para descargar sobre su amiga un golpe decisivo, cortando de raíz sus ansias de penetración en la alta sociedad. Si conseguía que el ridículo tan copiosamente cosechado por don Gumersindo cayese también de rebote sobre ella, cosa hecha. Y si además lograba que Pepe Molina se enterase, mejor que mejor. Un chico tan brillante como aquel, que iba para grande de España, no consentiría en casarse con quien socialmente se hallase tan desprestigiada. Y la cariñosa amiga, sin vacilación alguna, se lanzó a la pelea. Su numerosa y selecta compañía era para sus propósitos campo anchísimo y fructífero; al punto comenzó una serie de sangrientas bromas, que hallaron eco general, contra el respetable ex mi-

Biblioteca Pública de Pontevedra

nistro, pero en tal forma que, apuntando a éste, pegaban en Fanny. La diosa quedó en media hora hecha un guiñapo. El ingenio de la fea, excitado por el hondo rencor, se desarrolló espléndido. Cada nuevo dicho era más gracioso, más intencionado, más incisivo que el anterior. Carlota tuvo un éxito enorme, que aquella misma noche se extendió a todo el Madrid elegante. En las tertulias, en los salones, en los teatros, en los *clubs*, no quedó nadie que no riese de la mejor gana las agudas sátiras de la muchacha.

Pero aquello no era nada en comparación con lo que la fea tramaba. A la mañana siguiente Fanny recibió un anónimo, conteniendo todas las amenidades que a su costa eran la diversión de la Corte. Ni por un momento dudó la rubia de dónde procedía el golpe, y su disgusto fué grandísimo. Sí, no cabía duda: sus ambiciones de elegancia habían sufrido grave quebranto. Lo que importaba ahora era que Pepito no se enterase de nada, no fuese a hacer tal descalificación social mella en su amor. Fanny pensó en alejarle de Madrid por una temporada; pero ¿con qué pretexto? ¿Unos baños minerales, para completar la curación de sus tolondrones? No era posible; las temporadas oficiales, o habían terminado o estaban en las últimas. ¿Un asunto político? Don Gumersindo, bajo la imposición de la diosa, no vacilaría en decretarlo, envián-

Biblioteca Pública de Pontevedra

dole a Villavieja. Sí, tal vez esto fuese lo mejor: ya se arreglaría ella para que el cisne no pudiese volver en un mes o dos, lapso de tiempo que consideraba más que sobrado. Y con la decisión propia de su imperioso carácter, resolvió que el chico se marcharía aquella misma noche.

Por desgracia para ella, era ya tarde. Pepito poseía también su correspondiente anónimo. Pero el contenido del que le había tocado en suerte era muy distinto del que tan dolorosa desazón causó en el pavo real. Si en éste no había más que burlas despiadadas, aquél encerraba una insinuación gravísima, referente al secretario particular que había desertado de la grey esparraguista y a la propia Fanny. Barajando con arte algunas circunstancias fortuitas, la mentira aparecía con sobrados visos de verosimilitud. No era despecho por el fracaso de sus esperanzas lo que había movido a aquel muchacho a la defección, sino el hastío después del triunfo. Si el inocente Pepito, víctima de la falacia de tal Mesalina, lo dudaba, no tenía más que hacer que dirigirse al propio interesado. La fea sabía muy bien que el tránsfuga se jactaba sin reparo de haber merecido los favores de la hermosa.

Sin embargo, el efecto que el soez papelucho buscaba no se consiguió más que a medias. Pepito no quiso prestarle crédito alguno, pero no pudo eximirse de sentir un dolor vivísimo

Biblioteca Pública de Pontevedra

en el corazón. Ese algo que siempre deja detrás de sí la calumnia, quedó impreso en el alma del muchacho. Luchó bravamente consigo mismo, pero su victoria no fué completa. Y en tal estado de ánimo llegó aquella tarde a la casa de su amor.

Allí le esperaba un nuevo golpe: la orden de salir inmediatamente para Villavieja, con una misión complicadísima.

Pepito, en el primer momento, quedó como atontado. Una sola idea ocupaba por completo su mente: marchar, era preciso marchar, separarse de nuevo de Fanny. Y esta obligación se le presentaba como vacía de sentido, como algo inexistente, imposible, sin realidad. Pero, rápida, otra idea surgió al punto. ¿Tendría alguna relación, que él no acertaba a discernir, pero que el instinto le hacía sospechar, aquel súbito propósito de alejarle con el anónimo? Porque la comisión que le confiaban era harto fantástica; todo ello se podía arreglar con un par de cartas, mejor que por los oficios de embajador tan poco experimentado. Y en ese caso, ¿por qué querían hacerle poner tierra por medio? ¿Qué había pasado o, quizás, qué era lo que iba a pasar? ¡Oh, tortura espantosa! ¡Cuál las dudas, que é horas antes había sofocado con tal valor, renacían crueles! ¿Sería posible que Fanny...? ¡No, no; sólo el pensarlo era imperdonable delito! ¡La sombra de una sospecha, injusticia horrenda!

Biblioteca Pública de Pontevedra

Pero entonces, ¿por qué, por qué lo echaban de Madrid de manera tan impensada?

Fanny, que estaba en ascuas, no dejó de notar cómo el dolor del pobre muchacho se transparentaba en su rostro, y, si no toda la verdad, sospechó gran parte de ella. Sí, hasta Pepito habían seguramente llegado noticias, pero no las que ella temía, sino otras, no sabía cuáles, pero mucho más graves sin duda. No bastaba el sentimiento por la separación para explicar aquella trágica mirada, aquel rictus de los labios, aquel temblor de las manos. Un instante, la muchacha se desconcertó, creyendo inminente la catástrofe. Pero la viril energía de su temperamento pudo más que nada. La decisión de afrontar el peligro cara a cara se hizo en ella al punto, y además comprendió que tal vez fuese peor el remedio que la enfermedad. Pepito debía, pues, quedarse en Madrid y luego ya se vería quién vencía a quién. Y don Gumersindo, asombrado, no dando crédito a sus sentidos, se oyó llamar padre tirano que por una miseria política cualquiera así quería separar a dos corazones que no sabían ya vivir el uno sin el otro; vió correr algunas lagrimitas por las frescas mejillas de la sensible doncella, y con el aditamento de algunos pellizcos disimuladamente impresos en su brazo, sintió sobre su frente el beso filial, dulce pago por adelantado de la razón que había de dar a la humilde, pero encarecidísima

Biblioteca Pública de Pontevedra

súplica de que aquella maldecida comisión se confiriese a otro cualquiera que no fuese Pepito. El respetable hombre público a quien la verbosidad de la muchacha no permitía colocar ni una palabra, sólo logró hablar para conceder lo que de él se solicitaba.

¡Ah, Fanny podía, con justicia, no dudar de su talento y de su fuerza! Porque después de aquel golpe maestro, su victoria fué completa. Pepito ya no dudó ni un instante. Sí, sus temores eran infundados; sus sospechas, vanas; su felicidad, perfecta. Lleno de alborozo, pedía perdón *in mente* a la amada por haberla ofendido con el pensamiento. A punto estuvo de contarle la historia del anónimo; no lo hizo, sin embargo: temía al dolor hondísimo que la calumnia pudiera producir en tan sensible corazoncito.

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO VIII

EL CISNE SE DESPLUMA Y MUERE

I

La tregua que, para enterarse de sus finanzas, se había otorgado a sí mismo Pepe Molina llevaba trazas de convertirse en paz octaviana. Hacía ya tiempo que los últimos recuerdos del batacazo se habían evaporado; poco menos que, cierta noche, al acostarse el muchacho, había resuelto que al día siguiente pondría mano en el asunto. Pero por desgracia multitud de ocupaciones ineludibles vinieron a llenar casualmente la jornada aquella, sin dejar espacio para otras cosas. —¡Bah, es igual!—pensó el villaviejano—. Mañana será. Tampoco pudo realizarse esta vez su deseo, porque Melendreras vino muy temprano a despertarle para llevárselo a una expedición automovilística, y por la tarde

Biblioteca Pública de Pontevedra

y por la noche el amor recobró sus fueros. —Bueno, de mañana no pasa—pensó de nuevo Pepito, pero ya con menos convicción. Y así, poco a poco se había acostumbrado a, antes de dormirse, decir: «mañana». Ultimamente era ya un hábito. Al murmurar aquella palabra, el muchacho pensaba en otra cosa.

Pero, por desgracia, Alejandro Dumas ha dicho que en el mundo sólo hay dos cosas que no se pierden nunca: una buena acción y una letra de cambio. Pepito, en los últimos tiempos de su estancia en Biarritz, había realizado muchas de aquéllas, prestando dinero a diestro y siniestro, y firmado, a noventa días, una de éstas. Puntualísima, en la fecha marcada, hizo su presentación la susodicha. El chico de Molina se asombró de lo rápido que corre el tiempo.

La obligación de recoger el papelito hizo el milagro de que el muchacho estableciese su balance. Para pagar la letra vióse obligado a realizar algunos valores y, al acudir a su agente de Bolsa, éste se creyó en el deber de rendir cuentas. Intentó defenderse el villaviejano, pronunciando el tradicional «mañana», pero el otro se mantuvo firme y, quieras que no, los asuntos se pusieron en claro. Pepito, al volver al hotel, estaba mareado.

¿Cómo era posible haber gastado tanto? ¡Cuatrocientas noventa y cinco mil pesetas, es decir, casi la mitad de la herencia maternal ¿Por qué

Biblioteca Pública de Pontevedra

cauces se había deslizado aquel río de oro? Cierto que él, Pepito, recordaba tal dispendio y tal otro, y otro, y otro y todos; pero estos factores parciales, no lograba comprender cómo arrojaban aquel total aterrador. ¡Cerca de medio millón! Y estas palabras tenían para él un significado inconcebible. Desde su salida de casa del agente no cesaba de repetirlas; parecía como si las llevase escritas con letras de fuego en el cerebro.

¡Mala ocasión, a fe mía, la que eligió el gato para demandar un nuevo préstamo! A las primeras palabras, Pepito, hecho un basilisco, no sólo se negó en redondo a soltar un céntimo más, sino que pidió a su amigo estrecha cuenta de la inversión de los caudales gastados en el asunto de la grandeza. Había allí cosas que no estaban muy claras. ¿Cuál era, en definitiva, la labor de aquel erudito? ¿Qué había hecho hasta la fecha? Además, ¿en qué estado se encontraba la cuestión? Pronto, a responder a todo, pero sin tergiversar, sin involucrar absolutamente nada. Tenía derecho a la verdad concreta y era preciso contestar claramente.

Micifuz lo tomó por el lado de la dignidad ofendida. ¡Dudar de él! ¡Parecía mentira! Vergüenza debía darle a Pepito el proceder así. Tentado estaba, ya que su honor se ponía en entredicho, a no decir una palabra más y a marcharse para no volver. Así vería el ingrato quién

Biblioteca Pública de Pontevedra

era Luisito Gozálvez. Pero le daba lástima de él y, además, no podía arrojar de su alma el recuerdo de aquella fraternal amistad que los había unido. Sí, Micifuz era débil, y en vez de proceder con la energía que el caso demandaba y como muy merecido se lo tenía el cisne, la compasión le llevaba a decirle que aquel día precisamente le traía las mejores noticias imaginables. Ahora sí que la cosa iba de veras; ahora sí que la batalla estaba ganada; un último esfuerzo, y la Real Carta de sucesión en el bolsillo. ¿Por qué? Pues porque *teníamos* la seguridad de que el negociado de Gracia y Justicia informaba bien, y este informe favorable serviría de pauta para los de los otros centros, cual ocurría siempre. Y aun poniéndose en lo peor, aun en el caso de que la Diputación permanente o el Consejo de Estado discrepasen, no importaba nada, pues el ministro no había de vacilar en la elección; se quedaría con el informe de dentro de casa. Así había ocurrido en el caso del marqués de X... y en el del duque de Z... y en todos, hombre, en todos! Pero, en fin, ya que Pepito se ponía así, él le abandonaba a sí mismo. Se sospechaba de sus desinteresados servicios; ¡bueno, pues hasta nunca! Se iba con el corazón manando sangre, pero con la frente muy alta. Pero no sería sin hacerle el último y supremo favor: la adverrencia de que se despidiese de Fanny. Sin la grandeza, podía darse por desahu-

Biblioteca Pública de Pontevedra

ciado definitivamente. Y ya que su tacañería era tanta que no le dejaba desprenderse de los miserable seis mil duros necesarios para comprar al jefe del negociado, lo mejor que podía hacer Pepito era volverse a Villavieja y allí encenagarse, embrutecerse, sumirse hasta el cuello en su avaricia, renunciando al amor, a la gloria, a la ambición, a todo!

De tamaño fárrago, Pepito no sacó en limpio más que dos cosas: la primera, que a aquellas alturas ya no había más remedio que marchar hacia adelante y que un fracaso sería la derrota definitiva de todas sus ilusiones; la segunda, que la sangría suelta continuaba; allí estaban, para dar fe de ello, los seis mil duros que aquel funcionario exigía por su informe. ¿Hasta dónde, Dios mío, hasta dónde iría a parar aquello?

El gato, con el rabillo del ojo observaba a la víctima y no hacía más que despedirse trágicamente, pero sin irse. «¡Adiós!», decía con la voz ahogada por los sollozos y sin moverse. «¡Adiós por última vez!», mientras en el fuero interno pensaba: «¡Ya pica, ya pica! ¡Victoria!» Sin embargo, por esta vez su triunfo no lo fué más que a medias. Pepito sin gran calor, le dió algunas explicaciones de circunstancias, pero más que sobradas para calmar su justo enojo; el sablazo inicial quedó reducido a la cuarta parte, y en lo referente a los seis mil duros, dijo que lo pensaría. Precisamente aquellos días los dedicaba a

Biblioteca Pública de Pontevedra

poner orden en su hacienda, pues había gastado mucho, muchísimo, más de lo que debiera. Que volviese en la semana siguiente.

Y es que una sospecha terrible había surgido en él. Decidido a ponerla en claro, aquella misma tarde se hizo conducir a casa del erudito, que era un académico de la Historia, especializado en cuestiones genealógicas y heráldicas. El personaje le recibió amablemente, pero no pudiendo eximirse de darle un golpe tremendo. En cuanto Pepito le hubo expuesto el objeto de su visita, repuso:

—Hemos sido, usted y yo, víctimas de un timo punible ante los Tribunales. Todos mis trabajos, desde hace largos años, van autorizados por mi firma, y desafío a cualquiera a que encuentre una sola nota salida de mis manos que carezca de este requisito. Las primeras noticias que tengo de sus pretensiones son las que usted me da en este momento, y puede estar seguro de que hasta hoy no me he ocupado para nada de este asunto que, por lo demás, creo de imposible solución. Sé perfectamente, pues conozco a fondo las ilustres casas que usted reclama, que pertenecen a otras personas con derechos indiscutibles. Pero el que mi nombre ande mezclado en tan sucio negocio, me obliga a ayudar a usted con todas mis fuerzas en la labor de perseguir al culpable y obligarle a devolver lo que, hablando sin eufemismos, ha robado. Creo que

Biblioteca Pública de Pontevedra

desde aquí debemos ir al juzgado de guardia. Yo, por lo menos, por mi parte...

Pepito estaba aterrado. No sólo presenciaba el naufragio de sus ilusiones, sino que además comprendía cómo le habían estafado de la manera más zafia, engañándole como engañar se pudiera a un niño de seis años. Quizás, más que la pérdida de la posición soñada y la de los dineros, le doliese la burla. «Soy un tonto—pensaba—; cualquier zascandil hace de mí lo que quiere y me roba a mansalva.» Sin embargo, una última esperanza le quedaba, la promesa de que el jefe del negociado de Gracia y Justicia, por seis mil duros, intormaría bien; y ya que nadie con mejor derecho se presentaba a reclamar aquellas dignididades...

El académico, al oir esto último, se puso por las nubes. Aquel jefe de negociado era un hombre absolutamente íntegro, que desempeñaba su plaza desde hacía muchos años con general aplauso y sin que nunca la maledicencia hubiese logrado morderle. Al contrario, si de algo se le podía tachar era de extramadamente rigorista y cumplidor. Los seis mil duros que al muchacho se demandaban eran únicamente una nueva expoliación de aquel bandido que nunca se veía satisfecho.

Pero esto no podía quedar así. Aquella misma tarde el juez intervendría en el caso. Si el señor Molina quería acompañarle, muy bien;

Biblioteca Pública de Pontevedra

si no, iría solo, mejor dicho, con el jefe del negociado.

Aquí de los apuros de Pepito, que veía claramente que en cuanto la justicia tomase cartas en el asunto, se sabría todo en casa de Esparraguera. Era la ruina total de sus esperanzas más caras y, aunque comprendía muy bien que con callar sólo se conseguía dar treguas a la catástrofe, el pobre chico se agarraba a esta solución como el náufrago a la tabla. Precisábase calmar, pues, las iras del académico; jurole y perjurole que de la calumnia nadie más que él tenía noticias; que, por lo tanto, ni su honor ni el del jefe del negociado podían padecer lo más mínimo; que él estaba dispuesto a guardar el más impenetrable secreto; rogole, suplicole humildemente que no diese aquel paso, capaz de destrozar su felicidad. Porque poco a poco, podría él ir preparando a la novia y al futuro suegro a tragar la píldora. Mientras que si así, de repente, llegaba a saberlo, la cosa no tendría compostura posible... Dios se lo pagaría y, en cuanto a su gratitud...

Pero el académico se mostró inflexible. Era preciso hacer un escarmiento, y se haría. Una llamada al teléfono, una corta conversación. El funcionario de Gracia y Justicia vendría en el acto. De allí, quisiese Pepito o no quisiese, a ver al juez. El villaviejano, en el colmo de la desesperación, renunció a acompañarles.

Biblioteca Pública de Pontevedra

II

Cuando la policía fué en busca del gato, se halló con el vacío más absoluto. El sagaz personaje, se ignora por qué conductos, había olido la quema y no fué posible echarle la mano encima. Pepito vivió unos días presa de la inquietud más horrible, pensando a cada instante que en la casa del político iban a averiguar la verdad. Comprendía muy bien la precisión de ir, como había dicho al académico, preparando el terreno para que la noticia, cuando fuese imposible de ocultar, resultase más llevadera. Pero no encontraba la fórmula para ello; de nuevo se aferraba con dientes y uñas al cómodo *mañana*. Además, por aquellos días y para colmo de males, Fanny y don Gumersindo, creyendo que el asunto se hallaba ya a punto de caramelo, estaban más ilusionados que nunca. La muchacha había pedido a su novio un dibujo de sus armas, con la corona cerrada y el manto; quería ir pensando en el bordado de los juegos de cama del *trousseau*.

Afortunadamente, la fuga de Micifuz no se transparentó por el momento. Era un respiro para el pobre chico que, bien que mal, fué sa-

Biblioteca Pública de Pontevedra

tisfaciendo las impaciencias de novia y suegro, asegurando que todo el asunto se resolvería en unas semanas. Otra cosa ya entonces ocupaba sus vagares. No había más remedio que ir rehaciendo la parte de fortuna perdida y, no sólo esto, sino aumentarla considerablemente. Quizás, si no podía ofrecer una grandeza, unos cuantos milloncejos servirían a sustituirla con ventaja. Y no todo había de ser lluvia de desdichas; como justa compensación a sus sinsabores, la suerte le ofrecía un desquite magnífico.

Sí, era un negocio que no podía fallar. Aquella sociedad para la explotación del aceite artificial estaba llamada a revolucionar la industria española. Ciertamente, los cultivadores de olivos se arruinarían sin remedio, pero ¿qué se le iba a hacer? No hay gran progreso que no cause víctimas y, además, siempre les quedarían los campos para dedicarlos a otras producciones; la sociedad no aspiraba a privarles de ellos. ¡Oh, aquel muchacho, el inventor, era hombre hecho de la madera de los Edison y de los Marconi! El éxito se veía grabado en su frente, amplia y lobulosa, en sus ojos de mirar profundo y reconcentrado. La enorme cabeza, alambique de ideas tan grandiosas, había con su desarrollo anormal agotado las energías vitales, por lo que el cuerpo era raquítico y desmedrado. Sí, el genio anidaba en aquel cerebro prodigioso, capaz de producir las especulaciones más

Biblioteca Pública de Pontevedra

audaces. Pero, al lado del inventor, estaba el gran financiero, aquel otro hombre tranquilo, sereno, dueño de sí, dominador de los demás, conocedor como nadie de los grandes mercados y de todos los secretos de la alta Banca. Hombre que manejaba los millones cual si maravedises fueran, lanzándolos con segura mano al terreno más feraz en cada caso. Unidos ambos talentos, el mundo era suyo. Por fin, España iba a entrar, bajo su égida, por el camino que ha hecho grandes a los Estados Unidos.

Fué una casualidad muy feliz, pues la nueva empresa no necesitaba dinero. Los capitales venían a ella copiosos, dóciles, impacientes por ser recibidos. Pero el gran financiero, a quien Pepito había conocido en Biarritz, estaba encariñado con el chico. El villaviejano le había visto vivir como no viven ni los príncipes, y los enormes dispendios tenían en él un sello de naturalidad tal, que tomaban la apariencia de sumas insignificantes. Bondadosamente, cuando Molina le insinuó sus deseos de colocar lo que de fortuna le quedaba en la grandiosa empresa, el financiero le contestó: «Me es usted simpático y quiero servirle. En un año, yo le aseguro cinco millones de pesetas. Pero que conste que esto lo hago tan sólo por el afecto que le profeso. Es más, no consiento que usted desembolse un solo perro chico. Su dinero, usted se lo guarda, que a mí no me hace falta. Pero,

Biblioteca Pública de Pontevedra

como hay que dar una apariencia legal a este regalo, usted se suscribe por un millón en acciones, firmando letras por este valor nominal. Además, en esa forma, entrará en el Consejo de Administración. Crea usted que a este título, que en lo sucesivo ha de ser para usted la consagración en el mundo de los negocios, aspiran sin poder lograrlo las firmas más prestigiosas de España. Es sentar plaza de capitán general, amiguito». El cisne no sabía cómo agradecer tamaño favor.

La noticia del inesperado encumbramiento financiero de Pepito causó la mejor impresión en la casa del estadista. Por su parte, el muchacho no cabía en sí de gozo. Ya no sentía el haber derrochado medio millón, puesto que esa cantidad, decuplicada, venía a su bolsillo como llovida del cielo. Además, aquel cargo en el Consejo de Administración de la poderosa Sociedad colmaba sus aspiraciones más elevadas en tal terreno. Verse, tan joven aún, en los albores de su vida pública, codeándose con las cumbres de la finanza, tratando de igual a igual con los dueños y señores de la palanca humana, era para él algo harto sabroso. Ciertamente, la primera vez que tuvo que ejercer funciones tan augustas, estuvo un poco cohibido. Aquel salón, de suntuosidad tan aparatosa; aquella inmensa mesa, ante la cual se sentaban media docena mal contada de hombres graves, serios, impor-

Biblioteca Pública de Pontevedra

tantes, a los cuales presidía el eminente financiero, le intimidaban grandemente. No osaba emitir la opinión más trivial, sobre todo cuando se hubo alzado la voz ilustre del inventor, aquel genio de reputación ya mundial, según todos decían. En cambio, echó muchas firmas, en unos grandes papelotes complicadísimos, cubiertos de retorcidos grabados. Eran, por lo visto, las acciones, encuadernadas en tomazos, llenas por el reverso de menudos cajetines rectangulares, representativos de los cupones. También firmó el acta de la sesión y muchas cosas más. El dinero que todo aquello representaba era incontable, y, de su excelsa magnitud, había de llevarse él pingüe parte, medio de rodear a Fanny el día de mañana de los esplendores de una vida opulenta.

Y en cada sesión se notaba un adelanto sensacional. Ya estaba la fábrica en condiciones de comenzar la producción, ya llovían los contratos más ventajosos, ya muchos cosecheros del aceite vulgar, del estúpidamente extraído de las aceitunas, iban a declararse en quiebra. De Francia, de Inglaterra, de todo el orbe, venían pedidos, ora de productos, ora de privilegios para la explotación de la patente. El éxito era rotundo, fulminante. Así, Pepito se quedó materialmente turulato al ver que cierta tarde uno de los consejeros se perdía en largas disquisiciones, referentes a incomprensibles dudas acerca de la

Biblioteca Pública de Pontevedra

marcha de la Sociedad. El muchacho no entendía bien lo que aquel desgraciado decía, ni tampoco lo que le contestaban inventor y presidente; era un inacabable barajar de cifras, para él sin sentido alguno. También le asombró el ver que el susodicho consejero anunciaba al fin su decisión de separarse del negocio. ¿Era posible que así tirase un hombre su porvenir por la ventana? ¿Estaría loco el tal? Sí, Pepito no pudo dudarlo cuando, después de la defección, el gran financiero anunció jubilosamente que la retirada de aquel idiota era para los demás una ventaja, pues su parte iba a ser mayor en el copioso reparto de utilidades. Y en tal forma pasaron dos meses, arrullado el villaviejano día y noche por las más halagüeñas esperanzas.

Hasta que una mañana, a un tiempo, como obedientes a una consigna rigurosa, aplastantes, definitivas, llegaron hasta él dos noticias. La primera, que la *Gaceta* publicaba el decreto rehabilitando los títulos de conde de Malpartida y de marqués de Caprara, con las grandezas a ellos anejas, a favor del conde de las Majadas. La segunda, que la sociedad explotadora del aceite artificial se había declarado en quiebra fraudulenta; el inventor estaba en la cárcel, el presidente del Consejo de Administración no se sabía dónde. Unos afirmaban que camino de América; otros, que refugiado en Grecia, país que no tiene con España tratado de extradición.

Biblioteca Pública de Pontevedra

A todos los miembros del supradicho Consejo alcanzaba, ante los Tribunales de Justicia, una responsabilidad subsidiaria. Seguramente, horas después, Pepito estaría preso.

La magnitud de la catástrofe era tal que el muchacho, en los primeros momentos, quedó como muerto. Era el acabamiento definitivo de todas las esperanzas, de todos los ideales. «Soy otro hombre distinto al que era ayer—pensaba el infeliz—; ayer, me sonreía el amor, me empujaba la ambición, el mundo venía, rendido, a ofrecerme sus más sabrosos frutos. Hoy, la mujer querida se desvanece para mí, la inopia más absoluta me sumerge entre sus olas, el presidio me abre sus puertas. Ha muerto un Pepe Molina, y el que nace viene al mundo para ser un desdichado sin la más remota esperanza de redención posible.» El porvenir se ofrecía a sus ojos como sima negra y profunda en la cual era forzoso caer, más aún, en la cual había caído ya. Porque era inútil negarse a la realidad; él no volvería a poner los pies en casa de don Gumersindo; no quería ni presenciar la trágica pena de la pobre Fanny ni recibir las airadas reconvenciones del prohombre. Lo que de dinero le restaba no podía, en manera alguna, alcanzar a cubrir su responsabilidad en el asunto del aceite artificial; por último, ignoraba cuál pudiera ser, concretamente, esta responsabilidad, pero no dudaba de que cayese dentro del Códi-

Biblioteca Pública de Pontevedra

go penal. Cierto que la inocencia de sus actos era absoluta, pero ¿cómo demostrarlo? ¿Cómo calmar las iras de los infinitos arruinados, que clamarían venganza? Y que nadie acudiría a socorrerle era infalible; sus amigos eran todos o hijos de familia sin poder propio aún, o conocimientos de ocasión, de esos que, bajo una cordialidad puramente exterior, no guardan consistencia alguna. La única persona que le quería en el mundo era un pobre capellán de monjas.

No, alguien más le llevaba en el corazón. No, alguien más lloraría con él y sufriría cruelmente con su desgracia. Allí estaba una mujer, dulce, apasionada, sensible, a quien—¡pobre víctima inocente! — la catástrofe también destrozaba. ¡Infeliz Fanny! Ya eran imposibles el uno para el otro (Pepito lo comprendía harto claramente), ya les separaba un abismo infranqueable; pero, a través de su anchura ingente, quedaría por toda la eternidad colgado el invisible hilo de araña que unía sus almas. A través de él, correría incansable la misteriosa comunicación de los pensamientos, y la vibración producida en uno de sus extremos repercutiría en el otro. Hasta donde Pepito estuviese, la cárcel, la emigración, el fango de las últimas capas sociales, había de llegar siempre un eco del amor de la muchacha, muy tenue, muy apagado, pero que para él sería

Biblioteca Pública de Pontevedra

bálsamo maravilloso, capaz de curar sus heridas morales, ya que las materiales eran de muerte. Sería el único bien que le restase en el mundo, pero bien que valía más que todos los demás juntos.

Pepe Molina, sin vacilar un punto, salió det Palace-Hotel. Tomó un coche y fué a presentarse al juez especial que entendía en el asunto.

III

Habló con sinceridad, sencillez y nobleza. Su compromiso social era de un millón de pesetas, y su activo se elevaba a una cantidad, si no igual, bastante parecida. En valores del Estado tenia quinientas mil, en números redondos, y la herencia paterna, mal vendida, daría más de ochenta mil duros en cualquier momento. Se quedaba, ciertamentə, sin tener para cenar aquella noche, pero sin ocultar un céntimo. Toda su hacienda, representada por aquellos papeles, estaba allí, sobre la mesa del juez. Por lo demás, él había entrado en el maldecido negocio de la mejor buena fe, por completo ayuno de toda ciencia financiera, y sus firmas iban a la zaga de otras que él había creído respetables. No rehuía a responsabilidad, antes bien, venía a su en-

Biblioteca Pública de Pontevedra

cuentro desde el primer instante. Ahora, el representante de la ley decidiría.

El juez le escuchó gravemente. Hombre experimentado y ecuánime, no tardó en comprender que Pepito, en la cuestión, era víctima y no culpable. Podría acusársele de atolondramiento, de falta de reflexión, de pasividad inconsciente, pero no de nada delictivo. Bien cara pagaba su escasa culpa. No, no era aquel muchacho carne de presidio. Y el magistrado sintió una profunda simpatía hacia él. ¡Pobre humanidad! ¡Cómo te hacen su juguete los malvados!

—Señor Molina—dijo el juez—, tengo una verdadera satisfacción en participarle que, de su total ruina, salva usted lo que más vale, el honor. En los autos que corren a mi cargo, su nombre no figurará, bajo el aspecto jurídico, para nada. Por desgracia, no puedo decir lo mismo en lo referente a los intereses pecuniarios. Esos, delos usted por definitivamente perdidos. Y aun en este mismo terreno, ha tenido usted una suerte inesperada. Usted, según me dice, no entregó, al suscribirse como accionista, cantidad alguna.

—No, señor.

—Bueno, pero firmó usted letras. Es igual. Sepa usted que estas letras, por fortuna, no han podido ser descontadas como, desde el día siguiente al de su libramiento, se trató de hacer. Si algún Banco se hubiese prestado a ello, a estas horas, inocente y todo, estaba usted per-

Biblioteca Pública de Pontevedra

dido. Su hacienda entera no bastaría a recogerlas en el instante de su vencimiento, y, además, quedaba a su cargo la responsabilidad subsidiaria de los asuntos de la sociedad. En ese caso, yo no podría eximirme de procesar a usted, muy contra mis deseos, pero por imperativo categórico de mi obligación. Dé usted gracias a Dios, repito. Las letras por usted aceptadas están en poder de la justicia y son, por lo tanto, documentos sin valor en este caso. Ahora bien, su dinero basta a cubrir esa responsabilidad de consejero que usted asumió tan inocente como atolondradamente. Está usted arruinado; pero tiene talento y hombría de bien, y sirviéndole como servirle debe de lección esta desgracia, aún queda a usted en el mundo ancho campo para brillar y distinguirse. Yo así se lo deseo, y me complacerá mucho el ser testigo de sus futuros triunfos. ¿Quiere usted darme la mano? Crea usted que la que yo le ofrezco es la de un humilde funcionario, pero también la de una persona decente.

Pepito lloraba al abrazar al buen magistrado. ¿Tendría razón? ¿Habría aún esperanza? ¿Podría aún rehacerse su vida? El sueño ideal de su alma, ¿llegaría alguna vez a cristalizar? Si, aquel hombre tan honrado y sabio lo vaticinaba. ¿Qué era preciso? ¿Trabajar? ¡Ah, él trabajaría con ahínco, con fe, con energía, con entusiasmo y también, escarmentado, con pruden-

Biblioteca Pública de Pontevedra

cia! Aún le quedaba el estro, aún disponía de la elocuencia. Sí, Fanny, leal y enamorada, le esperaría lo que preciso fuere y. por fin, llegaría el instante de presentarse ante ella, pudiendo ofrecerle lo que de derecho le pertenecía. ¡Honradísimo juez! ¡Qué nuevos horizontes, risueños y rosados, acababa de abrirle en la hórrida negrura de sus desdichas!

Pero sus esperanzas fueron efímera flor, tan pronto brotada como marchita. Al regresar a su casa, dos cartas le aguardaban. Una era de don Gumersindo. El insigne estadista, con frases groseras y pésima sintaxis, le cerraba a piedra y lodo las puertas de su hogar, le escarnecía, le insultaba, le maldecía. La otra epístola aún era peor. Fanny, con cuatro secas y orgullosas palabras, le daba el pasaporte definitivo. Era inútil que volviese a pensar en ella; ni le había amado nunca, ni ahora le amaba, ni le habría de amar en lo futuro. Sus aspiraciones, a las que se creía asistida de un derecho perfectísimo, eran muy otras que lo que Pepito fuese o pudiera ser. La había engañado al mentirle dignidades no existentes, y eso no podía perdonarse. Se había acabado todo.

Pepito, loco, frenético, fuera de sí, sintió cómo el mundo se le venía encima, ahora de manera radical y definitiva. Era inútil la lucha. Se entregaba sin recurso a la fuerza del destino. Debía morir, y moriría. Desatentado, corrió

Biblioteca Pública de Pontevedra

por las calles de Madrid. Iba en busca del Viaducto.

Al revolver de una esquina, su ciega carrera le hizo tropezar con un transeunte. El encontronazo fué tan fuerte que ambos rodaron por el suelo.

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO IX

METAMORFOSIS.—EL CISNE SE CONVIERTE EN ZORRO

I

Noticias, señores, noticias!—gritó alborozado Servando Matamoros, el joven y brillante director de *El Adalid Matritense*, corriendo hacia el grupo—. ¡Hoy hay noticias gordas!

—Si son como las del otro día—repuso con escepticismo don Pascual Palomino, ex ministro de Fomento—puede usted guardárselas, porque nos las figuramos.

—Hoy son cosa fina y auténtica—afirmó Matamoros—. Hoy respondo con la cabeza de ello.

—Desembuche usted, hombre, desembuche usted — reclamaron los demás interlocutores, don Agapito Godínez, ex subsecretario de Gra-

Biblioteca Pública de Pontevedra

cía y Justicia, y don Cleto Monteblanco, ex director general de varios ramos.

—Allá va. Pero procuren no interrumpirme, que hay tela cortada para un rato... querido marqués, muy buenas tardes. Para usted, precisamente, es lo principal del asunto.

La escena ocurría, al caer de una tarde del final del veraneo, en la terraza del Casino de San Sebastián, en el lado menor que domina al Club Náutico y desde el que se abarca todo el panorama de la linda playa. Y las últimas palabras iban dirigidas a un nuevo personaje, gordo y fofo, de piernas y brazos cortos y cara de perpetuo asombro, que acudía presuroso al grupo.

—¿Para mí?—interrogó el recién llegado—. ¿Por qué?

—Ya lo irá usted viendo, marqués, ya lo irá usted viendo. Primera bomba: la concentración liberal es un hecho.

—¡Bah!—dijo el marqués con expresión desdeñosa—. ¡El camelo de todos los otoños!

—Pero que alguna vez había de resultar cierto. Hoy han almorzado juntos en Hendaya el conde y el marqués de Alhucemas. A los postres llegó Melquiades Alvarez y al café, Santiago Alba. Hablaron después, más de dos horas.

—¡Hombre, eso es cosa seria!—opinó Palomino, con síntomas en el rostro de un júbilo hondísimo—. ¡Si han hablado más de dos horas, es que se han entendido!

Biblioteca Pública de Pontevedra

—¡Claro!—siguió el periodista—, Si no hubieran de quedar de acuerdo, con diez minutos les bastaba. Segunda bomba: han decidido pedir el poder en cuanto, dentro de ocho días, se abran las Cortes.

—¡Contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar!—gritó enfurecido el hombre gordo y fofo—. ¡Pues estaría bueno, que porque cuatro señores quieran mangonear, fuésemos los demás...

—Irán, irán ustedes, marqués. Por de pronto, usted puede despedirse de la cartera de Estado.

Un leve tinte rojizo subió a las lividas mejillas del interpelado. Con muestras de gran indignación, repuso:

—¡Yo estoy siempre despedido de la cartera, porque público y notorio es que no la ambiciono! ¡España entera sabe que el marqués de Casa-Esparraguera acepta estos cargos sacrificándose por servir a su país y a su partido y por absoluta imposición de su jefe! ¡El marqués de Casa-Esparraguera lo que anhela es un bien ganado descanso en el seno de su hogar! Pero de eso a que vengan los liberales...

—No, que hemos de venir es un hecho—dijo Palomino—. Nosotros tenemos un programa democrático y civilizador que cumplir...

—En el cual se quedarán ustedes, cual de costumbre, en la sinfonía—interrumpió el periodista.

Biblioteca Pública de Pontevedra

—¡Lo que tienen ustedes es hambre!—vociferó el marqués—. ¡Hambre atrasada y nada más!

—¡Marqués!... ¡Esa palabra!

Pero la cuestión no se formalizó, porque en aquel momento un hombre joven llegó sofocadísimo al grupo. Era el jefe del gabinete diplomático de jornada.

—Señor ministro... un momento.

Ambos sujetos conferenciaron breve rato. El recién llegado decía algo sin duda urgente. El marqués, la mayor inquietud pintada en el rostro, amontonaba preguntas sobre preguntas. Por fin, el segundo, apenas sin despedirse, salió desalado, en dirección de la calle, seguido por el otro.

—El pobre marqués lleva la perdigonada en el ala—dijo sonriendo el periodista—. Allá va a que el presidente le dé el disgusto. Está en desgracia. Porque, señores, caer de Estado a los ocho días de jurar y antes de haber logrado asistir a los bailes de las Embajadas, es cosa dura.

—Y diga usted, Matamoros—interrogó Palomino con el mayor interés—, de personal, ¿se indica ya algo?

—Naturalmente. Eso es lo único importante. Puede usted estar tranquilo, que de su nombre no han de olvidarse. Es usted insustituíble en Fomento.

—¡Ah, yo!—repuso el ex ministro, despidien-

Biblioteca Pública de Pontevedra

do llamas de alegría por los ojos—. Yo... yo, si el jefe me cree necesario... yo estoy incondicionalmente a sus órdenes... pero no aspiro a...

—Sí, como Esparraguera—interrumpió el director del gran rotativo, que estaba curado de espantos—. Nada, que usted irá a Fomento. Para Gobernación, naturalmente, Lupidana. Como ustedes vendrán con el decreto, necesitan quien les haga las elecciones, según los cánones antiguos y como es debido... Hacienda, Cisneros... Para las demás carteras cualquiera, lo mismo da; precisamente lo que sobra en España es la cosecha de genios enciclopédicos, de espíritus proteiformes, que todo lo abarcan y para todo sirven... ¡Ah! Quien de seguro pescará una buena breva es ese muchacho tan listo, tan enredador, ese a quien protege, desde su ostracismo revolucionario gubernamental, Pidoux... ese chico... ¿cómo se llama?... Ese que derrotó en las pasadas elecciones al marqués de Casa-Esparraguera en Villavieja.

—¡Ah, sí! — dijo Monteblanco —. ¡Molina, Pepe Molina! ¡Muy inteligente, muy despierto! Es de los que vienen con ganas de pegar. Tiene porvenir, mucho porvenir.

Godínez, que sabía de memoria el escalafón político, asintió, añadiendo detalles interesantes. Era un chico de buena familia que, allá en sus albores, había dilapidado una fortunilla. Después, un bonito día y cuando la famosa qui-

Biblioteca Pública de Pontevedra

bra del aceite artificial, desapareció de repente, y durante un año o dos no se oyó hablar de él. Cuando menos se le esperaba, apareció en Barcelona, dirigiendo un periódico avanzadísimo, haciendo campañas truculentas contra Fulano y contra Mengano, y especialmente contra la Iglesia. En unas elecciones municipales Pepito resultó concejal por arte de birlibirloque, y entonces sus famosas campañas ya tuvieron dos escenarios, el periódico y el Ayuntamiento barcelonés. Luego vino la gran guerra. Molina se señaló entre los más acérrimos aliadófilos, hizo muchos viajes a Francia, se mezcló en infinitos negocios de todo género. Se decía que de la vorágine había sacado no pocos millones. Él, por lo menos, vivía como un príncipe, compraba inmuebles de precio, suministraba capitales para ópimas empresas fabriles o industriales. Por último, el golpe que le había dado a conocer de nuevo fué su lucha en los comicios legislativos con el marqués de Casa-Esparraguera, y nada menos que en el feudo inmemorial de éste, en el distrito que, hasta entonces, se había considerado como baluarte inexpugnable, en la propia Villavieja. La derrota del entonces ministro de Gracia y Justicia había hecho un ruido enorme. El ilustre hombre público, destrozado el corazón, tuvo que resignarse al triste retiro de la senaduría vitalicia. Ahora, claro, ahora Pidoux pondría precio a su benevolencia

Biblioteca Pública de Pontevedra

para el futuro Gabinete liberal, y una de las condiciones sería la consabida breva para su amigo. Era seguro: antes de dos años, ministro. Y Godínez, que no había logrado pasar de subsecretario, se proponía *in petto* el cultivo intensivo del nuevo astro.

El grupo, mientras tanto, había engrosado. Cual moscas a la miel, las gentes, los interesados directamente en el asunto, los simples curiosos, los que cifran su modesto orgullo en ser los primeros que propalan una noticia, acudían de todas partes, pues el transcendental suceso de Hendaya había ya recorrido los estrechos ámbitos de la bella Easo. Unos contristados, otros llenos de risueñas esperanzas, los más sin otro fin que el de la comidilla, todos estaban pendientes de los labios de los demás. Pero lo que en aquel grupo de primates dijese el importante periodista, era, sin duda alguna, de capital interés. Y Matamoros, aunque acostumbrado al éxito informativo, no podía eximirse de un movimiento de orgullo al verse blanco de tantas miradas y oráculo de tantos oídos.

De repente, la atención general oblicuó, desplazándose de su anterior centro. Por la amplia terraza avanzaba uno de los héroes de la jornada, uno de los jefes de la izquierda gubernamental, escoltado por numerosos amigos y ante quien la multitud abría instintivamente paso. Era un hombre joven aún, alto y esbelto, de

Biblioteca Pública de Pontevedra

ademanes distinguidos, de irreprochable y sencilla elegancia. Gozaba fama de ecuánime, sereno y templado y del difícil dón de hacerse cargo. Matamoros, comprendiendo que la llegada de tal personaje le achicaba por completo, se fué a él desenfadada y confianzudamente. El sabría arreglarse para que la admiración pública se repartiese entre ambos.

—¡Hola, Manolo!—le dijo—. ¿Qué tal le ha sentado a usted el almuerzo?

El personaje, con verdadera naturalidad, supo dar a su rostro la expresión de aquel a quien hacen una pregunta incongruente. ¿El almuerzo? Pues... como todos los días. ¿Por qué había de sentarle de otra manera? ¿Habría comido, sin saberlo, algo nocivo?

—Muy bien, amigo Matamoros—repuso tranquilamente—. Por lo menos, yo no noto nada de particular.

—No me entiende usted... o hace como que no me entiende. En fin, ¿puedo telegrafiar al *Adalid* que es usted presidente?

—Presidente ¿de qué? Porque lo soy, ¡ay!, de muchas cosas. De buena gana le regalaba a usted una docena de ellas, con tal de que se comprometiese a no devolvérmelas.

—Bueno, pues telegrafiaré lo que se me ocurra. Lupidana a Gobernación, ¿verdad?

—Está usted hablándome en chino, Matamoros. ¿O será tal vez que se refiere a esa absurda

Biblioteca Pública de Pontevedra

noticia que me han dicho corre por San Sebastián? ¿Es que ya no pueden, unos cuantos amigos que por casualidad se tropiezan en una playa, por lo demás frecuentadísima (es decir, que el encuentro no tiene nada de anómalo), almorzar juntos, precisamente para dar al olvido por un momento los sinsabores y las preocupaciones de la política? En tal caso, crea usted que nuestra esclavitud sería harto pesada.

—Como usted quiera. Hasta dentro de ocho días en Madrid, donde me hablará usted de otra guisa.

—Yo no sé lo que pasará dentro de ocho días y, por lo tanto, cómo hablaré entonces. Hoy, lo único que del dichoso almuerzo puedo decir a ustedes es que la lubina con salsa *mousseline* estaba exquisita. Y ahora adiós, que mi familia me espera.

Y haciendo un afectuoso saludo con la mano al periodista, el personaje siguió su camino, indiferente a la curiosidad general, como si él no fuese su objeto.

—Bueno, éste no quiere soltar prenda—dijo Matamoros—, pero otros lo harán por él. Señores, el que quiera saber no necesita ir a Salamanca. Le bastará con darse una vueltecita, esta noche a las once, por el Reina Cristina. Yo les prometo tela cortada para rato.

Biblioteca Pública de Pontevedra

II

El subsecretario dimitido tosió ligeramente, estiró los puños de la camisa y, después habló así:

—Señores: al abandonar este puesto, cúmpleme declarar que, durante el tiempo que inmerecidamente lo he desempeñado, tuve la suerte de hallar en todos los dignísimos funcionarios de este departamento ministerial la más perfecta colaboración, la ayuda más eficaz, el estímulo más poderoso para mis entusiasmos, por desgracia no secundados por mis pobres fuerzas *(murmullos de denegación)*. El pesar de separarme de vosotros se aminora, mejor dicho, se anula por el recuerdo imperecedero que he de conservar, para legarlo a mis hijos como su mejor timbre de gloria, de vuestra labor en el difícil, en el espinoso ramo a que consagráis vuestros desvelos. Pero también es para mí motivo de singular contento el ver que viene a sustituirme un hombre que llega a este puesto en plena juventud y ya rodeado del prestigio más excelso, de los respetos más merecidos, de la aureola más diáfana. El señor Molina, no necesito presentároslo, es una esperanza... digo

Biblioteca Pública de Pontevedra

mal, es ya una realidad *(murmullos de aprobación)* brillantísima; y el Gobierno de Su Majestad, al designarlo para esta Subsecretaría, ha tenido un acierto envidiable y ha hecho justicia a méritos sobresalientes que, no es aventurado el augurarlo, han de llevarle mucho más lejos, hasta cumbres más excelsas... Hombres como el señor Molina son los que necesita España *(¡Sí, sí!)*, y no viejos como yo, rendidos por el continuo batallar... *(¡No, no!)* Me llegan al alma vuestras muestras de adhesión y afecto, pero la realidad de las cosas no puede ocultarse a mi vista... Puedo anunciaros que el señor Molina se propone desasrollar, desde este despacho, una labor hondísima, trascendental, definitiva *(sensación)*, en la cual el éxito ha de acompañarle fiel. En cuanto a mí, estad seguros de que en mi modesto hogar hallaréis siempre un amigo que... excusad mi emoción de estos instantes... un amigo al cual... (el ex subsecretario se lleva el pañuelo a los ojos.) No puedo continuar *(aplausos; el orador abraza, conmovido, al empleado que tiene más cerca.)*

Pausa. La calma se restablece. El subsecretario entrante toma la palabra:

—Señores: Al tomar posesión de este alto puesto, para el que inmerecidamente (*¡No, no!*) he sido designado por el Gobierno de Su Majestad, cúmpleme declarar que estoy seguro de hallar en todos los dignísimos funcionarios de

Biblioteca Pública de Pontevedra

este departamento ministerial la perfecta colaboración, la ayuda eficaz, el poderoso estímulo para mis entusiasmos, por desgracia no parejos con mis humildes fuerzas (*¡No, no!*), que habéis prestado a mi dignísimo predecesor, a mi querido amigo particular el señor Cantarranas, el hombre íntegro, inteligente, prestigioso, respetable, cuyas canas son timbre de gloria representativo de largos años de brillantísimos servicios al Estado. Yo, desde este solemne instante, hago voto, del cual a todos os tomo por testigos, de inspirar continuamente mi conducta en las sabias enseñanzas, en las normas perfectas que él nos ha trazado desde ese sillón. (*Ligeros aplausos, pronto acallados.*) No he de negaros que, en efecto, traigo aquí algunas ideas propias (*Sensación*), quizás atrevidas, como hijas de estos tiempos de renovación social... pero que han de ajustarse exactamente a las disposiciones de nuestro insigne jefe el excelentísimo señor ministro del ramo. Unidos todos, comulgando en un ideal patriótico y progresivo, espero que nuestra gestión de los importantísimos asuntos que el Estado confía a nuestros desvelos, será fructífera. ¡Ah, señores!... La emoción me embarga en estos momentos (*El orador se lleva el pañuelo a la boca*). Permitidme que, como prueba de filial veneración y de admiración incondicional, abrace en nombre de todos a mi eminente predecesor, que no deja en

Biblioteca Pública de Pontevedra

esta casa más que afectos hondísimos, respetos profundísimos, la visión clarísima de cómo son los hombres que necesita España.

(*Aplausos.*) Los dos personajes se abrazan efusivamente. Luego, los funcionarios van desfilando por delante del nuevo subsecretario y estrechando su mano. Después, todos juntos van a despedir, hasta el zaguán, al saliente. Allí, nuevos abrazos, frases cordiales, ofrecimientos mutuos. El dimitido toma por última vez el coche oficial, murmurando entre dientes: «¡Ahí te quedas, farsante, sinvergüenza, perdulario! ¡Así te mueras de repente!» Mientras que el entrante sube de nuevo las escaleras pensando: «¡Vete con el diablo, vejestorio, carcamal, imbécil! ¡Ya era hora de que te barrieran el pesebre!»

Cuando Pepito se encontró solo en su despacho, no pudo eximirse de, largamente, recapitular su vida pasada, desde el instante en el cual corría desolado en busca del Viaducto a aquel en el que escalaba el primer peldaño de su futura brillantísima carrera. En tal lapso de tiempo, ¡cuántas mudanzas, qué enormes variaciones, no sólo en su fortuna, sino también en su modo de ser interior, en su yo íntimo, en su propia personalidad espiritual! ¡Qué suma de transcendentales sucesos, cada uno de los que iba dejando el sedimento del cual había de surgir el nuevo señor de Molina, forjando el troquel modelador de su nueva fase! Pepito, al

Biblioteca Pública de Pontevedra

bucear en su propia alma y hallaría tan distinta de antes, sufría muy encontrados sentimientos; un instante, añoraba las perdidas ilusiones, la rectitud evaporada, la inocencia psíquica desvanecida; pero luego su actual estado, antojándosele muestra de virilidad y de energía, le llenaba de orgullo. Sí, había dejado de ser víctima, acorazado su alma contra los embates de la vida, embrazado en ristre la lanza triunfal y vengadora. Antes era un buen chico; ahora era un hombre, en el sentido de fuerza, de dominio, de superioridad que la palabra encierra. El borrego se metamorfoseaba en león... pero al llegar aquí algunas dudas le asaltaban; su transformación, ¿podría adaptarse a esta imagen? El emblema de su actual calidad, ¿merecería revestir la grandiosa, la noble apariencia del rey de los animales, magnífico en sus sublimes cóleras, más magnífico aún en su amenazador reposo? León, león... león precisamente, no. Era necesario rebajar, descender algunos escalones en la jerarquía zoológica ideal. ¿Leopardo? Tampoco. A Pepito, el leopardo le había parecido siempre un león joven, muy joven, en los primeros arrebaros de la pubertad, que luego en la edad viril se convierten en la majestad gloriosa de la fiera señorial. ¿Hiena? No, la hiena es cobarde y cruel, y Molina, si bien se reconocía vengativo, sabía dar el pecho. ¿Más abajo? Tampoco... es decir, sí; más abajo que los grandes felinos he-

Biblioteca Pública de Pontevedra

ráldicos y artísticos, pero en plano distinto al de la bestia mortuoria y hedionda. Y plenamente sincero consigo mismo, el flamante subsecretario vino a caer, de renunciación en renunciación, a un puesto que, aunque le pesase, no pudo menos de reconocer como justo. Pepito se clasificó como zorro. La única concesión que sn permitió fué el dar a su nueva especie un carácter provisional: hoy sería zorro, mañana... mañana, ya veríamos.

Excitaba su imaginación por el primer triunfo político de verdad, el ex cisne rememoraba, con extraña fijeza, los hechos más nímios del ciclo transformador. ¡Qué momento, aquel en el cual volaba hacia el Viaducto! ¡Aquel trompazo providencial al volver de una esquina! ¡Y pensar que si en lugar de torcer inconscientemente por allí, lo hubiese hecho por la manzana anterior, minutos después estaría todo terminado, y él, Pepito, a aquellas horas, llevaría ya años bajo tierra! ¡De qué pequeñísimas cosas depende el destino de los hombres! ¿Quién colocó en su camino al transeunte aquel? Molina no podía eximirse de pensar que Dios. Entonces un terror muy grande le invadía, haciendo correr escalofríos por sus nervios. ¡Dios! ¡Qué olvidado le tenía! Pero pronto reaccionaba; ya, ya llegaría el momento de acordarse. Por ahora, a vivir, a triunfar, a alcanzar el fin propuesto. Y como quien sacude una mosca impertinente, el

Biblioteca Pública de Pontevedra

subsecretario se lanzaba en el revuelto oleaje de sus recuerdos, para ahogar en él la tenue y mordedora lucecilla.

¡Oh! ¡El encontronazo había sido tremendo! Pepito cayó redondo y el otro, lleno de ira, echando venablos por la boca, se alzó antes que él, pero para molerle a puntapiés y mojicones, mientras le denostaba con las frases más crueles. El presunto suicida, aturdidísimo, no se defendía; semejaba un montón de trapos, un pelele inerte y, como tal, aguantaba la rociada sin tratar de devolverla. Molina recordaba que en aquellos momentos su facultad de pensar estaba por completo abolida, como si ya la cabeza se hubiese estrellado contra el pavimento. Tampoco sentía los golpes, cual si el dolor físico le fuese ya ajeno. Era como si su propósito se hubiese realizado. Tal era su pasividad, que el otro llegó a creer si se las habría con un cadáver, y al punto cesó en patadas y denuestos. Ahora, compadecido, le reconocía cuidadosamente y, al verle en vida, le alzaba del suelo, diciendo: «¡Vamos, hombre, que no es para tanto! ¡Caramba, que señorito más delicado!» Y sosteniéndole, le llevaba a rastras. «Aguántese usted de punta, hombre, que yo le acompañaré adonde haga falta. ¡Vaya una aventura! Afortunadamente es de noche y no pasa nadie por la calle, que si no, me había caído la lotería. Lo meteré en este cafetín, diciendo que es un accidentado...

Biblioteca Pública de Pontevedra

¡Arza, adentro!... Aquí, siéntese en este diván... Sí, este señor se puso malo en la calle; a ver, agua fresca, paños mojados, una copa de coñac...»

Pepito, poco a poco, habia recobrado la noción de las cosas... y el llanto acudió caudaloso a sus ojos. El otro había vuelto a sulfurarse: «¡Pues estamos frescos! ¡Parece un hombre y es una señorita histérica! ¿A que voy a tener que darle azotes?» Pero el pobre chico, nerviosamente, empezaba a hablar:

—No señor, no soy una señorita... soy uno que... Yo le agradezco a usted vivamente sus cuidados y, ahora, adiós... déjeme usted seguir mi camino... Adiós, adiós... estoy muy de prisa... Reconocidísimo.

Y pugnaba por alzarse y salir. Pero el otro, que era un hombretón tremendo y a quien ayudaban el dueño del cafetín y los contados parroquianos, le obligó a permanecer sentado.

—¡Quieto, hombre, quieto! Ya se irá usted cuando se tranquilice del todo. Tome, tome otro sorbito de coñac.

—¡No, no, déjeme usted—repetía Molina, agitándose convulsivo—. ¡Déjeme usted marchar! Me esperan... me esperan impacientes... No puedo faltar a la cita.

—Pero, ¿quién le espera a usted, hombre de Dios? ¿La novia?

—Sí, la novia... la desposada del negro man-

Biblioteca Pública de Pontevedra

to, la que no traiciona, la que no tiene miradas engañadoras, porque no tiene ojos, ni palabras falaces, porque no tiene lengua... Muy agradecido, repito... ¡Adiós!

—¡Este tío está mochales del todo!—dijo el otro, con la aprobación unánime del concurso—. No se le puede dejar marchar.

—¡La desposada!—seguía Pepito presa del desvarío de nuevo—. ¡La que jamás engaña!... ¡Voy a enlazarme para toda la eternidad con ella!... El templo es el Viaducto, nuestro lecho nupcial son las losas de la calle de Segovia... Allí me estrechará entre sus brazos sin carne...

—¿Pero qué dice este loco? Esto, señores, es serio; este muchacho iba a suicidarse...

—Debemos avisar a la pareja—opinó el dueño del establecimiento.

—Sí, a la pareja... ¡Quieto, hombre, quieto!—impuso el desconocido, pesando sobre los hombros del infeliz con todas sus fuerzas—. Vamos, calma, tranquilidad... Vaciarle un sifón por la cabeza... ¡Si no se está usted quieto, le amarro!

El helado chorro de agua gaseosa produjo en Pepito un efecto sedante. De nuevo lloraba en silencio, derribado sobre el diván, con llanto que parecía no iba a tener fin.

—¡Pobre chico!—dijo alguien.

—¡Pobre!—repitió el incógnito salvador—. No, no avisemos a la policía, yo me encargo de él... Que traigan un simón. Lo llevaré a mi casa.

Biblioteca Pública de Pontevedra

El suicida se dejó cargar como un fardo. Parecía que la trágica desposada le había hecho ya su presa.

III

Pepito recordaba su despertar en una alcoba desconocida, la cabeza pesadísima, llena aún de dificultades para recapitular lo pasado. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué estaba allí? ¡Ah, sí, ya empezaba a recordar! Con la facultad necmotécnica, renacían también las atroces penas y el deseo de morir. ¡Pero aquel demonio de salvador providencial tenía tanta fuerza, hablaba con tanta autoridad, poseía tal don de mando! El pobre muchacho, quieras que no, hubo de obedecerle. Además, parecía como que adivinaba las cosas; las preguntas que le dirigía hallaban en él mismo, y antes de que Pepito pudiera urdirlas, las respuestas más acordes con la realidad. Poco a poco, entre lo que infeliz villaviejano contestaba y lo que el propio misterioso personaje ponía de su cosecha, iba reconstituyendo la verdad, el origen y las causas de la fatal determinación. ¡Matarse por una mujer! ¡Qué locura! Aquel sujeto, por lo visto, era persona experimentada en el asunto, y las ponía a

Biblioteca Pública de Pontevedra

todas cual chupa de dómine, asegurando, con acento de los que no admiten la discusión, que la mejor de ellas no valía nada, y que eran el enemigo natural del hombre, quien, para librarse de los males que sobre él derraman, no tiene otro recurso que el de tratarlas a purísimos palos. ¿Y el dinero? El dinero, merecía mayor desprecio aún. Un joven como Pepito, adornado de las exquisitas prendas que él comenzaba a reconocerle, no tenía que tomarse otro trabajo, para nadar en la opulencia, que el de abrir al revés un paraguas; el oro había de llover en él. Todo era cuestión de un poco de malicia, de sangre fría, de decisión..Sobre estos dos sabrosos temas, el del eterno femenino y el de la fortuna, el desconocido había compuesto, en los ocho días de forzosa reclusión a que condenó al suicida, mil varias conferencias, cuya moraleja era siempre la misma: acorazar el espíritu, suprimiendo de él las malas hierbas de la sensibilidad y de la compasión mal entendida, y al mismo tiempo, forjarse una voluntad enérgica y decidida. Una vez en posesión del escudo y del arma, el éxito venía por sí solo. Era infalible, y la historia de la Humanidad entera estaba allí para corroborarlo.

El desesperado muchacho, al principio, se resistía a tragar la medicina psíquica que en dosis tan heroicas le prodigaban. Sus heridas eran aun harto recientes y su modo de ser an-

Biblioteca Pública de Pontevedra

terior todo, se rebelaba contra la pócima. Pero, poco a poco, la enérgica fuerza de persuasión del otro iba infiltrándose en él, cautelosamente al principio, luego sin reparos, invadiendo a sangre y fugo el agostado campo de su alma. Pepito se preparaba a ser hombre de voluntad y de acción, entregándose pasivamente a una acción y a una voluntad ajenas. Al cabo de medio mes, el cisne pertenecía a su salvador. Estaba maduro para comenzar la nueva fase de su vida. En este punto, cuando la curación se hubo presentado franca y total, el otro habló así:

—Yo tengo importantes asuntos en el extranjero. Tú—el salvador tuteaba al muchacho—eres inteligente y culto y puedes servirme de mucho. Mañana sin falta, sales para París, donde recibirás mis instrucciones. El sueldo, por ahora, no será grande pero sí sobrado para tus necesidades, en el plan modesto que es preciso para el desarrollo de mis negocios y para tu propia curación radical. No hay más que hablar.

Pepito vivió en París seis o siete meses, en los cuales la transformación iniciada bajo la influencia del salvador fué desarrollándose. El muchacho, sometido a un trabajo intenso, en el cual se veía obligado a ejercitar la voluntad y la energía, y sin querer para nada enterarse de lo que en Madrid ocurrir pudiera, notaba a cada paso cómo el Pepito anterior a la gran crisis iba

Biblioteca Pública de Pontevedra

esfumándose, disolviéndose, perdiéndose en el no ser, mientras que su lugar lo ocupaba otro hombre distinto, un hombre en el cual, gradualmente crecía la facultad de querer con irresistible empuje. La ilusión de Fanny, basada en el equívoco de las cualidades morales de la muchacha, se evaporó prontamente. Llegó un instantes en el cual el villaviejano la vió tal cual era, es decir, desprovista de todo prestigio que no fuese el de la belleza física. Y aun éste, en París, era fácil de olvidar. Entonces Pepito sintió trocarse su amor en odio, pero en un odio sereno, reflexivo, exento de arrebatos, en un odio que se extendía a don Gumersindo, a la gallina casera, hasta a las inofensivas Lulú y Niní, a cuanto tuviese alguna relación con Fanny. Al morir el amor a la mujer, no quedó en el muchacho más que el amor propio cruelmente herido, demandado venganza. ¡Ah, sí, se vengaría, y de una manera que fuese sonada! Y tal vez esta decisión fué lo que más contribuyó a hacerle voluntarioso y enérgico.

El villaviejano, comparándose *in mente* con Edmundo Dantés, condicionaba su proyecto vindicativo. No tenía prisa; sabría esperar lo que preciso fuere para refinar, para quintiesenciar las torturas que sobre todos los Esparragueras habían de desencadenarse. Comprendía que para ello necesitaba fuerza social, mucha fuerza, y a conseguirla dedicaría sus afanes. Pero

Biblioteca Pública de Pontevedra

una vez en posesión de ella, ¡que temblasen en la casa del grotesco político! Aun quería más; aun ansiaba verles más elevados en posición, descansando tranquilos en las más altivas cumbres, para que la caída fuese más estrepitosa. Dantés esperó a que Morcef fuese conde, general y par de Francia, y Danglars opulentísimo banquero, para lanzar sobre ellos el rayo de su cólera. Así haría Pepito; y como el prisionero de If, buen justiciero, sería inexorable.

La gestión de los asuntos que confiados le estaban marchó por caminos felicísimos. No, no se había equivocado el salvador al elegirle ni tampoco fué tacaño en la recompensa. Al terminar sus trabajos, Pepito tenía unos cuantos miles de francos de su legítima propiedad. Y como vivía económicamente y como había adquirido experiencia de los negocios, fácil le fué establecerse por su cuenta y riesgo, haciendo fructificar su capital. Cada empresa en que triunfaba le daba ánimos para lanzarse a otra de mayor fuste. Por entonces conoció en París a un personaje político español, destinado a ser el artífice de la tercera fase de su vida.

Era un hombre por demás inteligente y despierto, muy poco aprensivo y de los que saben marchar a su objeto sin vacilaciones, saltando por encima de los obstáculos cuando son franqueables, apartándolos con mano ruda y sin temor a las consecuencias cuando no lo son. Este

Biblioteca Pública de Pontevedra

hombre, ya rico y lleno de influencia y valimiento, no tardó en descubrir las raras aptitudes del villaviejano y al punto intimó con él, decidido a asociarlo a su suerte. Juntos, podrían ir muy lejos.

La labor de captación no fué difícil. Estaba Pepito por aquel entonces en uno de esos momentos en los cuales la vida, llegada a uno de sus vértices, carece por sí misma de la impulsión necesaria para trazarse un nuevo camino y espera del exterior la fuerza que ha de marcarlo. Tal desorientación hacía del joven campo fertilísimo para que en él se desarrollasen a su arbitrio las influencias ajenas, y el sagaz político, comprendiéndolo así, supo influir sobre la voluntad que de tal manera inerme se entregaba a la suya con fuerza tan dominante, que, aun con menor esfuerzo que el desarrollado por el salvador, Pepito se convirtió en su juguete. Prometiéndole los medios para su venganza de los Esparragueras, lo hizo suyo, no de otra suerte que Mefistófeles al firmar su contrato con el doctor Fausto.

El político puso al joven al frente del periódico defensor de su causa en Barcelona. Entonces, comenzó un período de luchas épicas. No sólo era preciso combatir sin tregua contra los de la acera de enfrente, sino que dentro de las propias masas que seguían al caudillo se tramaban sordas conspiraciones, mucho más peligro-

Biblioteca Pública de Pontevedra

sas que los embates del enemigo común. A todo había que atender con decisión, prontitud y energía, devolviendo centuplicados los golpes, adelantándose a ellos cuando posible era, atacando para defenderse. Pepito en esta ocasión desplegó cualidades magníficas. Nada le faltaba para conseguir victoria sobre victoria: valor temerario, agresividad rápida y contundente, elocuencia, mala intención, hasta falta absoluta de escrúpulos. Cierto que al principio esto último fué para él muy duro; no podía eximirse de un movimiento de vacilación ante la necesidad de esgrimir armas poco limpias. Pero el desarrollo de la voluntad había llegado a tal extremo de robustez, que pronto ahogaba en el fondo del alma la duda.

Llegó un instante en el cual el villaviejano se declaró a sí mismo que ignoraba el sentido de la palabra remordimiento.

Y vinieron los triunfos políticos locales a la par de los grandes éxitos financieros. Y vino la guerra mundial, vivero fertilísimo de enormes ganancias para hombres del temple de Pepito y de su asociado. La ruina vertiginosa de los pueblos beligerantes fué para ellos caudaloso río de oro a trueque de servicios en aquellos momentos imposibles de regatear. El joven alcanzó con ello la riqueza; su amigo, la opulencia. Y entonces por sí misma se impuso una nueva transformación, si bien tan sólo externa. Era pre-

Biblioteca Pública de Pontevedra

ciso cambiar de ambiente, acogerse al que las actuales circunstancias exigían. Como para don Gumersindo, en un momento feliz de su vida, la libertad se hacía para ellos conservadora. El caudillo, amarrado aún a sus propias masas, no podía tan rápidamente dar la vuelta total a la casaca, pero Pepito sí; llegaba, pues, la ocasiónde acercarse a la legalidad existente. Quedó convenido que así lo haría, desde luego, y sin circunloquios de ninguna clase, el villaviejano.

Además, Pepito comprendía que para su venganza era condición ineludible la de colocarse en la misma esfera social de las víctimas, inclusive en plano superior al suyo. Desde allí únicamente podían descargarse los más certeros golpes. Y para el primero, y no de los menos crueles, se ofrendaba precisamente una ocasión propicia: iba a haber elecciones generales. Molina decidió luchar por Villavieja. Ciertamente las dificultades serían grandes, pues la organización política del megaterio en su feudo era perfecta. Pero en cambio, ¡qué victoria si se conseguía derrotarlo! Pepito volvió a su pueblo, derrochó el dinero, recorrió incansable el distrito, dió conferencias serias, *meetings* truculentos, se aseguró una representación de interventores y de notarios completa. Y como en medio de todo la fuerza del viejo prohombre era puramente ficticia y lo público y palmario

Biblioteca Pública de Pontevedra

del procedimiento electoral que Pepito empleó hizo imposible el pucherazo, el triunfo fué sonadísimo.

La alegría de verse diputado de la extrema izquierda monárquica y de haber causado a don Gumersindo el mayor de los disgustos imaginables, se amenguó en el muchacho un poco por un suceso en apariencia minúsculo: don Manuel Carrasco, el capellán de las monjas, se había negado a recibirle.

Después, las cosas se habían desarrollado fáciles por sí mismas, hasta aquel momento en el cual, por primera vez, ocupaba un alto puesto. Lo difícil, lo peligroso, lo que exigía un continuo esfuerzo, estaba hecho; lo demás era llano y suave. Pepito podía ya ocuparse en perfilar, en pulimentar, en refinar los detalles de la vindicta. Y sin embargo...

Y, sin embargo, ¿por qué en aquellos instantes en que todo a sus ojos debiera aparecer de color de rosa, una extrema laxitud, un cansancio moral le invadían? ¿Sería posible que vacilase él, el luchador ya aguerrido, el intrépido vencedor de tantos combates? ¡No, mil veces no! Y sin embargo... ¿qué era aquello? ¿Flaqueza de la voluntad, apocamiento del espíritu, qué? Era un sentimiento nuevo, una molestia inesperada, una a modo de desazón por el triunfo, de repugnancia por el éxito. Algo allá adentro quería impulsarlo a huir de sí mismo, precisa-

Biblioteca Pública de Pontevedra

mente en el instante en el cual podía cantar victoria.

Pepe Molina hizo un denodado esfuerzo de la voluntad para reaccionar, y reaccionó. Por lo menos así lo creyó él.

Y sin embargo...

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO X

LA RESERVA ESTRATÉGICA

I

Clío, al establecer con riguroso método las andanzas de la familia megateriana desde el trueno del aceite artificial hasta el encumbramiento político de Pepe Molina, señala varias efemérides de importancia entre el rebaño inmenso de los días grises y monótonos. A fuer de cronistas imparciales de tan importantes personajes, no podemos eximirnos de copiarlas del libro de la historia. He aquí, pues, las principales:

10 de enero de 19...—El conde de las Majadas se cubre en Palacio como conde de Malpartida. Mal día para Fanny, que no puede acostumbrarse a la idea de que aquella dignidad no sea suya. Lástima grande que el conde sea ca-

Biblioteca Pública de Pontevedra

sado; a no mediar esta circunstancia, ella procuraría que... porque si ella se lo propusiese, era seguro que... En fin, aún quedan cuatro *posibles*, auténticos y no de similor como aquel danzante de Pepito. ¡Chasco igual! ¡Que tal cosa le hubiese ocurrido a ella! La culpa era de don Gumersindo, que desde el primer momento consideró cosa segura el éxito de las pretensiones nobiliarias de semejante tipo. Pero de los escarmentados nacen los avisados; no le volvería a ocurrir, no. Las majaderías de su venerado padre no tendrían en lo sucesico influencia alguna sobre ella.

13 de marzo de 19...— Crisis parcial. Salen los ministros de la Gobernación, de la Guerra y de Fomento. Don Gumersindo cree llegado el instante de ver cumplido su sueño dorado. El presidente se lo ha prometido con las mayores solemnidades; la Prensa, unánime, declara que no hay más ministro de la Gobernación posible que él; en los círculos políticos nadie opina otra cosa. Momentos antes del de la jura, sin embargo, todo se desmorona. El designado es otro. «por imperiosas e imprevistas circunstancias fortuitas». Pero a don Gumersindo se le debe una amplia indemnización; el Consejo de Ministros acuerda concederle el título de marqués de Casa-Esparraguera. El nuevo marqués se resigna, «pensando — según dice — en sus hijas». Desde aquel día toma la costumbre de, al hablar

Biblioteca Pública de Pontevedra

de sí mismo, hacerlo en impersonal: «el marqués de Casa-Esparraguera dice... el marqués de Casa-Esparraguera afirma... al marqués de Casa-Esparraguera no le asombra...» Además, no vuelve a salir a la calle sin llevar la corona en los siguientes lugares: el forro del sombrero, el alfiler de corbata, la petaca, la cartera, el puño del bastón, la tapa del reloj y el medallón de su cadena, los gemelos de la camisa, el pañuelo, la ropa interior, prenda por prenda, y la sortija, mejor dicho, dos sortijas de sello, una en cada mano.

28 de octubre de 19...—La lista de los *posibles* sufre una importante merma. Coincidiendo con el regreso de los últimos veraneantes, se anuncian oficialmente las bodas de dos de ellos, que son, por triste casualidad, precisamente los que más gustan a Fanny. El pavo real, sin embargo, se consuela pensando que aún quedan otros dos; a ellos, pues. Plan de seducción hábil y cautamente preparado; primeros pasos prudentes y meticulosos; grandes esperanzas... Esperanzas, no; seguridades. Los otros se casaban con otras porque ella no se había propuesto en serio conquistarlos, que a haber querido...

15 de febrero de 19...—Otra crisis parcial; don Gumersindo es ministro de Gracia y Justicia. Pero este suceso, en realidad, carece de importancia, pues va llegando a la categoría de la costumbre. Hoy de un ramo, mañana de otro

Biblioteca Pública de Pontevedra

(menos de la Gobernación; ¡también es fatalidad!), el eminente estadista, enciclopedia viviente, recorre toda la vasta esfera de la administración hispana. En un arranque de sinceridad, declara que sus aptitudes son tan varias que lo mismo desempeña un cargo que otro. Nadie le contradice.

29 de abril de 19...—¡Escándalo monumental! ¡Sorpresa inaudita! Lulú, una tarde, no regresa al hogar. Llega la hora de comer y tampoco viene el acostumbrado recadito: «Me quedo con las de Fulánez.» Dan las once y las doce de la noche, da la una de la mañana. El megaterio y comparsa, presas de horrible inquietud, hace rato que, según frase de la gallina casera, «no viven». Don Gumersindo, aturdido, no hace más que gimotear ruidosamente, pero sin adoptar determinación alguna. En cambio, Fanny manda, ordena, trabaja por todos: telefonear a la Dirección general de Seguridad y a todas las Casas de Socorro; que el criado Mengano, que es hombre avispado, salga en tal y en cual rutas; «A ver, ¿qué han contestado de la Dirección? ¿Que no saben nada? Pues telefonear al ministro, para que les eche un rapapolvos. Oiga usted, Zutana, por lo que pudiera ocurrir, tenga usted abundante agua hervida, un balón de oxígeno, vendas, esparadrapo, gasa antiséptica, bromuro... al doctor, que venga en seguida, y que traiga lo que crea necesario para

Biblioteca Pública de Pontevedra

un accidente de automóvil... porque que hay accidente es indudable.» La noche pasa y la desazón familiar crece por momentos. A la madrugada, a don Gumersindo se le puede coger con cucharón; doña Tomasa está enferma, Niní ha tenido quince ataques de nervios y hasta la misma Fanny siente decaer sus ánimos. Por fin, a las nueve llega una carta; la letra del sobre es de Lulú y, ¡oh maravilla!, no revela la menor alteración en sus acostumbrados caracteres. La familia rodea, anhelante, al pavo real, que es quien se dispone a la lectura. ¡Horror y abominación! La lagartija, con cuatro frases concisas, tranquilas, hasta burlonas, declara que se ha escapado con Luisito Gosálvez, eminente deportista; que está depositada en casa de las de Morondánguez, y que la boda se verificará en breve, venga o no venga el consentimiento paterno... que sí vendrá. La noticia cae en la tribu megateriana peor aún que si anunciase que la muchacha tenía los cuatro remos rotos. ¡Aquello es un infierno! El marqués sangra por la herida abierta en el costado de sus nobles antepasados (conviene advertir que, a estas fechas, don Gumersindo poseía ya antepasados; por lo menos, hablaba de ellos); la marquesa tiene cuarenta grados y décimas; a Niní hay que amarrarla; Fanny calcula que aquel golpe puede repercutir, y de manera muy triste, en sus proyectos matrimoniales, y su furor no reconoce

Biblioteca Pública de Pontevedra

límites. Pero, ¿qué hacer? Contra los hechos consumados no cabe recurso. Afortunadamente allí está el talento, mejor dicho, el genio, representado por el insigne estadista, para resolver todos los conflictos: «Haremos a ese granuja diputado de la mayoría... ¡Qué remedio!

5 de mayo de 19...—Las desgracias nunca vienen solas. El marqués de Casa-Esparraguera, ministro de Gracia y Justicia, es derrotado en las urnas villaviejanas. Y para mayor escarnio, ¿por quién? Por el farsante, por el timador, por el presidiario de Pepe Molina, por aquel mísero provinciano que todo se lo debía a ellos, a los Esparraguera, que habían sido para él como unos padres y a los que pagaba con la más inicua de las traiciones. Y si el marqués estaba furibundo, Fanny llegaba al colmo de la ira. En la imaginación cogía al novel diputado y le sometía a las torturas más crueles, perforándole los ojos, arrancándole el pellejo a tiras con sus propias pulidas uñas. ¡Ah! ¡Con cuánto placer lo haría tal cual lo pensaba! ¿Qué se proponía aquel sinvergüenza? ¿Era una declaración de guerra? En tal caso, ¡que se preparase! Ella sabría responder cumplidamente a toda clase de ataques. Y entonces, ¡ay de él! ¡En cuanto diese un paso en falso... que sí lo daría!

2 de junio de 19...—Boda a cencerros tapados de Lulú Esparraguera y de Luisito Gosálvez. Con harto dolor de su corazón, el marqués

Biblioteca Pública de Pontevedra

se ve obligado a renunciar a las acostumbradas exhibiciones que en tales casos son de rigor entre las gentes de su clase. Ni durante tres tardes se exhibe el *trousseau*, para que rabien las de López y las de Pérez; ni hay ostentosa ceremonia nupcial con iglesia llena de flores, marcha a toda orquesta de *Lohengrin*, padrino y testigos de uniforme y bandas y chupinazo de magnesio. Ni se puede soñar con el almuerzo o con el té de ordenanza, ni mucho menos con la columna y media que cada periódico diario debe dedicar al asunto. No; los novios se casan en traje de automóvil, a las seis de la mañana y en una capilla punto menos que anónima. Don Gumersindo actúa de padrino, pero no se digna dirigir la palabra al que ya es su yerno, adoptando durante todo el acto un continente olímpico. Fanny, que acusa a su hermana de haberle estropeado sus combinaciones, brilla por su ausencia.

7 de septiembre de 19...—Fanny tiene razón. ¿A qué achacar, en efecto, sino a la locura de la lagartija, el que en aquel verano sus sabias maniobras, sus calculadísimos pasos, sus artes sutilísimas para pescar a uno u otro de los dos *posibles* que aún quedaban en la lista diesen por resultado el que ambos, en efecto, se casasen, pero con otras muchachas? La cosa ya picaba en historia y era para desesperar a un santo de palo; bastaba que una mujer como ella, hermo-

Biblioteca Pública de Pontevedra

sa y rica, gustase de un hombre, para que al punto brotasen en él decididos propósitos matrimoniales, pero por otro camino. El pavo real, la muerte en el corazón, no puede ocultarse a sí misma la derrota; sí, ha fracasado, es inútil negarlo. Pero como buen estratega, trata de salvar de la catástrofe lo aún salvable. Es preciso rehacer el catálogo de los *posibles*, si bien ahora con mucho más modestas pretensiones. Fanny se contentará con un título de Castilla, y si la apuran mucho, con un joven no titulado (puesto que ella ha de heredar la dignidad nobiliaria de su padre), con tal de que sea de *buena familia*. ¡Ah! ¡En este punto no transige! ¡Aquí sí que no son tolerables las más leves claudicaciones! Preferible sería quedarse soltera que *descender* hasta un plebeyo. Y todo ello obedece a que Fanny cree ya a pies juntillas en los antepasados que asegura tener don Gumersido... ¡perdón! El marqués de Casa-Esparraguera.

27 de septiembre de 19...—Crisis parcial número enésima multiplicada por el infinito. El marqués de Casa-Esparraguera pasa de Gracia y Justicia a Estado... y cae en la cuenta de que aquello es mucho mejor que Gobernación. El marqués abandona, en su calidad de ministro de jornada, Biarritz por San Sebastián; es presentado a los embajadores y ministros plenipotenciarios extranjeros, y nota con orgullo que a todos les divierte mucho, por lo cual empieza a

Biblioteca Pública de Pontevedra

creer que para que en su jardín espiritual no falte flor alguna, hasta la del ingenio se desarrolla en él espléndida. Tan sólo aquel bobalicón de representante de China no se ríe al verle, antes bien, lo mira con asombro. Pero ¿quién hace caso de tamaño *indígena*? Porque el marqués, que va para académico, llama *indígenas* a los *exóticos*. También le produce admiración el que los que en España son *emigrantes* se conviertan en *inmigrantes* con sólo pisar tierra americana.

4 de octubre de 19...—¡Catástrofe espantosa! Los liberales han dado el asalto al Poder; la situación conservadora se desmorona ruidosamente, y, para mayor dolor, precisamente cuando iba a comenzar el desarrollo del programa inscrito en su bandera. El marqués, apenas gustadas las mieles de su nueva distinguidísima posición, ve con desgarramiento de las fibras más sensibles de su alma cómo huyen de sus labios. Pero esto no es todo: ¡Pepito Molina toma posesión de una subsecretaría! Ante tamaño golpe, al desgraciado ex ministro parécele que el mundo se le viene encima. El marqués, al ver tal abominación, cree que la fuga de Lulú y el consiguiente matrimonio han sido, en comparanza con ella, una suerte. Sí, antes de que tal enormidad pudiese haber ocurrido, que se escapasen también Fanny y Niní y hasta doña Tomasa. Por su parte, el pavo real se repite su pregunta:

Biblioteca Pública de Pontevedra

¿Qué se propone aquel chico? ¿Cuáles son sus miras, sus proyectos, sus planes? Porque si viene en son de guerra...

II

Fanny comenzó a cansarse de su actitud vigilante. Corría el tiempo y los temidos ataques del odioso subsecretario no se esbozaban por ninguna parte. Molina guardaba con sus ex amigos una actitud fría, cual si nunca los hubiera conocido. Como apenas frecuentaba los teatros y diversiones, pasábanse meses enteros sin tener ocasión de que la muchacha y él se viesen. Casi tan raras eran las veces en las cuales el marqués y Pepito se hallaban frente a frente; pues aquél, desde su derrota electoral, había huído del Congreso para refugiarse en el Senado, *local* que le parecía mucho más concordante con su posición aristocrática. La verdad es que aquella tertulia del Salón de Conferencias era muy ramplona y soez; en la Alta Cámara don Gumersindo encontraba público asaz más distinguido. ¡Y cuánto le querían! ¡Cómo se reían con sus cosas!

Con todo ello, la muchacha comenzó a tranquilizarse y a pensar que, al atribuir nefandos

Biblioteca Pública de Pontevedra

propósitos a su antiguo novio, se había equivocado. No; si en medio de todo era un pobre chico, bastante tonto, eso sí, pero sin trastienda alguna. ¡Lástima que lo del condado de Malpartida no hubiera cuajado! Porque Fanny estaba segura de que si a aquellas horas Pepito fuese su marido, ella le llevaría del ronzal adonde quisiese, aun con mayor facilidad que a su venerado padre. Pero, en fin, lo pasado ya no tenía remedio... Es decir, remedio, lo que se llama remedio, aún pudiera caber. Ella había ya renunciado a la grandeza, y, ciertamente, en el marco de sus actuales aspiraciones encajaba muy bien Pepito. Si fracasaban—Fanny se había vuelto un poco pesimista—los *posibles* del momento, quizás se pudiese pensar en Molina. Cierto que la ofensa inferida a éste había sido espantosa; pero, ¡qué diablos!, donde hubo fuego siempre queda rescoldo, y además, la joven estaba segura de su poder de seducción sobre el infeliz villaviejano. Vamos, que de empresas bastante más difíciles se sentía ella capaz. Por de pronto, convenía restablecer las relaciones puramente amistosas, o por lo menos tantear la posibilidad de su restablecimiento. Y con sus tradicionales cálculo y habilidad empezó a trazar las primeras líneas del proyecto.

La mayor dificultad que halló fué lo escondido que andaba el flamante subsecretario. Naturalmente, todo el plan de la ex diosa reposaba

Biblioteca Pública de Pontevedra

sobre la base de tropezarse con Pepito en lugares neutrales; comenzaría por un saludo, cosa a la cual el muchacho no podía negarse; poco a poco, eligiendo bien el terreno, vendría el cruzar algunas palabras indiferentes... y ya no hacía falta más. Fanny estaba segura de, con una sola mirada, reavivar el incendio del alma del villaviejano, incendio que su orgullo no podía creer extinguido, sino latente. Era muy poco hombre Pepe Molina para no rendirse sin condiciones a una mujer como ella en cuanto se lo propusiese. Lo malo era la imposibilidad de echarle la vista encima. ¿Dónde se metería aquel majadero? Porque a su despacho oficial o al Congreso no podía ella ir a buscarlo. Pero era forzoso que además fuese a algunos otros lugares. Urgía averiguarlos.

Así lo hizo, con discreción perfecta pero muy escaso éxito. Sus sutiles pesquisas dieron muy poco de sí. Pepito, es decir, el señor de Molina, cumplía rigurosamente su cometido burocrático y luego sumíase en profundísimas tinieblas. ¿Diversiones? Cero. Fanny perdió lastimosamente el tiempo al desparramarlo por cuantos lugares compatibles con su decoro ofrecen en Madrid esparcimiento al ánimo. Pero tampoco por los otros, los ya no tan santos, se veía jamás al joven subsecretario; las seguras informaciones de la hermosa daban resultados totalmente negativos. Tan sólo un día y por pura

Biblioteca Pública de Pontevedra

casualidad pudo ver un instante al fugitivo, al pasar por delante de la puerta lateral del Congreso. Iba Fanny en su coche y muy despacio por la aglomeración de vehículos, y Pepito descendía del suyo, deteniéndose para hablar con un cualquiera que le acechaba. No advirtió el joven la presencia de la que fuera un día su amor, pero ella le pudo ver muy bien. Con estupefacción, hallole avejentado, representando muchos más años de los que en realidad sumaba. El aspecto era como de fatiga, de hondas preocupaciones tal vez. Y la orgullosa Juno, muy satisfecha, no dejó de atribuirlo a la pena causada por la decepción amorosa. Sí, seguramente Pepito la llevaba aún en el corazón.

Ello redobló su afán por atraer de nuevo al muchacho, y para conseguirlo juzgó que el conducto más seguro y el que menos podía lastimar su amor propio era su ilustre padre, el insigne marqués. Claramente, sin ambages ni rodeos y acostumbrada como estaba a ejercer sobre él la más ominosa tiranía, se lo ordenó en pocas palabras. Pero el ex ministro se puso por las nubes. ¿Humillarse él ante tal mequetrefe, ante el ladrón de su acta por Villavieja? ¡Nunca! Si Pepito se llamase conde de Malpartida, bueno; podrían tratar de igual a igual. ¿Pero siendo sólo Molina a secas? ¡Jamás, jamás! Fanny permitió que el encono de su venerado progenitor se desahogase y en seguida repitió tranqui-

Biblioteca Pública de Pontevedra

lamente la orden, sin más explicaciones. Entonces don Gumersindo, sin hacer la menor objeción, se dispuso a obedecer. Así era siempre.

Fué al Congreso; pasó por su abandonada tertulia sin detenerse y repartiendo ademanes protectores, y cayó sobre el subsecretario en el pasillo. Acorralándolo contra la pared, moliéndole a abrazos y llamándole cariñosamente «ingrato» y «mala persona», preguntóle cómo pudiera ser posible que las pequeñeces de la política entibiasen siquiera un afecto tan puro, tan hondo y tan antiguo como el que les unía. Pepito recibió el chaparrón con extrema cortesía, dijo también algunas frases amables y aseguró que él sentía por el respetable hombre público sincero afecto. Don Gumersindo creyó con ello que las paces estaban definitivamente firmadas y se atrevió a invitar a comer al joven. Pero entonces Pepito, pretextando sus muchas ocupaciones y ciertos ligeros alifafes gástricos, que le obligaban a rigurosa abstinencia de todo regalo, aplazó la aceptación del convite para más adelante.

Hasta aquel momento, en efecto, el megaterio no había notado la honda transformación sufrida en plazo relativamente tan corto por su ex secretario particular. Chocáronle su palidez, su adelgazamiento, aquel sello de tristeza y de laxitud, los hilos de plata que comenzaban a deslizarse por su sienes. «Este chico está muy

Biblioteca Pública de Pontevedra

malo», pensó, y al punto dió amplia salida al caudal de lugares comunes propios del caso. Nada, apresión, exceso de trabajo... eso, eso que llamamos... que llamamos *surmanege*, eso es. «Te conviene no tomar la subsecretaría muy en serio, no ocuparte de nada... quizás una temporadita de campo. Mira, precisamente yo voy a inaugurar la restauración de mi castillo de Valdeliebres. Ven conmigo un par de semanas. Verás qué bien te sienta. ¡Chico, aquello es un sanatorio!» El joven declinó también esta segunda invitación y despidiéndose cortésmente, se fué al Salón de Sesiones.

El marqués explicó, a su modo, el resultado de sus gestiones diplomáticas a Fanny. ¡Oh, Pepito se había conmovido mucho! ¡Hasta había llorado! ¿Preguntar por ella? Desde las primeras palabras. Pero no podía desprenderse del miedo a hallarse de nuevo en su presencia; sus fechorías eran demasiado gordas para, pese al generoso perdón de la ofendida, olvidarlas en un instante. Sí, se moría por volver a pisar las alfombras de su casa; pero quería someterse a una penitencia aún mayor, hacer méritos, rehabilitarse a sus propios ojos. Además, estaba malo, muy malo; era algo del estómago... como no fuese del hígado. Sin embargo, ahora tomaba unas píldoras que le sentaban muy bien. Los médicos afirmaban que, de seguir así, en un plazo muy breve...

Biblioteca Pública de Pontevedra

Fanny, cual de costumbre, se tragó todas las mentiras del insigne repúblico. En este caso, además, halagaban su amor propio hasta un punto tal, que casi le permitían olvidar el mal sabor de sus repetidos fracasos. ¡Oh, el hombre que, aunque no fuese más que un día, se interesase por ella, no tenía remedio! ¡Esclavo para el resto de su vida! Su bondad, en aquellos momentos, llegó hasta el límite de sentir un poco de compasión por Pepito. ¡Pobre muchacho! ¡Era un badulaque, ciertamente, pero no tenía mal fondo. Y además, ¡cómo la amaba!

Con todo ello, juzgó la hermosa que su triunfo era infalible y ya no tuvo prisa. Quizás una precipitación hiciese fracasar los proyectos que contra el *posible* de turno desarrollaba en aquellos instantes. No, no había por qué apurarse. Aquella breva, siempre madura, podía esperar en la rama todo el tiempo que se quisiera y cualquier momento era bueno para cogerla. Fanny, que había leído muchos comentarios técnicos durante la gran guerra, otorgó entonces un nuevo remoquete a Pepe Molina. Para su uso particular, le llamó «la reserva estratégica».

Biblioteca Pública de Pontevedra

III

La indefinible sensación sufrida por Pepito al quedarse sólo en su despacho oficial, y después de la ojeada retrospectiva a los últimos años de su existencia, fué en aumento. Cada día la molestia que a sí propio se producía era mayor. quitándole el ánimo, no sólo para gozar de su triunfo, sino también para los otros placeres que su juventud y su dinero pudieran brindarle.

El subsecretario sentía desdoblarse su personalidad en dos diametralmente distintas; era una de ellas el personaje que todos veían; otra, el Pepito interior, íntimo, al principio vagamente inquieto; luego, y por gradaciones imperceptibles, cada vez más descentrado, más poseído de la misantropía. Analizando nerviosamente su estado espiritual, el villaviejano llegaba a la triste conclusión de que se odiaba a sí mismo. Hubiera querido que el desdoblamiento fuera de otra suerte y que en vez de producir un ser visible para todos y otro únicamente para él, diese otro resultado: un Molina anterior a la crisis gravísima, otro posterior a ella; el primero, con todas sus ilusiones, con todos sus entusiasmos, con su rectitud toda; el segundo, car-

Biblioteca Pública de Pontevedra

gado con las pesadas culpas de los años de lucha. Entonces, él buscaría un refugio espiritual en el uno, abandonando al otro a su triste suerte. Pero veía la imposibilidad de su anhelo y que, nuevo Sísifo, jamás le abandonaría ya la ingente mole del pasado. Viviese lo que viviese, aquella piedra que sobre sus espaldas gravitaba sería la que, en definitiva, había de cerrar su tumba. Y por un fenómeno de autosugestión las malas acciones se agigantaban en su mente, hasta convertirse en abrumadoras montañas. En vano hacía los más desesperados esfuerzos por apartar de sí el recuerdo, por aturdirse, por olvidar; era inútil su empeño. Todos y cada uno de los días pecaminosos renacían de continuo, tenaces, implacables. Era una repetición indefinida, siempre igual a sí misma, obsesionante, parecida a la gota de agua que con regularidad matemática horada las piedras.

Lo más triste para el infeliz era que aquello había nacido con lo que debiera, a su juicio, traerle la tranquilidad. En los momentos de lucha, todo se había deslizado sin esfuerzo, sin dejar en el alma señal alguna. Pepito, entonces, cuando era preciso batirse sin tregua, había hallado en sí mismo fuerzas harto sobradas y el fragor del combate o la satisfacción de la victoria, bastaban para impedir todo conato de resistencia anímica. Era ahora, en la plena posesión de los laureles, cuando brotaba lo que él

Biblioteca Pública de Pontevedra

aún no sabía cómo calificar. ¿Remordimiento? No, no; bien reciente estaba aún el instante en el cual él se había declarado incapaz de padecerlo. ¿Qué era entonces? ¿Por qué, imperiosa, sentía la necesidad de huir de sí mismo, de esconderse a sus propias miradas?

La autosugestión oblicuó prontamente hacia la autodevoración. Vino un momento en el cual el muchacho llegó a hallar un placer morboso en el cultivo de su propio dolor. Ahora, en vez de tratar de que el torcedor huyese de él, él mismo lo buscaba, ahondándolo, avivándolo, excitándolo, cual herida abierta sobre la cual se derramase hirviente aceite. Una confusa esperanza de que tal vez por ahí viniese la curación, por el mismo exceso de sufrimiento, le movía. Y en este punto, ya no ansiaba desdoblarse, antes al contrario, quería apasionadamente ser único consigo mismo. Pero sus esfuerzos fueron vanos; tan sólo consiguió reconcentrar en uno solo la suma de horror que sus recuerdos despertaban. La obsesión encarnó íntegra en la figura de don Manuel Carrasco.

Para mayor tormento, las memorias gratas, felices, inocentes, precedían siempre a las lacerantes. Al evocar en la imaginación la candorosa y honrada persona de su antiguo preceptor, Pepito evocaba también aquellos años juveniles, luminosos, forjadores de ensueños y esperanzas; aquellos gratísimos paseos bajo los ár-

Biblioteca Pública de Pontevedra

boles de la carretera, llenos de paz y de ventura, en los cuales su alma había ido formándose, segura de su propia rectitud. Y, ¡contraste terrible!, no bien el cuadro terminaba de revestirse de los colores más risueños, aparecía aquel otro, el reciente, el que ahora sangraba y sangraría hasta sabe Dios cuándo. Pepito se veía llegar a la humilde casa del pobre capellán de monjas, ávido de un abrazo, de unas cuantas palabras que del corazón brotasen, de un instante de olvido de la vorágine que le envolvía. Necesitaba un reposo para el alma, aunque fuese tan momentáneo como aquél. En la intimidad del anciano, Pepito hallaría nuevas fuerzas para la batalla... Y entonces, aquella puerta se cerraba ante él. Tras ella se escondía quien más le amaba en el mundo. Y el joven comprendía de sobra lo inmenso del dolor que allí dentro quedaba.

¡Oh! ¡Al clérigo le sobraban motivos para, aun a costa de destrozar su propio corazón, proceder como procedía! En este punto, Pepito no podía hacerse ilusiones. Sus campañas más duras, allá en Barcelona, habían tenido por blanco a la Iglesia. Contra ella, llevado de la necesidad de adular la barbarie de las masas radicales, se había desatado en la forma más cruel, más injusta, más salvaje. Cual de costumbre en tales casos, el muchacho no había vacilado ante la calumnia, creyéndola en aquellos instante

Biblioteca Pública de Pontevedra

de locura arma de buena ley contra un enemigo del cual sólo beneficios recibido había. Aunque el tópico estaba ya harto manoseado, a pesar de que sólo causaba efecto sobre los espíritus más cerriles, Pepe Molina especialmente arremetió ciego contra los jesuitas, culpáldoles de todos los males que sufría el mundo y amontonando sobre ellos el ingente montón de estúpidas mentiras que ya de antiguo el fanatismo arroja sobre la valerosa milicia de Dios. Y ahora, la idea de que el autor de tamaños desafueros, de tan vergonzosas aberraciones era él, le abrumaba sobre toda ponderación. Pepito se daba asco a sí mismo, y el tormento espantoso de tener que soportar a toda hora su propia podredumbre moral, era semejante al del leproso; mucho peor aún: el desdichado que ve desprenderse corroidos en vida por la muerte sus propios miembros, no tiene la culpa de ello. Sí, don Manuel Carrasco había hecho bien al cerrarle las puertas de su honrado hogar.

El dolor espiritual se agudizaba a cada hora, repercutiendo ya sobre la materia. Pepe Molina, al mirarse al espejo, se aterraba ante los síntomas desastrosos que la azogada superficie le devolvía. ¿Era aquél el hombre joven aún, lleno de bríos y de salud, de pocos meses antes? ¡No, no; imposible! El infeliz no se reconocía en aquellos ojos hundidos, en aquellas mejillas

Biblioteca Pública de Pontevedra

exangües, en aquellas canas prematuras, frutos insanos de su tortura. Estaba enfermo, muy enfermo, quizás perdido. Y la trágica idea, si bien al principio le espantó, parecíale a poco inmerecido bien. Era el descanso, el acabamiento de su dolor; al caer de golpe en el mar de la nada, cuando las negras olas del no ser se cerrasen sobre su cabeza, todo habría concluído. Una tarde Pepe Molina llamó con desesperada esperanza a la muerte.

IV

Y vino la intrusa, obediente al conjuro. Vino cuando la primavera sonreía y los plátanos familiares de la carretera tornaban a vestirse de verdura. Penetró en la humildísima alcoba y puso sus descarnadas manos sobre el corazón de un pobre viejo. El mundo no se enteró de tan nimio suceso; pero los ángeles se regocijaron, y allá arriba las áureas puertas se abrieron de par en par para recibir a un santo.

Acá abajo, unos cuantos amigos llevaron al cementerio de Villavieja los restos de don Manuel Carrasco. La tierra madre formó un diminuto montecillo sobre su huesa y una sencilla cruz de madera le amparó bajo sus místicos bra-

Biblioteca Pública de Pontevedra

zos. Después... después, no pasó nada; porque el que se muriese un triste capellán de monjas no merecía la pena de pasar a la historia. La vida, indiferente, siguió su curso.

Eran pocos, muy pocos, los que habían seguido al ataúd del clérigo. Apenas si llegarían a media docena. Ni tenía parientes ni apenas trataba a nadie. *El Eco de Villavieja,* como no recibió papeleta que publicar, no creyó deber dignarse dar la noticia. ¿A quién pudiera interesarle? La ciudad ignoró la desaparición de uno de sus más insignificantes vecinos.

El modesto cortejo mortuorio se dispersó al salir del camposanto. Cada cual volvióse a sus ocupaciones o a sus ocios, reanudando su existencia habitual un punto interrumpida. Y por bajo aquellos plátanos que tanto había amado don Manuel y que ahora, para verle pasar por última vez, recobraban su pomposa vestidura, tornaban a sus lares dos de los acompañantes: uno de ellos era el señor provisor del Obispado; el otro, el señor maestreescuela de la Santa Iglesia Catedral.

—¡Pobre señor Carrasco!—decía el primero—. En el poco tiempo que pude tratarle, había en verdad llegado a encariñarme con él. Pero usted, señor maestreescuela, que no es como yo, un recién llegado a Villavieja, que sin duda hace muchos años que le conocía, cuénteme algo acerca de él y también de ese singular en-

Biblioteca Pública de Pontevedra

cargo que esta misma mañana ha llegado a mi conocimiento.

—El señor Carrasco—repuso el maestrescuela—era un excelente hombre, sacerdote ejemplar, quizás sobrado cándido. No conocía al mundo ni a sus maldades. Fué, por sus culpas, preceptor, amigo íntimo, *padre espiritual* según él decía, de don José Molina, el hoy subsecretario.

—¿De Molina? ¿Qué me cuenta usted? ¿De ese que tanto dió que hablar en Barcelona?

—Del mismo. Ha de saber el señor provisor que este Molina era un muchacho bonísimo, de la mejor calidad moral posible, hasta que de repente y no sé bien por cuáles motivos, dió el cambiazo, convirtiéndose en el calamitoso personaje que hoy vemos con asombro los que le hemos conocido en otros tiempos mejores. Don Manuel le adoraba. Costó improbo trabajo el convencerle de la brusca transformación. No quería creerla; llamaba calumniadores a los que le contaban las hazañas de su pupilo, y al ver los escritos de éste firmados, decía que eran de otro con iguales nombre y apellido. Cuando no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia, su pesar fué tan grande que le ocasionó la enfermedad que había de llevarle al sepulcro. Conviene añadir que, cuando en las elecciones el tal Molina vino por aquí, tuvo la desfachatez de presentarse en su casa, y también que no fué recibido.

Biblioteca Pública de Pontevedra

Pero el terrible esfuerzo que tal determinación costó al pobre hombre fué lo bastante para acabar con él. Desde entonces, y como suele decirse, el infeliz no levantó cabeza. Lentamente fué periclitando, hasta que Dios se apiadó de él. Esta es la triste historia que tal vez explique el encargo a usted confiado. Si no me equivoco, el tal encargo es...

—Es que, en propia mano, entregue cierto pliego a una persona cuyo nombre sabré al romper, a la vuelta del entierro, el sobre que lo encierra. El señor Carrasco, en una conmovedora carta que recibí después de su defunción, así me lo pide por amor de Dios y con el mayor interés.

—Esas eran, en efecto, mis noticias. El pliego es para el propio Molina. Supe que don Manuel, al notar cómo se acercaba el fin, había escrito cierta carta a su ex pupilo, carta que debía serle entregada después de su muerte. Es más, supe también que la tal epístola fué repetidamente redactada; el buen Carrasco rompió muchos pliegos antes de decidirse a encerrar en un sobre el definitivo. Tan pronto su obra formaba abultado montón de papel como se limitaba a unos cuantos renglones...

—Bueno, pero todo eso—interrumpió el provisor—no me da la clave de por qué he de ser yo quien...

—Varias hipótesis se me ocurren y quizás la

Biblioteca Pública de Pontevedra

verdad resida en el conjunto de ellas. Es posible que Carrasco desease que nadie en Villavieja tuviese conocimiento del paso que se proponía dar, y al efecto pensase en un casi forastero, por lo menos en un recién llegado; es posible asimismo que, con el mismo objeto, quisiera aprovechar los frecuentes viajes que usted está obligado a hacer a la capital. Por último, decidido a servirse de una persona absolutamente discreta, es natural que se acordase de usted, señor provisor.

—Muchas gracias por la merced, señor maestrecuela. Pero la cosa no debiera ser tan secreta puesto que usted no lo ignora.

—¡Ah! En primer lugar, yo era el amigo que más veía en estos últimos tiempos el excelente presbítero, y en segundo, puede usted creer que, a pesar de esta calidad, sólo una serie de casualidades me permitió enterarme de sus propósitos. Estoy seguro de que, directamente, no los ha puesto en conocimiento de nadie. Don Manuel atribuía a tal carta virtudes curativas importantísimas para los males espirituales del famoso político; estaba seguro de que, en cuanto la recibiese, iba a abandonar el mal camino. Quiera Dios que su candoroso buen deseo no le haya equivocado.

—Sí, quiéralo Dios. Ciertamente que la intercesión de un bienaventurado como nuestro amigo puede obrar milagros asombrosos; pero...

Biblioteca Pública de Pontevedra

—Eso mismo pienso yo; pero... En fin, esperémoslo caritativamente.

—En cuanto a mí—terminó el provisor—, y si todo ello es como nos lo figuramos, pronto quedará el encargo cumplido, pues precisamente debo salir para Madrid, Dios mediante, en la próxima semana. Tendrá gracia mi visita a Molina. Procuraré que los periodistas no se enteren de ella, pues si me ven llegar, ya oigo sus comentarios: «¡Buen cura debe ser éste! De seguro que es de los que cuelgan los hábitos.»

.....

Las aprensiones del señor provisor no se realizaron. Pepe Molina, en cuanto recibió la esquela en la cual el otro le rogaba le señalase día y hora para verle en el propio domicilio particular, se apresuró a acceder a ello. Y el eclesiástico pudo, en brevísima entrevista, cumplir su encargo.

—Soy, señor Molina—dijo, sin aceptar la invitación a sentarse—, el portador de una carta que un antiguo amigo de usted me rogó pusiese en sus manos. Hela aquí.

—¡De don Manuel!—gritó Pepito, al reconocer la letra del sobre—. ¡Gracias a Dios! ¡Me escribe...!

—Si a usted le parece, podemos modificar el tiempo del verbo. Don Manuel no le escribe a usted; le ha escrito.

El subsecretario miró al provisor con cierto

Biblioteca Pública de Pontevedra

asombro. ¿Qué significaba aquel distingo? ¿Era tan sólo una pedantería del clérigo, deseoso de que la gente se enterase de que sabía gramática, o encerraba otra representación? El provisor no le dejó mucho tiempo en la duda.

—Digo que don Manuel no le escribe a usted, porque hace hoy ocho días hemos dado cristiana sepultura a sus restos.

—¡Ha muerto!

—Como un santo. Y si usted no tiene nada que disponer...

Y el provisor, tras una ligera reverencia, tomó la puerta y se plantó en la calle. Pepito, aturdidísimo, no hizo el menor esfuerzo por detenerle.

Biblioteca Pública de Pontevedra

CAPITULO XI

LA ÚLTIMA METAMORFOSIS

El mecánico creyó haber oído mal. Atónito, se hizo repetir la orden. No, no cabía duda; allí era donde quería ir el señor subsecretario. Bueno, afortunadamente acababa de rellenar el depósito de la gasolina y las bandas estaban nuevas. Porque el viajecito se las traía.

El automóvil salió de Madrid y comenzó a rodar velozmente por la blanca carretera polvorienta. Era un camino poco frecuentado; algunos carromatos, tal cual trajinante, mozos de labranza que regresaban de los agros con sus pares de mulas. El peón caminero, al ver pasar un auto, lo miró con asombro. ¡Y era el de un personaje oficial! ¿Adónde diablos iría aquel señorón, a tales horas y por tal ruta?

Los últimos fulgores del sol poniente rompían en los cristales. Atrás quedaba una sutil nube de vaho, señalando el emplazamiento de la capital de todas las Españas. Pero el ocupante del coche no se dignó mirarla; sus ojos, bri-

Biblioteca Pública de Pontevedra

llantes y alegres, se dirigían tenaces hacia adelante, muy adelante.

Pepe Molina iba muy contento. Parecía que, libre de la atroz pesadilla, recobraba sus ansias de vivir, la salud, el denodado esfuerzo. Sí, ya no era la víctima de sí mismo, el calvario de su propia cruz, el cadáver viviente que presencia su miseria hedionda. Era otro hombre; el cisne y el zorro habían muerto. Y, para ellos, sí que la muerte era la nada.

En la lejanía se perfilaba ya un caserón grandioso rodeado de altos muros. Al verle, el joven sintió que su alegría aumentaba aún. Asomose a una portezuela y gritó: «¡Más de prisa, más de prisa!» El automóvil, obediente al mando, se lanzó en loca carrera. De pronto se detuvo ya frente a los umbrales del monumento. Pepe saltó con ligereza y dijo al mecánico: «Puede usted volver a Madrid. Yo me quedo aquí.»

Y vió marchar al coche, empequeñecerse gradualmente por la carretera, desaparecer en una revuelta. Entonces se dirigió resueltamente a la puerta del caserón y dió en ella dos aldabonazos. Al punto, un hombre vestido de burdo paño blanco y con luengas barbas negras apareciósе en el quicio. Pepe y él cambiaron breves palabras. Luego, se metieron dentro.

Y la puerta de la Cartuja se cerró suavemente...

Torres de Meirás, agosto-septiembre 1922.

Biblioteca Pública de Pontevedra

ÍNDICE

		Páginas.
CAPITULO	I.—El héroe.....	5
—	II.—El excelentísimo señor don Gumersindo de la Esparraguera.	33
—	III.—Madrid, castillo famoso...	61
—	IV.—El secretario particular.....	87
—	V.—El cisne cría alas.....	119
—	VI.—Las alas del cisne.....	159
—	VII.—El sombrero gris.....	187
—	VIII.—El cisne se despluma y muere.	215
—	IX.—Metamorfosis. — El cisne se convierte en zorro.....	237
—	X.—La reserva estratégica.....	265
—	XI.—La última metamorfosis..	293

Biblioteca Pública de Pontevedra

DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACIÓN:

SANTIAGO DE CUBA

1898

Tip. Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.

EDITORIAL
«MUNDO LATINO»
MADRID

Biblioteca Pública de Pontevedra

CONDE
DE LA TORRE
DE CELA

—

LAS ALAS
DEL CISNE

NOVELA

Precio:
5,00
pesetas

Biblioteca Pública